

AURELIO PRETEL MARÍN
MANUEL FERNÁNDEZ DE SEVILLA MARTÍNEZ



MAQUIS Y RESISTENCIA

EN LA SIERRA DE ALCARAZ

Y EL CAMPO DE MONTIEL

(1946-47)



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE MEDIO AMBIENTE
Y MEDIO RURAL Y MARINO



AURELIO PRETEL MARÍN
MANUEL FERNÁNDEZ DE SEVILLA MARTÍNEZ

MAQUIS Y RESISTENCIA
EN LA SIERRA DE ALCARAZ
Y EL CAMPO DE MONTIEL
(1946-47)

**Foto de la portada: *Prisioneros políticos por auxilio a los maquis, con sus hijos.*
*Prisión Provincial de Albacete, 24 de diciembre de 1947.***

D.L.: AB-117/2014.

ISBN: 84-616-9443-0

978-84-616-9443-3

©Los autores.

Edita Asociación Cultural Alcaraz Siglo XXI

Maquetación e impresión:

Gráficas Cano. Ctra. de Valencia, nº 10.

Telf. y Fax 967 246 266. 02006 ALBACETE

e-mail: graficascano@inicia.es - www.graficascano.es

A Francisca Castillo y Constanza Martínez, casi niñas entonces, y a tantas como ellas, víctimas inocentes de unos tiempos violentos y un régimen inicuo impuesto por las armas, que supieron ser fieles a su idea y su gente a pesar de los palos y de las vejaciones. Y a Lumi Rodríguez Cabezuelo, un pedazo de pan, que ni siquiera sabe de dónde vino el rayo que la dejó sin padre y condenó a su madre a una vida de cárcel y miseria. Nuestro agradecimiento por dar sus testimonios y nuestra admiración por todo lo demás.

A Nino y sus compinches en la heroica utopía de crear en su pueblo un “Partido Socialista” y una organización de Resistencia para colaborar con la guerrilla a “extirpar el Franquismo”. Y a tantos como ellos, que aguantaron las cargas y los palos, jugándose la vida, para que otros, después, vivieran disfrutando los cargos y las pelus.

A todos los que fueron a la tumba o la cárcel por buscar libertad, aun sabiendo que esta, como decía Azaña, no hace al hombre feliz, pero lo hace hombre.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO 1. LA 5ª AGRUPACIÓN Y EL DESPLIEGUE INICIAL.....	17
CAPÍTULO 2. LAS PARTIDAS DE “ATILA” Y PACO “EL VALENCIANO”	45
CAPÍTULO 3. EL PRINCIPIO DEL FIN: CACERÍA EN LOS MARINES	81
CAPÍTULO 4. EL REPLIEGUE FALLIDO AL CAMPO DE MONTIEL	101
CAPÍTULO 5. LA HECATOMBE FINAL: SANGRE, TERROR Y LÁGRIMAS.	121
CAPÍTULO 6. EL FINAL DE LA 5ª AGRUPACIÓN: CAZADORES Y BUITRES	141
BIBLIOGRAFÍA.....	157

INTRODUCCIÓN

Las acciones armadas de los “maquis” –vocablo derivado del francés *maquisards*: la gente que luchaba oculta en el *maquis*, garriga o monte bajo– en los pueblos del Campo de Montiel y Sierra de Alcaraz resultan conocidas, con mayor o menor profundidad, a través, sobre todo, de las obras de Francisco Moreno y del grupo formado por Francisco Alcázar, Javier Hernández Pérez y Tomás Escobar, sin contar las memorias de algún protagonista como Esteban GarvÍ o Picazo Villena (por no hablar del trabajo del general Aguado, que engaña más que ilustra). Por eso, en este libro no incidiremos mucho en los hechos de armas (tiroteos, sabotajes y “recuperaciones” o atracos a personas, empresas y organismos), salvo para poner de manifiesto ciertas contradicciones entre los testimonios que nos ha sido dado recabar y la verdad oficial, que suele ser mentira. Nos interesa más bucear en las causas que echaron a la sierra –a *prendre le maquis*, que dirían en Francia– a aquellos guerrilleros, las distintas ideas que se dan entre ellos y quienes les apoyan, y todavía más en las repercusiones que sus actividades tuvieron en las redes de colaboradores y enlaces que apoyaron su acción y la hicieron posible.

De momento podemos avanzar un par de conclusiones: la primera, que aun cuando en esta zona la lucha antifranquista no tuviera el alcance y la extensión que en otras, sí fue más importante, sobre todo a nivel de respaldo social y popular, de lo que muchos piensan y de lo que los mapas relativos al Maquis en España, que suelen ignorarla, parecen indicar. La segunda, que debe matizarse la repetida idea de que el protagonismo corresponde al Partido Comunista casi exclusivamente: aunque nadie le niega su papel impulsor, ni el hecho de haber sido prácticamente el único que estaba organizado, al menos en la sierra de Alcaraz hubo varias guerrillas, no todas comunistas, e incluso guerrilleros de otras ideologías en las que sí lo eran, y no hubieran surgido si no se hubiera dado un ambiente de colaboración. Desde luego, no hubieran funcionado sin la eficaz ayuda de infinitas personas de distintas tendencias (ácratas, socialistas, demócratas burgueses, incluso algún católico, aunque no conocemos ningún cura), y de clases sociales totalmente dispares (jornaleros, peones camineros, obreros, artesanos, barberos, pequeños y medianos dueños de explotaciones ganaderas y agrícolas, comerciantes, maestros, practicantes, abogados y médicos, sin excluir tampoco algún acomodado propietario como era Arcángel Álamo, o un antiguo cacique comarcal como Ramón de Llano); gentes con su trabajo, su familia, sus padres o sus hijos, que sirvieron de enlaces y les dieron asistencia logística y humana, comida, alojamiento, ropas y medicinas, noticias de la radio –algún día habrá que es-

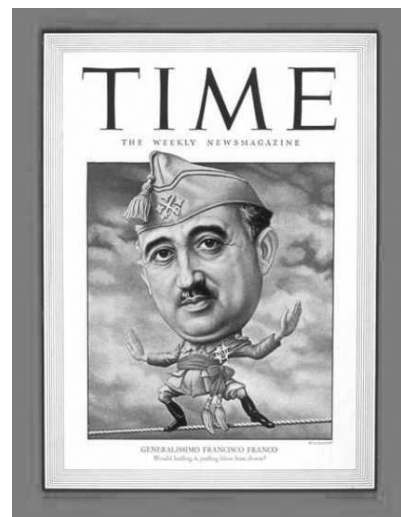
tudiar el papel de este medio durante aquellos años- e informes sobre el paso y las actividades de la Guardia Civil y el Somatén. Es decir, sin la gente que el franquismo englobaba, sin entrar en detalles, bajo el nombre de “rojos”, que nosotros debemos matizar.

Ellos fueron “los otros guerrilleros”, como los denomina Secundino Serrano; “guerrilleros del llano”, en el vocabulario de la propia guerrilla, tanto más meritorios cuanto más indefensos, y tan imprescindibles en la común empresa como “los de la sierra”. Es más: constataremos que del llano a la sierra solamente hay un paso, que se da casi siempre de forma involuntaria, y que muchos no dieron porque les fue imposible, aunque algunos tuvieran previsto echarse al monte en el caso de verse descubierta su actuación clandestina, como ocurre en el caso de José Juan Rozalén, en El Jardín, o Isidoro Matamoros, de Almedina (sí lo hicieron, en cambio, “el Modisto”, “Palrusia”, “Cantinflas” y otros responsables de la organización en diferentes pueblos). Personas que, además, en su gran mayoría no luchaban por una dictadura, ni del proletariado ni de ninguna clase, sino por la República y por la Democracia, con todos los matices que queramos poner a estas dos palabras. Por eso titulamos este libro *Maquis y Resistencia...*, porque, aunque son dos caras de la misma moneda, las guerrillas –el *maquis*- solo son la parte más visible de algo mucho mayor y no menos complejo; porque bajo la épica que adorna al guerrillero y el fragor de los tiros hay muchas más personas que luchan en la sombra, sin empuñar las armas, lo cual es más heroico, porque ni tan siquiera se pueden defender.

Aun sabiendo que algunos rechazan la expresión por creerla infamante, usamos la de *maquis* porque es nuestro propósito reivindicar un término que en sí mismo no es peyorativo: para nosotros es sinónimo específico de *guerrilla* de signo antifascista en Francia y en España. Si en el 47 prohibía la autoridad franquista usar este vocablo, obligando a emplear la expresión “bandoleros”, el comandante Prieto, hablando de la sierra de Alcaraz, se refiere igualmente a “*bandoleros mal llamados maquis*”, lo que demuestra que era su nombre popular, y que era tan molesto –quizá más, pues recuerda la lucha victoriosa contra los alemanes y su aliado Pétain- como los de insurgentes, guerrilleros, partisanos, resistentes, soldados..., que también se les niegan. Por la misma razón, por el paralelismo con el caso francés, y porque es empleado por la gente que apoya a la guerrilla en estas mismas sierras, elegimos el término *Resistencia*, que alude a la organización clandestina que sostiene e informa a los del monte, compuesta por mujeres y hombres de todas clases, edades, intereses, ideas y trabajos, que arriesgaban sus vidas igualmente y a veces terminaban uniéndose con ellos.

La guerrilla y la gente que la apoya no son tan “monolíticas” como cree Hernández Pérez. En esta zona, al menos, hubo antes de la Guerra muchos más libertarios, socialistas y demócratas sin filiación concreta, que gente del PCE; y cuando se organice la resistencia armada se integrarán en ella, con diferentes grados de voluntariedad y colaboración, algunos elementos de estas ideologías, y muy en especial antiguos cenetistas, como “Arruza” o “Fernando” (Eugenio Sánchez Diéguez, que fue de CNT, y no de JSU, como suele decirse, en la Guerra Civil), o Guzmán Girón Nieto y Francisco Gomar “el Valenciano”, o Dionisio Castillo, el de Almedina. Incluso sospechamos que en muchos de los casos la incorporación se deba mucho menos a las ideologías que al temor y al azar. De hecho, puede decirse que la Guardia Civil echó más gente al monte, con su brutalidad, que Monzón y Carrillo, del PCE, o Régulo Martínez, Sigfrido Catalá, Gómez Egido y otros republicanos, libertarios, y miembros del PSOE que impulsaron la ANFD (Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas), pues aunque muchos de ellos tuvieran sus ideas y ya colaboraran desde la Resistencia antes de dar el paso, pocos nuevos reclutas pensaban acabar con un arma en la mano y dejando en el pueblo su familia, trabajo y propiedades. Su entrada en la guerrilla fue muchas veces fruto del miedo a la tortura o a los malos tratos de las fuerzas del “orden”, por suerte bien distintas a las que hoy conocemos, que eran habituales por cualquier nimiedad, cuanto más por delitos de “auxilio a bandoleros”, o de antiguas responsabilidades comunes o políticas.

Como es natural, la variedad de ideas se aprecia mucho más entre la población que no tomó las armas, pero sí se jugó igualmente la piel en pos de una esperanza que hoy nos parece utópica, pero entonces tenía algunos visos de hacerse realidad, pues había precedentes como las resistencias francesa o yugoslava, que habían conseguido derrotar al totalitarismo hitleriano con el apoyo aliado. Si la de España fue un primer anticipo de la Guerra Mundial, para muchos, el maquis no dejaba de ser su necesario epílogo, que habría de contar con las mismas ayudas contra su dictador, que está en la cuerda floja en la portada de la revista Time de 18 de marzo. Y esa breve ilusión permitiría, en el 46, la unión, en otra suerte de “Frente Popular”,



de los que se sentían derrotados en la Guerra Civil; personas que sin duda no eran tan ingenuas como para pensar que iban a derrocar ellas solas a Franco, pero sí cooperando con una intervención exterior como aquellas. Intervención que pronto demostró ser tan falsa como el Comité de No Intervención que diez años atrás condenó a la República a enfrentarse con Franco, Hitler y Mussolini, sin la menor ayuda.

Hasta los comunistas, conscientes de su escasa implantación y del recelo que aún inspiraban entre la población (y todavía más en los anglosajones, hipotéticamente mucho más predispuestos a favor de la ANFD que de “los bolcheviques”), fomentaron los nuevos comités de esta organización, en la que cooperaban ya desde mucho antes republicanos, socialistas y ácratas, en espera de una inminente invasión. Y fue esta perspectiva la que movilizó a miles de personas que hasta entonces estaban resignadas a aceptar su derrota, no por conformidad, sino por entender que cualquier resistencia era imposible; pero ahora apoyaron sin reservas las acciones armadas, olvidando sus miedos y recelos, y crearon una especie de Frente Antifranquista. Juntos conformarán *“la oposición más seria al régimen de Franco”*, como señala Preston, que por sí misma nunca hubiera derrocado al mencionado régimen, que era infinitamente más fuerte y sanguinario, pero hubiera tenido tanto éxito, al menos, como la *Résistance Intérieure Française*, de haber tenido el mismo apoyo desde fuera. Tras haber admitido su participación con el cargo de vicepresidente en el nuevo “Partido Socialista” —que no es el PSOE, sino el nombre adoptado por la organización— creado en El Salobre (Albacete) en septiembre u octubre de 1946, Florentino Pretel declara que este tiene como objeto informar, proteger y ayudar a las guerrillas, a las cuales ha dado cuanto apoyo ha podido, puesto que *“constituyen la vanguardia del llamado Frente de Resistencia en contra del Franquismo, y el dicente está identificando con los mismos por vínculos de sentimientos e ideología de tipo político; tanto aquellos como el que narra se proponían el mismo fin: extirpar el Franquismo”*.

No es algo excepcional, pues semejantes párrafos aparecen también en las declaraciones de otros detenidos; pero deja muy clara la predisposición de los no comunistas a apoyar a cualquiera que pudiera acabar con una dictadura impuesta por las armas. Las ideas y el vocabulario parecen inspirados en el célebre manifiesto de julio de la ANFD o en los Estatutos de la Agrupación Guerrillera de Levante, que en su artículo 1 expresan textualmente: *“El Ejército guerrillero forjado de las entrañas del pueblo constituye la vanguardia armada de este en la lucha por la destrucción del régimen franquista y la*

reconquista de la República”, y en el 2, 3 y 4 se refieren a su vinculación no partidista, o multipartidista, a la organización común de Resistencia y al pueblo al que defiende. Y en El Salobre, al menos, y creemos que en otros de los alrededores, elementos de izquierdas no comunistas ni ácratas tuvieron, además, un papel importante en la coordinación y colaboración de guerrillas dirigidas por mandos de ambas ideologías: las de “Líster” y “Ati-la”, y las que al parecer organizan, entre otros, Girón y Paco “el Valenciano”. Sin embargo, las viejas rencillas ideológicas entre estalinistas y anarquistas, en gran parte culpables de la común derrota –de ellos y de otros- en la Guerra Civil, y el recelo de estos hacia las intenciones del PCE, terminó por notarse también en las guerrillas. Diferencias que, junto a la evidente desproporción de fuerzas y de procedimientos entre los guerrilleros y el régimen franquista, malograron el sueño de quienes esperaban ver el triunfo de un frente común de resistencia; sueño que en esta zona no será flor de un día, pero sí de poco más de un año, o poco más de un mes en el caso de algunas partidas en concreto, que apenas dejan rastro, entre otros motivos, por lo poco que duran.

Conviene destacar, aunque la sociedad y la mentalidad patriarcal de la época no les haga justicia, el papel esencial de las mujeres, que apenas aparecen, porque están en la sombra de la sombra, obedeciendo a padres, hermanos y maridos, arreglando la ropa, tejiendo calcetines y otras prendas de abrigo, cuidando a los enfermos o bordando banderas tricolores para los guerrilleros, como hizo Constanza, la hija de “la Pastora”. Dedicamos el libro a esta y a Francisca, la hija de Dionisio Castillo, el de Almedina, porque eran casi niñas, aunque ya se enteraban, y se enteraron bien, y porque tienen mucho que ver con esta historia, que nos han ilustrado con sus explicaciones y recuerdos; y a Lumi, tan marcada por aquella experiencia, que aún sigue negando, contra toda evidencia, que su padre ayudara a la guerrilla. Pero la relación sería interminable, y aunque muchas de ellas no han dejado sus nombres, podríamos hablar de La Pepa, de Sole, de Sagrario, de María Cruz, de Aurelia... y de tantas como ellas, que sirvieron de enlaces y llevaron a cabo numerosas tareas que los hombres no podrían hacer, y después soportaron, con más valor que muchos, torturas inhumanas y fueron a cárcel en lugar de los suyos, o por no delatarlos, como podremos ver.

La metodología del presente trabajo se basa en el cotejo entre los documentos, sobre todo las actas de interrogatorios de la Guardia Civil, con todos los problemas que esta fuente plantea, y los procedimientos sumarísimos que se han conservado en el Archivo Histórico General de Defensa (en especial las causas Valencia 215-V-47 y 646-V-47, y Madrid 220, 222, 660, 2432,

2896..., con las acumuladas e imbricadas con ellas), y algunos expedientes de la antigua Prisión Provincial y de la Policía de Albacete, más lo que nos aportan diferentes testigos directos o indirectos, a los que agradecemos su colaboración, así como también a todas las personas que han servido de “enlaces” para entablar contacto o nos han dado indicios o datos de interés. La documentación del Archivo General de Defensa, que es la principal, la ha aportado Manuel Fernández de Sevilla; la de la Policía y la Prisión Provincial de Albacete, con la organización del material, contraste bibliográfico, enfoque y redacción, es de Aurelio Pretel. Ambos han conseguido valiosos testimonios en las dos respectivas provincias en que viven y los han comentado y contrastado a través de teléfono y correo electrónico. Y como es complicado citar todas las fuentes –que, además, advertimos, no hemos agotado- aplicamos de nuevo el sistema de prueba retroactiva que hace cuatro o cinco años ya experimentamos en el pequeño artículo “El Salobre y los maquis”, del que nadie hasta ahora nos ha dicho de cambiar una coma, aunque nosotros sí hemos modificado alguna que otra idea. Detrás de cada dato existe un testimonio o un papel de un archivo, de manera que puede haber errores, pero nunca mentiras. Si alguien los encontrara, rogamos nos lo indique para rectificar o aclarar lo que sea preciso.

Aunque la equidistancia entre los victimarios y las víctimas nos parece indecente, y por tanto no vamos a decir que seamos imparciales, esta no es una historia de buenos y de malos. Ni los guardias civiles, mal pagados y a veces convencidos de que estaban luchando por el bien de su patria, eran todos salvajes e inhumanos (aunque muchos lo fueron, al amparo de las leyes franquistas, y todos defendieron a un régimen inicuo e ilegal impuesto por las armas), ni los maquis un coro angelical, pues también hubo entre ellos unos pocos ladrones y asesinos que solo merecían un juicio y la prisión, aunque no la tortura ni un tiro por la espalda, y menos de quien era más criminal que ellos. Entre los anarquistas hubo gente muy buena y algunos criminales sin la menor disculpa; y el PCE, que encabeza la lucha guerrillera, abocando a su gente –habitualmente heroica- a una guerra perdida, no era en aquellos tiempos mejor ni más demócrata que el régimen franquista contra el que combatía (recordemos que estaba al servicio de Stalin, peor, si cabe, que Franco). Por lo tanto no goza de nuestras simpatías, porque probablemente su hipotético e inverosímil triunfo hubiera derivado en otra tiranía; y aun cuando las sintiéramos, creemos con Germaine Tillion, la heroína resistente contra los alemanes que escapó de milagro de acabar en Mauthausen, cuyos restos van a ser trasladados muy pronto al Panteón, que *“la verdad y la justicia son mucho*

más importantes que cualquier interés político”, y que “*la única patria –y la única idea- digna de ser amada es la que no nos pide sacrificar por ella la verdad*”. Además, es injusto decir que la guerrilla –y todavía menos la gente que la apoya- fuera unánimemente estalinista, como Moreno Gómez ha señalado ya en su monumental y magnífica obra, o que el terror y el crimen fueran su ideología; y aquí estamos hablando de personas que son víctimas del totalitarismo, aunque en otros lugares sus correligionarios puedan ser los verdugos; incluso de personas que en su mayoría no eran comunistas –a veces no eran nada y otras eran incluso muy anticomunistas- y que se manifiestan en sus declaraciones simplemente enemigos del franquismo (aunque algunos confiesan trabajar para instaurar un régimen comunista en España). De personas que, en Francia, por ejemplo, son tratadas como héroes y tienen monumentos por haberse enfrentado a Hitler y Pétain, los amigos de Franco; personas que en España han de tener también –porque se lo debemos desde hace demasiado- un reconocimiento, empezando por el conocimiento, de un país amnésico, el segundo del mundo, tras Camboya, en número total de desaparecidos, como ha dicho Jueces Para la Democracia.

Como ya señalábamos en el citado artículo, este libro no quiere reabrir ninguna herida; al contrario, cerrarlas, pero no sobre el pus que generaron la mentira y el odio, porque mal curará lo que se cierra en falso. No es una apología, ni pretende siquiera reivindicar a aquellos que perdieron la vida sabiendo, o sin saber, a lo que se arriesgaban, ni pedir para ellos monumentos ni honores (los del bando contrario ya lo coparon todos); aunque en nuestra opinión no estaría de más colocar en sus tumbas, que siguen siendo anónimas en su gran mayoría, su nombre en una lápida. Solamente queremos comprender y explicar, dentro de lo posible, unos hechos históricos que nos han sorprendido, no tanto por sí mismos como por lo callados que han estado hasta ahora, pues los protagonistas –sobre todo la gente que ayudó a la guerrilla y padeció por ello la tortura y la cárcel- no los ha comentado demasiado, ni siquiera en familia, por lo que ahora es bastante más difícil acercarse a los mismos, y los hijos y nietos los ignoran o tienden a negarlos. Sin duda es algo tarde –debiéramos haber empezado este trabajo hace dos o tres décadas- pero aún hemos podido rescatar testimonios que, con los documentos, nos permiten trazar al menos un bosquejo de lo que sucedió y sacudir algunos tópicos al respecto. Aún estamos a tiempo de contar, por lo menos, parte de la verdad; de reescribir la Historia de aquellos tristes años, antes de que fallezcan los últimos testigos, que es lo que esperan otros para dar como únicas fuentes dignas de crédito los escritos del bando vencedor.

Debemos terminar agradeciendo a Paco Cano y a Miguel Picazo, de Artes Gráficas Cano, el interés que han puesto en hacer este libro; a Jose y Mon de Llano, de la Asociación Cultural Alcaraz Siglo XXI, y a la de Desarrollo Rural Sierra de Alcaraz y Campo de Montiel (SACAM) y a Francisco Javier Algaba Montañés, su presidente, que de alguna manera nos encargó el trabajo, su inestimable apoyo en todas las etapas de su realización, desde las entrevistas a la publicación, que se ha financiado con sus fondos. En otro tiempo, eso lo hacía el IEA, una institución que generosamente -sin percibir un céntimo- creamos cuatro locos, pronto hará cuarenta años, para facilitar precisamente la investigación y edición de las obras de ámbito provincial, y cumplió su misión durante más de treinta conquistando un prestigio editorial en gran parte perdido; pero ni tan siquiera nos hemos planteado solicitar su ayuda. Por desgracia, es notorio que su actual dirección prefiere dedicar a propaganda y sueldos un alto porcentaje de lo que antes iba a publicaciones; y sabemos de sobra que nos faltan los méritos –espinazo flexible y lengua delicada- que serían necesarios para lograr tiradas superiores a 50 ejemplares en papel, que son los que se hicieron de nuestro último libro, inapelablemente condenado a no ser manejado por nadie y a no figurar en el catálogo de las instituciones y bibliotecas públicas (a otros, mejor vistos, les hacen muchos más, pero no es nuestro caso). Por fortuna, aún existen otras alternativas y los albacetenses que no tengan acceso a medios digitales –por supuesto, también quienes lo tengan, pues el PDF es gratis, aunque algunos lo vendan como el mágico paño del Conde Lucanor- podrán leer en papel este nuevo retazo de su Historia reciente.

CAPÍTULO 1. LA 5ª AGRUPACIÓN Y EL DESPLIEGUE INICIAL

La breve y fulgurante guerrilla de la Sierra de Alcaraz y el Campo de Montiel es, en buena medida, consecuencia de una coyuntura excepcional y efímera en lo internacional, nacional y local: de las expectativas irresponsablemente creadas por la ONU y las hipócritas “potencias democráticas”, vencedoras de Hitler pero no interesadas en dar bazas a Stalin haciendo caer a Franco (entre Postdam y Fulton nace la “Guerra Fría”), y de la subsiguiente respuesta del PCE, al disolver Unión Nacional Española, de la que se pensaba que había sido un simple instrumento para él, y adherirse de forma más o menos sincera a Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas para facilitar la intervención aliada, en enero de 1946. A nivel regional, lo es también del cambio que vivía el Comité Provincial de Albacete, casi desmantelado aquella primavera junto con buena parte de la organización, pero reconstruido y reorientado a partir del verano por Juan Moya Navarro, su nuevo Secretario General, secundado por jóvenes como Esteban, Picazo y los Madrona, al encuentro con fuerzas que pudieran prestarle el apoyo social que le faltaba. A escala más cercana, de la necesidad de ampliar y trasladar el ámbito de actuación de la *6ª Agrupación de Guerrilleros de Extremadura y Centro*, desde Villarrobledo, Socuéllamos, El Provencio y Belmonte, por donde se movía hasta ese momento, a las sierras del sur donde Ciudad Real, y Albacete limitan con Jaén.

Hasta entonces, en esta última comarca no se había conocido la resistencia armada, salvo algún hecho aislado como el robo e incendio del cortijo de Fontes (Villahermosa) por parte de “soldados de la República” a mediados de julio de 1941. Ni siquiera existió, salvo casos concretos y bastante distintos de lo usual, esa fase de “huidos” típica del comienzo de estos movimientos. Ezequiel San José se ha referido a los de Rafael Arenas en Povedilla y de José Vicente León Palacios en Reolid, que eludieron un tiempo a la Guardia Civil con ayuda de amigos y parientes (este último, al menos, confirmado por su hija); pero aparte de ellos solamente podemos mencionar algunos que se mueven por los alrededores de este territorio: un tal Diego García, evadido del castillo de Yeste y abatido en el 41 en Fábricas de Riópar; la partida del “Chucha”, que corría de Alhambra, La Solana y Membrilla a Tomelloso y desapareció en ese mismo año; “Carrmato” y “el Rojo de Terrinches” muertos en el 42 y el 43 (el último fue expuesto a modo de trofeo en Montizón, Jaén); un tal Abdón Atienza y otros capturados en Munera en el 43, Juan Jiménez Hervás en Elche de la Sierra en ese mismo año... Y algunas incursiones de

guerrillas foráneas como la de “el Granaino”, capturada también en Elche de la Sierra y Yeste en el 44, y “El Gafas” o Francisco Expósito, miembro de la 2ª Agrupación, que actuaba más bien entre Sierra Morena y Puertollano, pero tuvo una base en el Cerro de la Osa (Cortijo de Macayo) y se movió también hacia Villamanrique. En este último término, en la noche del 11 de diciembre del 45, fracasará por cierto en un fallido atraco al cortijo de Las Granzonas o de Villa Joaquina, pues el dueño escapó por la puerta de atrás, y uno de sus miembros murió al caerle encima la esquina de la casa al querer escalarla, lo cual hizo que el guarda, Eduardo Campos, fuera muerto también, al intentar salir, y motivó en el grupo discusiones internas, puesto que el fallecido era considerado comunista y amigo.

Tras el triunfo de Franco, y tras las represalias de rigor, con los fusilamientos y las penas de cárcel a los que cometieron desmanes en la Guerra o fueron militares, milicianos o cargos del Frente Popular o de los sindicatos, en gran parte indultados en el 45, en la zona del Campo de Montiel y Sierra de Alcaraz reinaba ya la paz, aunque fuera la paz del cementerio, pues estos no eran pueblos demasiado izquierdistas (en algunos, los mismos milicianos y las autoridades del Frente Popular habían protegido a los curas y a gentes de derechas, acosadas por los más extremistas) ni tenían un vivero de rebeldes comparable al de Villarrobledo y Socuéllamos. Aunque hubiera marxistas y anarquistas dispuestos a luchar por sus revoluciones respectivas, y personas que habían pasado por la cárcel y tenían parientes fusilados o agravios que vengar, tampoco eran tantos, porque la re represión no fue tan sanguinaria como en aquellos pueblos, de forma que la tónica y norma general fue la resignación, pues hasta que cayeron Hitler y Mussolini derribar el franquismo era un sueño imposible. Mucha gente de izquierdas –más o menos de izquierdas, porque tampoco había gran conciencia política– asumió la derrota como algo inevitable y se adaptó a los tiempos u optó por el silencio y el apartamiento de cualquier tentación de oposición al régimen para huir del peligro de la exclusión social, que las autoridades del franquismo usaron como un arma contra los perdedores, como señala Aróstegui.

Hasta el mismo Francisco Gomar, “el Valenciano”, un anarquista de amplio historial delictivo, parece haber llegado al pueblo de su esposa, El Salobre (Albacete), tras pasar varios años en diferentes cárceles, dispuesto a retirarse de la circulación e iniciar



Francisco Gomar,
“el Valenciano”

una vida lo más normal posible trabajando las tierras de su suegro, Julianillo Martínez. Con 19 años, en abril de 1933, ya le habían detenido en Madrid con su hermano Vicente y otros extremistas de la CNT/FAI que habían atracado diferentes empresas y una sucursal del Banco de Vizcaya; después será “*elemento muy destacado de la CNT valenciana*”, como dice un juzgado militar en su requisitoria, y en la Guerra Civil parece formar parte de uno de los “Grupos de Salud” y de los “Aguiluchos de la FAI”, que cometen bastantes fechorías en aquella región, viniéndose después a “colectivizar” y extender su organización por la zona de Hellín y Mineda, con extensión a Yeste, donde protagonizan numerosos abusos e incluso asesinatos, entre ellos el de un cura cerca de Canarix y un guardia civil al que mataron en el Puente del Palomar y echaron pantano de La Fuensanta (Yeste). Sin embargo, aun teniendo varias órdenes de busca y captura, se quedó en El Salobre, donde pronto contó con muchas amistades –era un hombre jovial y muy inteligente- hasta ser detenido, según declara él mismo, el 10 de julio de 1945 (quizá el año anterior, según varios testigos), y conducido hasta Villapalacios, de cuyo calabozo se escapó al cabo de dos días, viniendo a refugiarse muy cerca de su casa, en un hueco en las zarzas del río del Ojuelo, al que Pepa Martínez, su mujer, le llevaba comida simulando que iba a lavar, y luego en domicilios de parientes y amigos, o en el suyo propio, hasta septiembre de 1946, en que, como veremos, se unirá a la guerrilla.

Mientras tanto, la 6ª *Agrupación*, mandada por “Vicente” (Alfonso Ortiz Calero, también llamado “Magro”), con un breve interregno de dos meses en que la dirigió el organizador Pedro Rodríguez (“Carlos”), venía atravesando una profunda crisis. Se había conformado a partir de unos cuantos comunistas históricos, casi todos roblenses, como el propio “Vicente”, “Tarzán” (Lucio José Sahuquillo Rueda, cuyo hermano Daniel fue fusilado en el 41) y Francisco Castillo (“Maravillas”), a los cuales se unieron “Chichango” “Pocarropa” o “Regalo”, “Jacinto” o “Maroto”, “Ciquelo” y otros tantos, huidos de la bien conocida represión ejercida en la zona tras la Guerra Civil. Aunque algunos actuaban dispersos por el campo, era una guerrilla prácticamente urbana y en parte familiar (muchos eran hermanos, parientes o cuñados), y aunque la ideología y el rencor tuvieran su papel, creemos que bastantes se hicieron guerrilleros porque ya no tenían gran cosa que perder ni posibilidad de una vida



Alfonso Ortiz Calero,
el jefe de la 6ª Agrupación

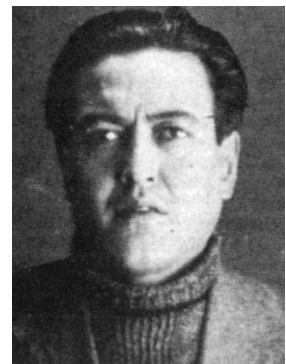
normal mientras la dictadura de Franco perdurara. Alfonso Ortiz Calero hacía lo posible por mantener unido un grupo heterogéneo, en el que no faltaban actos de indisciplina e incluso deserciones de viejos militantes muy ligados al núcleo original, como los cuarentones “Tarzán” y “Maravillas”, que habían sido antes dirigentes del PCE comarcal y claros partidarios de extender una UNE más abierta a otras fuerzas políticas. Estos dos guerrilleros terminaron por crear una partida propia que anduvo por la zona de Casas de Juan Núñez y el Júcar de Albacete, y con ellos se fueron los hermanos Manuel y José Antonio López Duro (“Chilaba” y “Yerno de Caracol”), antiguos milicianos ugetistas de Pozohondo, condenados con otros dos hermanos por cometer desmanes en La Nava de Arriba, y fugados de un campo de trabajo ya con 45 y 40 años de edad, y tal vez algún otro, como un tal Calderón que sabemos estaba en Valdeganga, aunque no es de creer que, con su edad, recorrieran los términos de Hellín, Liétor, Caudete, Almansa y sierra de Chinchilla, como la policía les achaca.

Aunque también hay altas de nuevos efectivos, y algunos consideran que la guerrilla vive un momento de auge, golpes mal programados, como el de La Vizcaína en el 45, y errores estratégicos como el de la partida mandada por “Chichango”, que dio muerte a tres guardias en la Casa de Alite en febrero de 1946, habían provocado, sin embargo, la movilización de las “fuerzas del orden”, con empleo de tácticas propias de guerra sucia, y la caída en cascada de algunos guerrilleros –aunque “Chichango” pudo escapar de milagro- y numerosas bases y colaboradores tanto en Villarrobledo como en Las Pedroñeras, Las Mesas y El Provencio. Y encima pudo haber algunas discrepancias tácticas e ideológicas: “Chichango” estuvo a punto de que le fusilaran por incumplir la orden de evitar los encuentros con la Guardia Civil, y el excenetista Eugenio Sánchez Diéguez (“Arruza” o “Fernando”) declara que se fue por esas mismas fechas, poco tiempo después de haberse incorporado, según dice, a buscar nuevas bases, aunque probablemente lo hiciera sin permiso, si bien se reintegró más tarde a la guerrilla. El miedo a represalias de las fuerzas del régimen aumentó la insurgencia todavía con la incorporación de los hermanos Fernando y Fabián Buedo Pacheco (“Cavavegas” y “Joaquín”), cuando fue detenido su cuñado, Juan Haro, en Pedroñeras; pero las escisiones, la pérdida de apoyos y la necesidad de extender el Partido, aunque fuera apoyándose en la ANFD (o viceversa), hacían necesaria la remodelación.

El 14 de mayo de 1946 llegaría a Socuéllamos “Pepe” o “Timochenko” (Cecilio Martín Borja), comunista ferviente y convencido de que la lucha armada podía suponer el final del franquismo. Era el comisionado de Ma-

drid para reorganizar la insurgencia en la zona –sustituyendo a “Carlos”- y sin duda frenar las deserciones abriendo la guerrilla a otras ideologías e impulsando el proyecto de la ANFD, como ha visto Moreno, pero sin que el Partido perdiera su control. Según “Enrique el Viejo”, que venía con él desde Madrid, aunque es bastante simple y no se entera mucho, “Pepe” se titulaba, ya antes de llegar, *“Jefe supremo de todos los guerrilleros de Extremadura, Cuenca y Albacete”*, y al menos es verdad que venía a hacerse cargo de la organización en una nueva etapa. El 23 de mayo se reunía en la finca de “La Médica” con la gran mayoría de los miembros de la 6ª Agrupación: los de Villarrobledo, Alfonso Ortiz Calero, hasta entonces el jefe, Fabián Buedo Pacheco (“Joaquín”), Sebastián Moya Moya (“el Chichango”), Manuel Pastor (“Maroto”, “Jacinto” o “Cagaferias”), José María Lozano Collado (“Veinticinco” o “Ciquelo”, al que “Magro”, en su declaración, llamará Juan Miguel) y Evaristo Rubio (“Regalito” o “Regalo”), junto a los de Socuéllamos: Francisco Gallardo Aguado (“Enrique”), Eugenio Palacios (“Panizares”), Eugenio Sánchez Diéguez (“Fernando”, “Trompiquillas” o “Arruza”), Juan Manuel Mateo (“Malasangre”), Manuel Romero (“Pleitista”), algunos reclutados a finales del año anterior, como Juan Criado Acosta (“Antonio el Andaluz”, natural de Lopera, en Jaén)... y otros dos, más expertos en cuestiones de armas y explosivos -habían combatido en el *maquis* francés- que el partido enviaba de refuerzo: José Díaz, “el Piti”, y Antonio Moreno Manzano, conocido por “Líster”. En el pleno será destituido Alfonso Ortiz Calero, que será en el futuro un guerrillero raso, y proclamado “Pepe”, que tenía el respaldo del Partido y el mando para ser nuevo líder. Un papel semejante, aunque más claro, al que habría asumido “Palomo”, socialista, cuando se reorganiza en Ciudad Real la II Agrupación, que incorpora elementos comunistas, socialistas y ácratas, si bien es su segundo, el comunista Ramón Guerreiro Gómez (“Julio”), el auténtico jefe.

La reunión de La Médica terminó abruptamente, pues un camión de guardias se presentó de pronto, detuvo a “Malasangre” y “Ciquelo” (conocido también por “Veinticinco” o “Juez”), mientras que “Pepe”, “Líster”, “Vicente”, “Chichango”, “Pleitista”, “Cagaferias” y los hermanos Buedo se veían obligados a esconderse en un campo de centeno, pues en las tierras llanas no era fácil hallar guaridas más seguras. Antonio Esteban dice, en su autobiografía, *La lucha por la libertad*, que “Pepe” le contó



Cecilio Martín Borja, “Pepe” o “Timochenko”, el jefe de la 5ª Agrupación

que él se subió al granero, se ocultó detrás de una gavilla..., y de pronto quedó frente a frente con uno de los guardias, que tuvo la prudencia de volverse y no decir palabra cuando vio que le estaba apuntando con su arma. Se comprende, por tanto, que “Pepe” decidiera acelerar el cambio de aires de la guerrilla y eliminar el nombre de *6ª Agrupación* cambiándolo por *5ª Agrupación del Ejército Guerrillero del Centro*, quizá no solamente porque los viejos sellos habían caído en manos de la Guardia Civil, como suele decirse, sino para marcar una etapa distinta, pues el Partido había renunciado a la UNE y formaba ya parte de la ANFD, hasta entonces un feudo anarco-socialista, y sin duda había órdenes de actuar junto a ella en un proyecto abierto y menos sospechoso, para atraerse todos los apoyos posibles.

La guerrilla quedó distribuida, de momento, en tres grupos: “Jacinto” o “Cagaferias”, “Enrique” y “Chichango” se quedaron entre Villarrobledo y Socuéllamos; otros se dirigieron por un tiempo a los Montes de Toledo con “Pepe”, “Líster” y “Panizares, y el resto a los refugios que habían conseguido en Villaescusa de Haro sus alrededores, donde les ayudaba –muy significativo- el médico Salgueiro, de la ANFD. Sin embargo, los pobres resultados conseguidos aquí, y el recrudecimiento de la persecución a raíz del atraco al agente de banca Pedro Roses, donde perdió la vida un falangista armado que intentó detener a “Fernando” y “Chichango”, así como el peligro que corrieron en junio de caer en una trampa tras una delación, y quizás instrucciones recibidas por “Pepe” del mando guerrillero o del propio Partido, aconsejaron pronto buscar nuevos caminos en comarcas algo más montañosas y menos rastrilladas por la Guardia Civil, y establecer contacto con personas afines, cuyos nombres quizá fueran facilitados no solo por Juan Moya y el PCE de Albacete, sino probablemente por algunas personas de la CNT o de Izquierda y Unión Republicana, que darían noticias sobre otros “durmientes” que pudieran servir al mismo fin.

El primer objetivo será hallar nuevas bases, nombrando en cada pueblo un delegado a cargo de crear o ampliar la infraestructura del Partido y la Alianza con vistas a extender la acción de las guerrillas y tomar el poder municipal cuando se produjera el previsto derrumbe del franquismo. Un derrumbe que “Pepe” y otros muchos –sin excluir bastantes partidarios del régimen- creían inminente; sobre todo a raíz de la condena del franquismo en la ONU el 9 de febrero (que en realidad no fue sino un brindis al sol), el cierre de fronteras y la nueva condena tripartita en abril, y el llamamiento en junio de 1946 en pro de la ruptura general con España. Estas esperanzadas perspectivas, junto a la relativa carencia de escondites, la total dependencia de la gente del llano y la

extrema dureza de la vida en la sierra, harán que esta guerrilla, como ha visto muy bien Moreno Gómez, no sea tanto de monte y campamento como de caseríos y viviendas urbanas, aunque hay que matizar dicha opinión diciendo que las mejores bases suelen estar en cuevas de difícil acceso, pero no muy lejanas de las vías de comunicación y de casas de campo o cortijos amigos.

A finales de junio o comienzos de julio de 1946, coincidiendo en el tiempo con la celebración de la Asamblea de la ANFD y su controvertido manifiesto, “Pepe” enviará a “Vicente” (Alfonso Ortiz Calero), “Líster” (Antonio Moreno Manzano) y Francisco Gallardo (“Enrique el Viejo”) a los denominados Picos de Guadalmena (vulgarmente, “Gualmena”), a buscar nuevas bases y establecer contacto con gente que pudiera servir de aglutinante de grupos guerrilleros de ideologías varias, en la línea de aquella. Uno de ellos –no el único, como suele decirse- sería Antonio Hidalgo, más conocido aún en su localidad natal de Bienservida por el mote de “Aliaga” o “el hijo de Julián el de Aliaga” (que sería, por tanto, el de su abuelo), aunque luego lo es más por el de “Atila”: un muchacho alto y fuerte, pagado de sí mismo, comunista y políticamente muy bregado –en la Guerra había sido comisario de una compañía- aunque poco ilustrado y bastante imprudente, según dice de él su camarada Ezequiel San José. Tras pasar unos años en sendos batallones de penados de Lérida (Cervera) y Cádiz (Algeciras) y salir de la cárcel de Albacete en el 43, sin cumplir totalmente su condena de 14 años, 8 meses y 1 día, entró en el Comité Provincial del PCE, hasta que, habiendo caído la mayor parte de él con Andrés Alcalá, decidió que sería más útil en la sierra.

Aunque sus compañeros lo desaconsejaron y el mismo San José se negó a secundarle tras una larga y áspera discusión en el Parque, en el año siguiente Antonio Hidalgo ya andaba como huído por los alrededores de su pueblo, en el que entró a menudo a pasar una tarde de tertulia y jugando a las cartas –o a dormir en algunas ocasiones como dice Candelario Rodenas- en casa de Consuelo Moreno, una joven de izquierdas de quien era ya novio años atrás. De momento, iba solo, y quizá no tuviera siquiera que robar, pues recibía ayuda de algunos vecinos, y muy en especial de don Vicente Yagüe, influyente abogado y propietario, que le aconsejaría marcharse o entregarse y hasta le ofrecería



Antonio Hidalgo (“Atila”), en una foto enviada a Consuelo en el 42, desde Algeciras (Cádiz)

interceder por él, sin demasiado éxito. Es de creer que también pudieran auxiliarle sus padres y parientes del Cortijo de Aliaga, o de La Marta (el nombre de su madre), aunque esta familia era bastante pobre; y que ya mantuviera los primeros contactos con personas de izquierdas de toda la comarca, como una mujer viuda que vivía con su hijo en la central eléctrica, o Crisóstomo Rodenas, pedáneo de La Mesta, o el salobreño “Poto”, que sería bastante conocido en aquellos contornos y al que luego veremos junto a él; pero, por el momento, no hay noticia al respecto. Solamente sabemos que asistió con otros dos paisanos, Manuel Sánchez Martínez y Constantino Rodenas –que solían llevar sus cartas a Consuelo y albergaron más tarde a la guerrilla- a la feria de Beas de Segura; que al parecer tenía algún contacto en Génave, como podremos ver, y que aún tardó algún tiempo en reunirse con “Líster”, y todavía más en formar su partida.

El que sí llegaría muy temprano a reforzar a “Líster”, si no estaba esperándole, sería Eugenio Sánchez (“Arruza” o “Fernando”), antiguo cenetista, que había estado un tiempo lejos de la guerrilla, dedicado, según dirá más tarde, a buscar nuevas bases, de las cuales quizá pudo aportar ya alguna, sobre todo en las casas de viejos libertarios y amigos de la cárcel (Esteban dice que él era el que conocía más gente en Ciudad Real, y señala en concreto el contacto con Tomás Ortiz Ramos, “el Blanco”, un anarquista que alojó guerrilleros primero en Villanueva de la Fuente, y luego en Valdepeñas). Ambos se esforzarán en la tarea de mejorar y ampliar la guarida inicial de Guadalupe con otros escondrijos situados en los límites entre las comandancias de Albacete, Jaén y Ciudad Real (siempre se procuraba aprovechar la rígida estructura de la Guardia Civil, cuyos miembros no actuaban sin permiso específico fuera de su provincia). Los mejores serán las cuevas naturales de toda aquella sierra; la primera, tal vez, la “Cueva de los Maquis”, situada en la Pie-



Interior de la “Cueva de los Maquis” y camino de acceso a la misma. Foto E. Quijano

dra Martín del Guadalmena, entre las cortijadas de El Palomar y Cardos, que tiene dos entradas (una por una especie de callejón abierto entre las mismas rocas, y otra por las cornisas situadas sobre ella), una abertura en alto que dispersa los humos y los hace invisibles, y un árbol en la entrada, que ocultaba la boca sin impedir la vista de un amplio panorama. Pero también hay otra de mayor amplitud, cerca de Cueva Negra, cuyo acceso se esconde tras una piedra grande, según dice la gente que conoce la zona, y no faltan abrigos y encinares espesos que se utilizarían para los mismos fines.

Otro punto seguro, que usarían durante mucho tiempo, está en el mismo límite entre las dos provincias, en las ruinas del Castillo de los Baños del Cristo o de La Torrecilla, muy cerca de las cuales tenían en arriendo un cortijo, visitado ya en julio por “Líster” y “Fernando”, los hermanos Jesús y Felipe Fresneda, que eran de Villanueva de la Fuente y que sin duda fueron contactados primero a través de su hermana Crescencia. Esta vivía en Socuéllamos con cierto Antonio Rubio, casero del cortijo llamado Puente Rasca (otra base importante), e iba con frecuencia a la tintorería que tenía una tal Manuela Cuevas, la mujer de “el Sereno” (o sea, Pedro Morales, conocido después como “Cantinflas”), que era el responsable de la organización de ayuda a la guerrilla y servía de guía entre Socuéllamos, Albacete y el Campo de Montiel.

Muy cerca, en los llamados Baños del Relumbrar crearon otra base escondida en un bosque de encinas, y en el caserío había una persona que podía contactar con los Fresneda, o con Albaladejo, donde será su enlace Justo García Castillo. Puede que estas fueran las primeras guaridas, pero en la zona hay más, como la del cortijo de Chacón o Las Mesas, ya en Villapalacios (Albacete), aunque cerca también de Villanueva, en donde Gil Piqueras y su hija Francisca les darán acogida con alguna frecuencia. Y desde el Relumbrar y el Guadalmena se internarán muy pronto hacia los pueblos del norte de Jaén, los del sur del Campo de Montiel (Torre de Juan Abad, Almedina y La Puebla, desde donde después se extenderán al resto), y en dirección opuesta, hacia Villapalacios, Bienservida, Reolid y El Salobre, en el sur de la Sierra de Alcaraz. De momento, partiendo de una base que tenían previamente en Torre de Juan Abad (¿la Huerta de Porrina?), el 11 de agosto de 1946, “Fernando” y “Líster” dan un “atracó” fingido en la casa del médico y alcalde de la Puebla del Príncipe, don Enrique Lecanda, suponemos que afecto a la ANFD, que les ayudará entregándoles pólvora y unos detonadores, además de dinero. Al este, intentarán contactar con “Atila”, aunque eso llevaría todavía su tiempo.

El 18 de agosto ya están en la provincia de Albacete, por la zona del cortijo de Cardos, donde el río Guadalmena se une al de El Salobre, guía-

dos por “Palrusia” (Santiago Rozalén), mecánico vecino de Reolid, y quizá acompañados ya por “Pepe”, que vendría a reforzar estas gestiones. Además de “Palrusia”, que sólo había pasado en la cárcel un año de los 12 a que fue condenado por haber sido antes concejal de El Salobre y vocal del Frente Popular, deteniendo a dos guardias civiles (“con los cuales –se dice en la sentencia- se comportó muy bien, librándoles de ser asesinados”), en Reolid existía un grupo numeroso de personas de izquierdas, como Domingo Gómez, procesado con él por el asunto de los guardias civiles, o Prudencio Romero, antiguo presidente del Frente Popular, militante del PCE y condenado también a 12 años por haber detenido a distintas personas de derechas como guardia de asalto que fue con la República. O Manolo Espinosa, capataz de obras públicas, que servirá de enlace con personas de izquierdas de otros pueblos.

Aunque puede tener alguna confusión respecto a las personas o las fechas exactas, Felipe Losa, “El Raspa”, declarará más tarde que “Pepe” y “Antonio”, que bien pudiera ser Antonio Hidalgo (“Atila”) o Paco “el Valenciano”, que al parecer también utiliza este nombre (de hecho “el Raspa” alude pocas líneas después, equivocadamente, a “Antonio el Valenciano”, vecino de El Salobre), establecen contactos en agosto, en la caseta de peones camineros donde vivía Espinosa, con otros municipios: el propio “Raspa” lleva y trae sendas cartas cerradas de aquellos guerrilleros a “Linares”, herrero de 27 años que vivía en Solanilla, y que luego veremos colabora con ellos. Espinosa y “Palrusia” quedarán encargados de crear en Reolid una organización llamada “socialista”, que en realidad será un frente antifranquista, y el segundo de ellos presentará en su casa a “Fernando” y al dueño principal del cortijo de Cardos, Ramón de Llano Ruiz, conocido más bien por “Ramón Llanos”, que dará a la guerrilla un apoyo importante, como podremos ver. Quizá “Palrusia” fuera también introductor de “Pepe” en El Salobre, donde pronto veremos que funciona otra organización muy semejante (aunque probablemente ya hubiera otros contactos); y en Villapalacios, donde José Joaquín Bueno Marquero parece dirigirla a escala comarcal.

En septiembre, “Fernando” y otros guerrilleros, a través de Agustín Fresneda Sánchez, el que fuera teniente de alcalde socialista de Villanueva de la Fuente, y “el Manquillo” (Jesús Chueca Fresneda), que les organizaron la reunión y un pequeño banquete en la finca de este, conocida por el nombre de Cortijo del Pollo (acaso, más bien “Poyo”, puesto que está en un alto), establecen contacto con León Gila García, Ramón Cózar Rodríguez y otros convecinos, para ver la manera de organizar allí el “Partido Comunista”. En realidad, no es tanto el citado Partido Comunista como un grupo de apoyo a

la guerrilla, porque Gila declara que a él le preguntaron “*si estaba dispuesto a entrar en la organización por simpatizante de izquierdas*”, y Fresneda y Cózar habían sido antes concejales del PSOE, que no del PCE, aunque Chueca sí era comunista. En cualquier caso, todos se comprometerían a albergar guerrilleros y llevar las noticias de interés que supieran a Agustín, que actuaría como enlace. Por más que Villanueva no era un pueblo extremista (en la Guerra Civil no hubo ningún muerto, y hasta los milicianos salvaron a los curas y gentes de derechas, como ha señalado Juan Ángel Amador), sí quedaban personas bastante concienciadas, por lo que no es extraño que pronto funcionara una organización de apoyo a la guerrilla donde probablemente fueran los libertarios, como Juan Pedro Ortiz “el de Moreca” o Tomás Ortiz Ramos, y algunos comunistas, como los dos hermanos Fresneda Alarcón –aunque Jesús Fresneda había sido del PSOE- y Jesús Chueca, los que más se implicaron en la ayuda directa; pero también veremos gente más moderada, como Agustín Fresneda y Juan Sánchez Lorenzo, su sobrino, que acogían guerrilleros en sus casas, o Pío y Jorge Villar, hijos del practicante, que acudían al cortijo de Las Mesas para verse con ellos.

En esa misma zona del Campo de Montiel, “Fernando” y “Líster” toman igualmente contacto con personas afectas, no necesariamente comunistas ni activas, que les ayudarán al establecimiento de escondrijos seguros. Muchos de ellos se habían conocido en la cárcel o en los batallones de castigo a los que destinaban a la gente de izquierdas, lo cual facilitó la organización. Entre ellos destacamos a Dionisio Castillo, un viejo libertario que salió de prisión un par de años antes y siguió manteniendo contactos discontinuos con algunos huidos, y con los Poblador Patón de Villahermosa, para facilitar la salida de aquellos fugitivos desde Navalcaballo y otros puntos limítrofes con tierras de Jaén, y aunque no se echó al monte, de momento, se entregó sin reservas a la causa común antifranquista y fue muy eficaz emprendiendo contactos y abriendo nuevas bases.

En La Puebla del Príncipe “Fernando” consiguió establecer otra base en la casa de Luis Arias y otra en la de Luciano García, comerciante de vinos y vinagre, y su mujer, Sagrario, sorda como una tapia, pero siempre dispuesta a acoger guerrilleros y lavarles la ropa o darles de comer. Luisa, la hija de Luis, asistente del médico Lecanda (ella fue la que abrió a “Líster” y “Fernando” la noche del “atracó”), dice haber conocido a “Fernando” en casa de Sagrario antes del mes de agosto y trabado amistad a lo largo de este (desde el primer momento servirá de estafeta, recibiendo a su nombre cartas de Aurelia Gómez, su novia de Reolid, en las que a veces iban otras menos románticas).

La casa de los Arias no tenía muy buenas condiciones, por lo que todos ellos –sobre todo, las hijas- pasarán mucho tiempo en la de los García, en la que en ocasiones veremos “convidados”; pero Luis servirá de buscador de bases y guía por la zona. No muy lejos de allí, en Villamanrique, el antiguo anarquista Eugenio Selas se negó en un principio, pero al fin acabó colaborando y guiando a “Fernando” –a quien también había conocido en la cárcel- hasta Navalcaballo, a donde le llevó comida varias veces.

A Castillo le vemos todavía en diciembre creando alguna base cerca de Villahermosa, donde un tal Juanete, casero de la finca de los marqueses de Valdeguerrero, servirá en el futuro como guía y contacto para hallar otras nuevas. Y seguirá ofreciendo su propio domicilio de la Calle Mayor de Almedina, donde pudiera estar, si es que Moreno Gómez no tiene algún error, la base de “Macario” –otro de los apodos de Dionisio Castillo- en la que aquel autor dice que se refugiarán mucho tiempo después “Lister”, “Fernando”, “Luis” y “Palrusia” después de su entrevista con “Tarzán” y su grupo en Reolid o El Cubillo y de haber recogido de camino a “Porrones”. Desde luego, sabemos que en esa casa entran con bastante frecuencia guerrilleros por la puerta trasera, hasta el corral, y de este a la vivienda, e incluso les visita el médico Lecanda.



Dionisio Castillo, un antiguo anarquista de Almedina, que ayudó a establecer bases de la guerrilla en el Campo de Montiel

Pero lo interesante es que estas mismas bases se multiplicarán, generando metástasis en otras poblaciones. Parece que Castillo contactará igualmente con Ramón Matamoros Castellanos, cuya casa en Santa Cruz de los Cábanos (aunque menos usada que la de su pariente Quiterio Castellanos), será un buen escondite en enero y febrero, y este a su vez lo hará, llevando guerrilleros a Montiel, a una cita con Pedro Fernández Amador y Vicente Gallego, que luego ofrecerán las suyas y serán impulsores del Partido en esta población. Por su parte, Gallego –que sabemos aloja por los menos a “Pepe”, “Luis” y “Líster”- mandaría después a Ramón Moya a introducir a “Líster” y a otro guerrillero en Villahermosa y presentarles a ambos al “hijo de Juan Golpes”, que era Arcángel Álamo, propietario y católico de ideas izquierdistas –dice estar vinculado al Partido Socialista, aunque no está muy claro que se trate del PSOE- y dueño de una finca que será utilizada también en el futuro. Cuan-

do, en marzo y abril, se produzca la primera visita de Juan Moya, miembro del Comité Provincial de Albacete, para organizar la ANFD, encontrará una trama bastante consistente de miembros del PCE no ya solo en Montiel y en la cabecera de partido, Villanueva de los Infantes, sino en Villahermosa –en donde los hermanos Amores Castell e Ignacio Rubio montarán en febrero, en colaboración con Manuel Pérez Montes, a quien Manuel Amores había conocido antes en la prisión, y a petición de “Líster”, un buen dispositivo de acogida y apoyo a la guerrilla- y en la Puebla del Príncipe y otras localidades, donde también veremos que funciona después la misma Alianza.

Según cuenta más tarde el famoso “Chichango”, pronto se incorporaron a “Líster” y “Fernando” en la sierra del río Guadalmena él mismo, “Enrique el Viejo” y “Maroto” (o “Jacinto”), que estuvieron con ellos un mes por esa zona, en el cortijo del Piojo, el Pizorro y los “Baños del Rumblar” (Relumbrar). Desde allí se adentraron en Jaén, usando como enlace a un tal “Herrerito”, tratante de ganados, que residía en Génave y que les presentó al maestro de este pueblo, afiliado al Partido Socialista, y a cierto empleado del mismo Ayuntamiento, que antes fue capitán del “ejército rojo”, a quienes encargaron que buscaran a “Atila”. Este vino, en efecto, en cuatro o cinco días, y fue providencial pues trajo a la guerrilla, que debía de estar muy agotada, una buena merienda, alpargatas y 500 pesetas, y la llevó con él a un cortijo que había en Cerro Vico (cerca de Bienservida) y de este al de Cardos, donde el río del Salobre se une al Guadalmena. En esta propiedad familiar de “los Llanos” (Ramón y María Luisa de Llano, y sus medio-hermanos, Luis, Ramón y Vicenta), recibieron comida y asistencia de doña María Luisa, una persona culta, religiosa y muy caritativa, esposa de un político republicano huido, con quien frecuentemente charlarán de política y de la situación de la misma guerrilla. En adelante, ella –que venía de Madrid de vez en cuando para hacer la matanza y ver a la familia o pasar el verano- y su hermanastro Luis, que solía vivir en el cortijo, no solo les siguieron ofreciendo su hospitalidad, sino que mandarían a sus pastores “Bosín” y “Malastripas”, salobreños los dos, a llevar a la sierra el suministro que ellos necesitaban.

Lo curioso del caso es que “los Llanos” –sobre todo Ramón de Llano Ruiz, un pequeño cacique comarcal hasta la Dictadura de Primo de Rivera eran terratenientes, incluso con algunas ínfulas de nobleza (si bien venida a menos, la familia seguía presumiendo de sus antepasados, “caballeros cubiertos ante el rey”), aunque con muchas más simpatías y apoyo popular del que solían tener otros terratenientes, sobre todo en su pueblo de El Salobre, Vianos (donde vivía, puesto que Aurelia Cádiz, su esposa, era de allí) y, en

menor medida, también Villapalacios, donde vivía otro hermano, Ramón de Llano, “el Rojo” (por el color del pelo, que no de las ideas). Al caer Alfonso XIII, el patriarca Ramón se había convertido al republicanismo de derechas, saltando del Partido Radical de Lerroux a Acción Republicana cuando Martínez Barrio se desligó de aquel, y llegando a gestor o diputado provincial por la misma. Como esta



Dos vidas divergentes: en un acto de apoyo a Primo de Rivera, Ramón de Llano Ruiz, que 10 años después será republicano y luego antifranquista, y el capitán Martínez, muerto en el 36 por apoyar el golpe

formación se uniría después al Frente Popular, él, que siempre había sido poco amigo del movimiento obrero, se encontró defendiendo junto a este una legalidad conculcada por un ejército golpista. Desde entonces, quizá, pasó a ser un auténtico demócrata, lo que le hizo sufrir cierta persecución al terminar la Guerra, aunque se demostró que había intercedido “*en favor de muchos elementos destacados del antimarxismo, a veces con valentía y exposición de su favorable situación*” (en efecto, llegó a pisar la prisión por unos días en febrero de 1939). Esto no impediría que en el 43, residiendo ya en Vianos, pasara brevemente otra vez por la cárcel por haber celebrado en una finca suya “*reuniones de elementos de significación marxista*” -¡a saber qué entendían por marxismo!- y se le prohibiera estar en El Salobre, donde siempre vivió y había sido alcalde y mucho más que eso. Paradójicamente, se iba a convertir en el mejor ejemplo de que la Resistencia y el apoyo a los maquis no eran solamente cosa de jornaleros y gente sin recursos.

En efecto, después de haberse entrevistado con “Fernando” en Reolid, en casa de “Palrusia”, probablemente ya en agosto de 1946, y siguiendo sin duda las consignas de la ANFD (continuaba en contacto con los republicanos de Albacete y Madrid, y no únicamente con los del exiliado presidente Diego Martínez Barrio, sino con los antiguos seguidores de Azaña, incluido su cuñado), Ramón de Llano Ruiz, que no era un marxista, pero sí un adversario del totalitarismo, ayudó en lo que pudo a la guerrilla, y con él su familia. Su medio-hermano Luis, que residía en Cardos, y su hijo Germán, como veremos, serán buenas ayudas para los guerrilleros, a los que abastecían, albergaban y ofrecían consejos y noticias. Así lo reconocen con posterioridad, entre otros,

“Chichango”, “Enrique el Viejo” y “Fernando”, que afirma haber tenido con el mismo Ramón y sus parientes “estrechas relaciones”, aunque este dirá más tarde en su descargo que si habían ofrecido de comer a estos maquis, así como a “Cantinflas”, “Líster”, y otros compinches, y no los denunciaron a la Guardia Civil, fue por haber tenido amenazas de muerte. Más “señora a la antigua”, su hermana María Luisa dirá que ella lo hizo porque era costumbre “*de sus antepasados*” socorrer a cualquier necesitado que llamara a su puerta, y que no denunció dado que “*sus principios religiosos y morales le impedían hacer ninguna delación*”.

Desde Reolid, tal vez, o quizá desde Cardos, nada menos que “Pepe” y “Líster”, responsables de este nuevo despliegue comunista, y Guzmán Girón Nieto, un antiguo anarquista de El Robledo, que tal vez serviría de contacto, llegaron a El Salobre, un pueblo muy tranquilo, a finales de agosto, y hablaron en su casa con Francisco Gomar “el Valenciano”, un viejo libertario, supuestamente huido (aunque no se escondía demasiado, como ya señalamos), de quien probablemente ya traían las señas, para solicitar su incorporación a la nueva guerrilla. Aunque él dirá después que fue un tanto forzado, lo cierto es que aceptó colaborar con ellos, con más o menos gusto, y que les ayudó a preparar un golpe al pagador de la empresa ABC, la contratista de la vía ferroviaria de Baeza-Utiel. Aguado Sánchez dice que “el Valenciano” fue quien proporcionó la información precisa para el citado asalto, aunque es de pensar que más bien fuera, con su larga experiencia, el planificador, acaso asesorado por su amigo “Porrones” y Girón, pues ambos trabajaban en el ferrocarril. Pero el informador fundamental será Anselmo Rodríguez Alcázar, encargado de obras de la empresa, que era de Puertollano, pero vivía en Reolid. En sus declaraciones posteriores Anselmo reconoce que tenía a su pariente Rafael Cañadas Torres metido en la guerrilla, y que entre los dos sugirieron a “Pepe” y a Gomar, entre otros, con los que se reunieron en muchas ocasiones en casa de “Palrusia”, de Prudencio Romero y de Domingo Gómez, la manera de dar tan importante golpe.

Como ya hemos dicho, “el Valenciano” llevaría por entonces, desde que se fugó en Villapalacios, algo más de dos años –de uno, según él– “ausente” de El Salobre, aunque no era difícil encontrarle. Tomaba precauciones (su mujer le llamaba “Rasca”, o “Rascayú”, a fin de que a los niños no se les escapara que veían al padre) y dormía algunas noches en casa de un amigo, como Buenaventura o “Ventura” Marín, antiguo miliciano cenetista condenado a 12 años e indultado poco antes, o “Porrones” (Eduardo Martínez Carmona, que iba siempre con él); pero todos sabían que no andaba muy lejos, y algunos le veían con cierta asiduidad, sin salir de su propio domicilio, que será el de su

suegro durante mucho tiempo, hasta que alquile otro para tener más sitio para sus “invitados”. La verdad es que resulta un tipo novelesco y un tanto misterioso; tanto, que todavía no sabemos qué hizo en esos dos años ni si ya estaba entonces dispuesto a echarse al monte y crear otra guerrilla. En su declaración exculpatoria dirá, mucho después, que su incorporación a la de “Pepe” fue forzada por este y por “Líster” –que le ofreció ser jefe, según dice también, aunque él no aceptó– mediante la amenaza de hacer algún atraco en el mismo Salobre para que le culparan; pero probablemente lo que hubo fue un acuerdo en la línea de la ANFD: la colaboración en una acción concreta, la del ferrocarril, a manera de prueba de buen entendimiento, y la constitución de diversos partidos, no solo el comunista, que habrían de formar una organización de resistencia, en la que “el Valenciano” llevó la voz cantante, al menos en la zona de El Salobre y su entorno. Tal vez ya se acordara crear nuevas guerrillas –al captar a un enlace, dicen que deberá llevar a “las partidas”, en plural, las noticias que tenga- y quizás un reparto de zonas de influencia: para Gomar la sierra de este pueblo hacia el norte, y para Antonio Hidalgo, al que pronto veremos actuar con su grupo entre el Guadalimar y el Guadalmena, desde allí hacia el sur, aunque también podremos hallarle en El Salobre.

Prácticamente todos los autores coinciden en decir que Gomar “desertó” hacia el mes de noviembre, y no sería raro, porque otros libertarios o de ideas socialistas lo hicieron por entonces en Levante o en Galicia y León, como han apuntado Romeu y Marco, para no soportar el sectarismo del mando comunista (aunque a nuestro entender es difícil saber quién era más sectario). Más cerca, el conocido “Manco de la Pesquera”, Basiliso Serrano, propuso a algún compinche crear un grupo propio con otros anarquistas de su misma comarca, como ha señalado Salvador F. Cava, mientras que socialistas como “el Clavel” y “el Yamba”, y ácratas como “el Joven” y “Lavija”, miembros de la Segunda Agrupación, huyen a Barcelona y Madrid desde el Valle de Alcudia (Ciudad Real). Pero creemos que Paco “el Valenciano” no desertó de “Pepe” ni se fue de manera desairada, y menos en noviembre: probablemente solo se limitó a cumplir su compromiso previo en la preparación y ejecución de un golpe, y en la organización –junto al citado “Atila”– de una trama local de resistencia, a la espera, tal vez, de levantar una nueva guerrilla. Mientras tanto, aun teniendo su propia “clientela”, y aunque su relación personal con “Atila” distara de ser buena (según dice su hijo, “no se podían ver”), seguirá cooperando con otros, como “Líster”, a quien alguna vez veremos en su casa, y en especial, “Chichango” –también llamado “Luis”– que pasó algunos meses en la misma, al cuidado de “Pepa”, su mujer, se hizo amigo suyo y hasta le acompañó en sus correrías, como podremos ver (de hecho, su hijo Vicente

recuerda que Gomar le decía que “Chichango”, al que apreciaba mucho, también era anarquista).

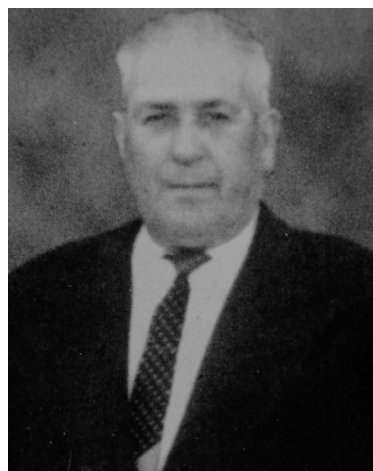
Pese a su “discreción”, que le valdrá la vida, hay bastantes noticias –no todas contrastables- sobre este escurridizo y hábil “Valenciano”, que guarda, sin embargo, numerosos misterios, hasta para sus hijos. Según los documentos del *Fondo Antonio Téllez* conservados en Ámsterdam (*Instituto Internacional de Historia Social*), y que al parecer legó a este historiador y maquis libertario el que fue secretario general clandestino de la CNT, César Broto Villegas, compañero y amigo de Gomar durante muchos años de cárcel en Valencia (San Miguel de los Reyes) y algunos de vejez fraternal compartida en La Pobra del Duc (de hecho, aporta una foto familiar que solamente aquel pudo haberle entregado), resulta un personaje mucho más importante de lo que hasta el momento habíamos creído. Nos dice Rolf Dupuy, coautor del *Dictionnaire de guerrilleros et résistants antifranquistes Los de la Sierra*, a quien agradecemos su rápida respuesta a nuestra petición de información, que de estos documentos salió la biografía –redactada por Téllez- de Francisco Gomar, “el Valenciano”, según la cual, este último desertó muy temprano de “Pepe” (o “Timochenko”), “*ne voulant pas s’intégrer à une guérilla aux ordres des communistes*”, formó una libertaria, de una veintena de hombres, y mantuvo contactos con otras semejantes, como la granadina de los hermanos Quero o la albacetense de “Chichango” (desde luego, hemos visto que este era amigo suyo y que actúa en esta zona, pero cuesta creer que mantuviera relación con Granada). Por otra parte, Broto, en una necrológica publicada en el N° 4/5 del boletín *El Noi*, y entre otros asertos probadamente ciertos, le hace “*jefe de un grupo de guerrilleros que actuaba desde el Maestrazgo hasta Sierra Morena*”. Creemos que se trata de un malentendido o una exageración, sobre todo geográfica, y que no todo el grupo sería libertario, aunque sí pudo haber algunos integrados en distintas partidas; pero es que, además, Antonio Téllez, en el ya mencionado *Dictionnaire...*, añade que con ellos asaltó nada menos que el cuartel de la Guardia Civil de Vianos (Al-



Gomar y César Broto, presos en San Miguel de los Reyes (Valencia)

bacete), llevándose unos cuantos fusiles y pistolas, tras lo cual se marchó a la Sierra de Gredos, donde formó partida con otros cuatro más, antes de regresar a La Pobra del Duc. Noticias que, en principio, creímos inverosímiles, y por esa razón las descartamos hace apenas cuatro años, en un pequeño artículo titulado “El Salobre y los maquis”; pero que ahora nos son confirmadas en parte por su hijo, Vicente, a quien localizamos en La Pobra del Duc, y por varios indicios que parecen marcar la misma dirección.

En efecto, ignoramos si “el Valenciano” estuvo en El Maestrazgo y Gredos. Su hijo no sabe nada sobre esta cuestión, que parece dudosa; pero sí que le oyó decir algunas veces que, con sus compañeros, tomó el cuartel de Vianos y arrebató a los guardias -unos “pobres muchachos asustados”, según decía él- fusiles y pistolas. Sabemos, además, por las declaraciones de su esposa y de otros, que él mismo fue a Albacete a recoger allí sendas expediciones de 5 y 17 guerrilleros que enviaba “la Regional de Levante”, a los cuales pudieron añadirse gentes de la comarca, no necesariamente de sus mismas ideas, hasta sobrepasar de largo esa veintena de la que hablaba Téllez recogiendo sin duda comentarios que el propio “Valenciano” hizo en su día a Broto. Pero, además, declara Veridiano González, vecino de El Salobre y tesorero de la organización de ayuda a la guerrilla, que a él le había propuesto *“que cuando fuese la Guardia Civil a recoger los fusiles que tenían adjudicados los somatenistas de la localidad, saldría al frente de una partida para quitárselos”*; de donde se colige que tenía “una partida”, por lo menos, y estaba planeando una acción similar a la que Antonio Téllez nos contaba de Vianos. Esto y declaraciones de gente de ambos pueblos que se refieren a él como jefe de toda la guerrilla; la detención de seis personas de Vianos a las que se atribuye la docena de atracos registrada en las proximidades de Alcaraz en febrero de 1947 –demasiados atracos para tan poca gente- y la huida de “Porriones”, su amigo y compañero, al saber que la fuerza pública le buscaba, precisamente el día en el que se conocen aquellas detenciones, nos hacen desecher gran parte de las dudas que teníamos sobre este episodio y sobre la existencia en la comarca de una o varias partidas, libertarias o no, pero que, desde luego, no eran la de “Atilla”, aunque la autoridad, enfrascada con este y con los comunistas, no llegara a enterarse.



Eduardo Martínez Carmona,
“Porriones”

Probablemente, más que una sola guerrilla, como decía Téllez, fueran varias menores, y acaso coordinadas, en vez de comandadas, por Paco “el Valenciano”, o bien organizadas de manera flexible y descentralizada (igual que los llamados “grupos de afinidad”, típicos de la FAI, compuestos por amigos que deciden su acción de forma no jerárquica, pudiendo unirse a otros de igual naturaleza). Pudieron operar, aunque tardíamente y por muy poco tiempo, en El Salobre, Vianos y Alcaraz, Povedilla, El Robledo y el río del Jardín, compartiendo con “Líster” y “Atila” por lo menos algunas de sus bases –aunque estos parecen tenerlas sobre todo entre el Guadalimar y el Guadalmena- e incluso ayudándoles en asuntos concretos.

Pero no adelantemos los acontecimientos, porque eso fue más tarde: de momento, Gomar y sus amigos -entre ellos, “Porrones”, que seguirá estando con él en El Salobre, su “cuartel general”- colaboran lealmente, desde el mes de septiembre a enero, por lo menos, en la preparación de una organización de resistencia en la que se amalgaman marxistas, libertarios y personas de otras ideologías; y eso que tropezaron con serias reticencias en algún comunista, como Jesús Garrido, antiguo miliciano de El Salobre, indultado de una anterior condena de más de catorce años, que en noviembre rehusó colaborar como recaudador (dice que por tal causa se encargó a “otras personas”, que serían “Olivares” y “Chinche”) e incluso destruyó la propaganda que le había entregado “el Valenciano”, acaso porque fuera de signo libertario, como *Fragua Social*, que Anastasio Vázquez distribuía en Vianos. O Francisco Garrido, de este último pueblo, que al principio no quiso formar parte de la organización por tener compromisos anteriores con el jefe de otra –suponemos que “Atila”- mientras este vivió, aunque el mismo Anastasio, responsable de dicho colectivo le decía que ambas militancias no eran incompatibles, puesto que se trataba de *“una organización conjunta que existía en todos los pueblos y tenía por misión la ayuda a los bandoleros”* (es decir, guerrilleros). Y es que todos estaban en la ANFD, pero sin duda había algunas discrepancias sobre los objetivos y el protagonismo, tanto en la acción armada como en la Resistencia.

También Guzmán Girón (a menudo citado erróneamente como Germán Girón), antiguo molinero anarquista de 36 años, al que ya hemos visto junto a “Líster” y “Pepe” captando en El Salobre a Francisco Gomar, había comenzado por esas mismas fechas la instalación de bases entre el río del Jardín y Alcaraz: en su pueblo (El Robledo), El Cubillo, Los Chospes, Solanilla y Viveros, puntos donde le vemos en ese cometido. En sus declaraciones posteriores a la Guardia Civil, Alfredo Frías, natural de El Robledo y dueño del cortijo de “la Venta del Muerto” (en realidad, la Fuente del Vallejo del Muerto, que

se encuentran junto a él, muy cerca de Los Chospes), confiesa que hacia el mes de septiembre u octubre de 1946 un tal Ángel Soriano (Ángel Maestre Soriano), vecino de El Cubillo, le pidió que alojara en su casa a Girón, *“a lo cual accedió de buen grado, facilitándole albergue y comida hasta tanto que fue adquiriendo amistades con partidas de bandoleros, a los que igualmente ayudó, facilitándoles cuanto estaba a su alcance y ofreciéndose voluntariamente a que su casa del citado cortijo fuera una base de reposo para los bandoleros, en donde permanecían a veces por espacio de cinco o seis días”*. Desde entonces, Girón, cuyo hermano, Melchor, residía en Viveros, parece haber tenido un papel esencial en la organización de la red de contactos en toda esta comarca, lo que luego, tal vez, le haría pretender cierto protagonismo (cuando no disidencia respecto a las consignas del mando comunista) y le traerá problemas, de los que ya hablaremos. Y el cortijo de Alfredo, conocido entre los guerrilleros por “Ladridos” –sin duda, por los perros de las casas vecinas, que a nosotros también nos dieron un concierto cuando fuimos a verlo- será probablemente la base principal de esta aldea de Los Chospes, al estar apartado, pero cerca, de ella y de las vías de comunicación que unían Albacete, el Campo de Montiel, Villanueva, Alcaraz, Peñascosa y los ríos de La Mesta y de Villapalacios.

También habrá otras bases en el hoy despoblado Villaverde: en casa de los Yagüe, donde el guarda ayudaba a la guerrilla, en la de Enrique “Cábila”, y Rafael “Pajares”, que más tarde se fue a vivir a El Cubillo; en la casilla de peones camineros de Vicente García, un antiguo ugetista que les facilitaba alimentos, y en la de José Vicente Jiménez, que antes fue de UGT y ahora dio alojamiento a las partidas y hasta les indicó que atracasen a Pedro Galletero, un convecino suyo, al que quitaron su escopeta y dinero. En El Jardín sabemos que hallarían albergue alguna vez en la casilla de peones camineros de Eleuterio Muñoz (Km. 45 de la carretera de Córdoba a Valencia), y que tenían bases en las casas de José Juan Rozalén, Juan Ramón López, el electricista, y Ramón Calderera, el panadero. José Juan Rozalén –al que también veremos contactar en Reolid con Paco “el Valenciano- quedaría encargado de crear otras nuevas: una de las mejores, la de “la Cacharrera” (Josefina, “la del Cacharrero”) en San Pedro, que sirvió mucho tiempo de guarida; o la de la casilla de peones camineros del km. 15 de la carretera de Albacete a Jaén, que fue un punto de escala valiosísimo para los que viajaban a esta capital. Tan entusiasta era, que propuso a los maquis la eliminación de un tal Pedro Valero, herrero de la vía, que vivía también en El Jardín, cosa que ellos no hicieron porque este asesinato *“no tenía alcance para la causa”*. Luego les propondrá irse al monte con ellos, pero *“no le quisieron”*, porque era más útil

organizando bases, recibiendo en su casa propaganda –que después repartía su vecino Juan Antonio López García, “el de las telas”, con la cesta en que siempre llevaba su muestrario- y reclutando amigos en el mismo Jardín y en los pueblos cercanos. Sin duda, Juan Antonio es el mismo vendedor ambulante de tejidos cuya casa sirvió después de escala a Paco “el Valenciano” cuando iba a Albacete con cuatro de los suyos a recoger a un buen grupo de guerrilleros, según cuenta su esposa, y el que llevó más tarde un rifle a esta ciudad, a casa de Juan Ramos, como podremos ver. Pero, además, nos dicen vecinos del lugar que en la aldea de Arteseros había algunas cuevas, y en lo alto del cerro de El Jardín refugios construidos a manera de majanos de piedra, con varias aberturas enfilando los distintos caminos, que los maquis usaron muchas ocasiones.

Igualmente contaban las guerrillas con amigos y bases en El Robledo, en casa del que había sido alcalde en la República, y en la del molinero Cayetano Girón, antiguo comunista que fue carabinero y vivía en el molino de Las Torronteras; en la aldea de El Cubillo (las de “Rafa el Pajares” y Ángel Maestre Soriano, otro enlace importante que sabemos ayuda a Guzmán Girón Nieto, aunque también le vemos auxiliando a “Tarzán” y su partida algún tiempo después), y en distintos cortijos cercanos a Los Chospes, como el de Alfredo Frías, del que hemos hablado. Un tal José Jaén, “el del Batán”, promovía, además, reuniones en su casa y en el Ventorrillo de Los Chospes entre los ya citados y otros simpatizantes de esta misma aldea y de los caseríos del contorno, (Desiderio Redondo “el Nene”, Pilar Redondo, Isidro, Marceliano Cuartero, Rufino Frías “el Jaque” y Juan Dionisio Soto, exsecretario del Frente Popular en Los Chospes), algunos de los cuales, habían sido en tiempos milicianos armados que se habían movido por los pueblos vecinos, a tenor de la Causa General de El Robledo y Bienservida, aunque de otros no consta actividad anterior. En cualquier caso, todos, como declara luego Desiderio Redondo, componían *“una Organización o Junta con el nombre de Socialista, que no era otra cosa que organizar la Resistencia y ayuda a los bandoleros [...] para en un día no muy lejano apoderarse del poder”*.

Además de unos pocos vecinos de Alcaraz, acudía con frecuencia al ventorrillo y al cortijo de Alfredo un personaje muy significativo. Se llamaba Tomás Márquez Barriopedro, tenía 50 años y era natural de San Pedro, aunque era vecino de Albacete y residía tanto en El Ballestero como en la propiedad de su esposa en El Vínculo, muy cerca de Los Chospes. Era un hombre bastante moderado y muy inteligente, que a los 14 años aún era analfabeto y trabajaba de mozo de molino, pero a los 25 no sólo era maestro –de los que se llevaba a comer en su casa a los niños más pobres- sino un abogado de

prestigio, que llegaría a ser decano del Ilustre Colegio de Albacete. Fundador y primer secretario en Alcaraz de Izquierda Republicana, y afiliado a UGT, fue elegido primero concejal durante la República –salvo el Bienio Negro, en el que fue cesado- y alcalde con el triunfo del Frente Popular, oponiéndose al golpe del 18 de julio: se incautó de 18 cajas de dinamita de la obra de la vía Baeza-Utiel, desarmó a la Falange y a la Guardia Civil y armó a los milicianos, avisando al ministro de la Gobernación de la sublevación de Albacete, pronunciando un discurso desde el Ayuntamiento y animando a la gente a resistir, (el día 25 salieron, además, con Hilario Piqueras, su teniente de alcalde, un camión y dos coches llenos de voluntarios, a rendir a los guardias rebeldes del cuartel de Albacete y ponerse al servicio de la legalidad republicana). Algunos falangistas de Alcaraz le acusarán más tarde de haberles perseguido, incluso de querer asesinarles cuando fue a detenerles con varios milicianos, pero por los informes policiales franquistas sabemos que lo que hizo fue defender a algunas personas de derechas ante los tribunales populares e incluso esconderlas, evitando desmanes, y nos dice su nieta que puso a buen recaudo a la Virgen de Cortes, acciones que quizá le costarían no solamente el cargo –aunque hay otras versiones sobre este incidente- sino dos detenciones en agosto y noviembre y una multa a propuesta del Frente Popular.

Al acabar la guerra, “don Tomás”, como se le conoce entre los contertulios, se escondió en Albacete como *topo* durante siete meses, mientras su hermano Enrique fallecía en un campo de trabajo en Bilbao y el otro, Serafin, dirigente del Partido Comunista en su pueblo, acababa en la cárcel. Pero la policía, siguiendo las denuncias de vecinos del mismo Ballestero, le buscaba en las casas de los Gotor y de otras personas de derechas, que quizá le ayudaran pese a su manifiesto antifranquismo, de manera que pronto sería detenido. Salió de la prisión en el 43, pero probablemente más radicalizado: en el 46 sería el ideólogo de la organización de resistencia en toda la comarca; a menudo traía propaganda y consignas, y ofrecía a los maquis, con los que se reunía sobre todo en la base de Alfredo, pero también en otras, y en su casa de El Vínculo alguna que otra vez, consejos y noticias sobre la situación del gobierno Giral en el exilio –reticente a la idea de la ANFD y con bastante apoyo por parte del PCE- o lo que los aliados y la ONU



Tomás Márquez, ideólogo del grupo de Los Chospes

pretendían hacer con la España de Franco. Como también tenía vivienda en Albacete, servía de contacto entre republicanos e izquierdistas de esta capital y de distintos pueblos, como el que había sido alcalde de El Bonillo, o el maestro depurado Joaquín López Arenas, que vivía en Povedilla. Este declara haberle visto un día en Albacete, y dice que le dio un discurso reciente de Indalecio Prieto, comentándole que él no estaba muy de acuerdo, pues creía que había que apoyar con acciones violentas desde dentro la inminente invasión de las fuerzas aliadas.

Otro que pudo hacer las funciones de enlace entre la capital y la guerrilla del sur de la provincia fue Bibiano Piqueras, un viajante natural de Alcaraz, aunque domiciliado en Albacete (calle Pérez Pastor, Nº 1), cuyo padre y hermana vivían en el cortijo de Chacón o Las Mesas, cerca del Relumbrar, donde esta familia y el guarda de la finca acogían a los maquis con alguna frecuencia y parece que él mismo iba a cazar con ellos, según declara el guarda. Como podremos ver, mantenía contactos en su ciudad natal y en Albacete, y sabía bastante sobre la situación y escalonamiento de los “destacamentos” y bases guerrilleras –en su declaración cita las de Santa Ana, Reolid, Villanueva, Villahermosa e Infantes- y sobre la organización que recibía enlaces de Valencia y enviaba a la sierra guerrilleros, por lo que es de pensar que estuviera en contacto al menos con Juan Moya y Rafael Jiménez, que le sucederá en el PCE albacetense y en dicho cometido; pero la propaganda que iba a repartir no era *Mundo Obrero*, sino *El Socialista* y *Avance*, lo que hace difícil que fuera comunista. Por desgracia, su hijo, con el que hemos querido contactar por teléfono, no nos aclara nada respecto a sus ideas, pero sí que sabemos que salió de la cárcel en el 44, tras cumplir solo dos de los doce años a que fue condenado; y tampoco es asunto demasiado importante: como ya hemos visto, muchos, la mayoría, de enlaces y contactos que hemos visto en la ruta se vinculan más bien a los republicanos, socialistas y ácratas, que a los comunistas de “Líster” y “Atila”; lo cual no significa que no colaboraran con unos y con otros. No en balde, como apunta Desiderio Redondo, “don Tomás”, les solía decir en sus reuniones “*que había que estar unidos y preparados para, en un día no muy lejano, apoderarse del poder, así como que había que prestar ayuda a las partidas de bandoleros, que aquellos constituían la vanguardia de la Resistencia, leyéndoles a la vez unos papeles que no eran otra cosa que propaganda y excitación*”.

En Alcaraz, tal vez por la mayor presencia de la Guardia Civil (y de una Falange exaltada y rabiosa por las humillaciones del año 36, que instaló en una casa confiscada su sede, donde había desde “interrogatorios” a pa-

triótico-etílicas reuniones que acababan alguna que otra vez disparando a los techos y paredes), resultó más difícil establecer contactos, pero también los hubo; sobre todo entre antiguos cargos de la República y maestros depurados, como Antonio José García Piqueras y su hermano Hilario (el primero había sido fundador de UGT en Lezuza, donde tuvo su escuela; el segundo pasó de concejal y teniente de alcalde de Izquierda Republicana con Márquez Barriopedro, a radicalizarse a raíz del golpe militar y acudir a Albacete el 25 de julio con otros milicianos, y después fue vocal del Frente Popular y secretario de la CNT/FAI, responsable de las incautaciones de la central eléctrica y otras propiedades). El viajante Piqueras, por su parte, declarará más tarde que en uno de sus viajes, aproximadamente en septiembre de 1946, conoció en Alcaraz a un maestro “cesante” (es decir, expulsado), Manuel García Navarro, que vivía en Valencia y traía *El Socialista* y *Avance*, de tirada mensual –por lo tanto, está clara su orientación política, ni comunista ni ácrata- y concertó con él aprovechar sus viajes para ir repartiendo por los pueblos y en el mismo Albacete estos y otros impresos, aunque no pudo hacerlo porque no le llegaron.



Ejemplar del diario “El Socialista”

Otro que recibía propaganda era Mariano Rico, músico aficionado, autor, al parecer, del himno de Alcaraz, que era carpintero y solía guardarla en un cajón de falso o doble fondo. Y sabemos también que en la vivienda de Inocente Martínez, en la Calle de las Torres, donde este ugetista había dado albergue en el pasado a la Casa del Pueblo, se reunían “marxistas” subversivos; en la peluquería de Eleazar de la Rosa se veían los domingos, a comentar noticias de radios extranjeras, con Hilario García Piqueras, Luis Pinar (que fue del comité del Frente Popular) y Félix “de la Noguera”, mientras José García Piqueras, un tal Serna “el del Banco” y Juan López (que también formó parte de dicho comité) lo hacían en el casino, donde iban a fundar una organización, seguramente otro “Partido Socialista” en la línea de ANFD, sin que conste que esta llegara a ver la luz ni que tales reuniones tuvieran trascendencia.

Constanza, de El Salobre, nos ha hablado también de otra mujer que vivía en Alcaraz, muy cerca del cuartel de la Guardia Civil, que iba por los pueblos vendiendo mercería y de paso traía noticias y correo para los guerrilleros; y otros, del “Manquillo”, José Sánchez Galletero (puede que Carretero), comerciante de tejidos y ropa, que además les surtía de este y otros artículos. Y en los alrededores de la misma ciudad sabemos por “Fernando” que solían acogerles en la finca de Mónico Navarro (cuyo hijo, Camilo, también les ayudaba), en otro cortijillo llamado del Toscar y en el de Cantarranas, de Inocente Martínez, donde después veremos que curará a “Porriones” el barbero Eleazar de la Rosa. En Viveros sabemos de un tal Cristóbal Cuenca (además del hermano de Girón), y de un tal “Mieles” de El Horcajo, y en cuanto a las aldeas del entorno, en La Hoz se ocultaron alguna que otra vez en casa de Julián Romero, el pedáneo (aunque este no parece ser muy simpatizante); en la de Solanilla en la de Eugenio Martínez Bustos, el peluquero (que fue de CNT y estuvo condenado a 12 años de cárcel), y en la de Canaleja en la de Alfredo Jordá (condenado también a 6 años y un día por haber militado en dicho sindicato, y quizá en UGT). Desde luego parece que no será infrecuente la presencia de maquis en la zona: algún tiempo después, al juzgar a Jordá, el juez dice “*que estos tenían aterrorizados a los habitantes del cortijo del informado y de sus alrededores*”.

También en Povedilla había varias bases. Dice Manuel Martínez Martínez, “el Francés”, que una noche llamó su vecino y sobrino político Manuel Maldonado, conocido por “Rosa”, pidiendo que acogiera a un par de guerrilleros, pertrechados de rifle y escopeta, de los que conoció solamente a Girón. Pasarían allí unos doce días, en los cuales mandaron llamar al maestro depurado Joaquín López Arenas, con el que conversaron sobre el cambio de régimen, política exterior y el modo de “*sembrar el terror*” en la zona. En realidad, las casas del “Francés” y de “Rosa” –que, además recogían dinero y provisiones- albergaron con cierta frecuencia guerrilleros, y en la de Pedro Ramos, casado con María, tía de Joaquín López, y aún más implicado (suponemos que era dirigente del “*partido clandestino de ayuda a bandoleros*” que se cita después en el sumario), llegarían a pasar varios días seguidos. Ya en diciembre o enero (creemos que en este último) toda una guerrilla, al parecer bastante numerosa, pues necesitaría las casas de Martínez, Ramos y Maldonado (y quizá alguna más, puesto que el molinero Antonio Rozalén también es acusado, aunque él no lo admite), se acogió en Povedilla durante varios días y mantuvo reuniones con el maestro Arenas, “el Cojo Zapatero” –no sabemos si el mismo de Albacete que llevaba este apodo- y José Pedregal (tal vez hijo o hermano del que había sido alcalde, Bienvenido, fusilado en el

año 39) para tratar “*de asuntos políticos reaccionarios al régimen y planes terroristas para el futuro próximo*”. Por lo tanto, el papel de los enlaces no era solo ayudar, sino dar opinión y marcar objetivos, y a su vez se valían de otros como guías y contactos, como Rafael Arenas –el mismo que ya antes anduvo un tiempo huido- que acompañó a Benito León, el de Reolid (hermano de “el Moreno” y de José Vicente, al que quizás Arenas conociera en la cárcel), a casa de su primo, el maestro Joaquín López, para que este, a su vez, lo llevara a encontrarse en la de Pedro Ramos con unos guerrilleros a los que debería acompañar a Reolid y El Salobre, donde parece estar el cuartel general.

Joaquín López Arenas, el maestro depurado, mantenía, por su parte relación con Márquez Barriopedro, del que hemos hablado, y con Juan Pedro Ortiz (“Juan Pedro el de Moreca”), antiguo dirigente cenetista, encargado de la organización de resistencia y ayuda a la guerrilla no solo en Villanueva de la Fuente, su pueblo, sino en los vecinos de Montiel y Santa Cruz de los Cáñamos, que al fin se irá al monte al verse descubierto, como podremos ver. Igualmente los tuvo con don David Martínez, maestro nacional expulsado también, que vivía en Viveros, donde daba a entender que había guerrilleros, a pesar de lo cual no era optimista sobre las esperanzas de cambios en España, después de las noticias que escuchaba en la radio; y con Germán de Llano, el hijo de Ramón, quien le había comentado que solían recibir a la guerrilla en los cortijos de Cardos y Las Mesas, entre otras confidencias. Como se puede ver, había “*intelectuales*” y gentes procedentes de los antiguos cuadros del Frente Popular, con su gran variedad, que solían hablar entre ellos de política, y con los guerrilleros de sus posibles planes. Pero también había ayudas más humildes en los alrededores: Tomás Marín Martínez, en su autobiografía *Memoria antifranquista*, publicada en la *web*, recuerda que de joven trabajaba cerca de Povedilla en la finca de cierto coronel auditor -¿Fortunato Navarro, pariente de los Yagüe?- y “*venían los maquis, los ocultábamos, les dábamos comida e incluso en ocasiones guardábamos sus armas, con el riesgo que ello suponía...*”

En Vianos, la base principal sería la de un sastre apodado “el Francés”, Anastasio Isidro Vázquez, que será el dirigente de una organización local de resistencia y ayuda a la guerrilla, cuyo nombre no consta, pero que es de pensar fuera el de “socialista”, como la que funciona en Reolid y El Salobre. En ella se integraron –con ciertas reticencias iniciales, pues parece que era comunista- Francisco Garrido Mozo, y Rufino Castedo, socialista, que hacía de enlace y guiaba guerrilleros entre estas poblaciones; José Antonio Roldán, sastre también, otro apodado “Ambocho” (que es Francisco Banegas, o “Quico el de Ambocho”, detenido después bajo la acusación de “robo en cuadrilla”, asunto

del que luego tendremos que tratar), Daniel Clemente Pozo y “el Chato de la Patiniega”. Al menos los dos últimos fueron algunas veces a Reolid, a llevar a “la Sole” un macuto para un guerrillero que tenía en su casa, y varias cantidades recaudadas por Castedo y Garrido a la misma mujer y a Manolo Espinosa “el Capataz”; y Garrido llevó a Villapalacios algún dinero más al secretario comarcal de la organización, José Bueno Marqueño. Aunque dice la Guardia Civil que vigilaba mucho a ciertos sospechosos, como Anastasio Vázquez y Rufino Castedo, no pudo demostrar durante mucho tiempo que estuvieran en tratos con los maquis. Sin embargo, sabemos que seguían las consignas que Paco “el Valenciano” le enviaba a través de Isidro Rodríguez, de El Salobre, y Francisco “el Tejero” de Reolid; aunque hubo problemas, pues Gomar pretendía comenzar a dar golpes en Vianos o su término, pese a la oposición radical de Anastasio. Pese a todo, una noche llegó a casa de este último, según Daniel Clemente, el propio “Valenciano” acompañado por “Chichango” y otros tres “bandoleros”, que venían con él desde El Salobre, *“a sacarle a Helí Cádiz 5.000 pesetas”*, que le habían pedido previamente por carta, lo que pudo traer alguna discrepancia con los más moderados de la organización.

Como Ramón de Llano vivía en este pueblo, la organización pudo beneficiarse durante mucho tiempo del “pacto antifranquista” que existía entre este y la guerrilla. Germán de Llano andaba con su famosa yegua de unos pueblos a otros y, con sus numerosas amistades, que iban desde la clase popular a los terratenientes y los profesionales de la zona, sin excluir siquiera a la Guardia Civil, resultaba muy útil para traer y llevar recados y noticias (por ejemplo, informó a Soledad, la de Reolid, de que iba a producirse un registro, para que se marcharan los maquis de su casa). De su tía María Luisa ya hemos visto también su actividad en Cardos. Ella misma confiesa con posterioridad que el 18 de agosto y los días 5 y 12 de septiembre había albergado y dado de comer a “Palrusia”, que se fue desde Cardos a Reolid, y a “Fernando” y “Jacinto”, que tomaron camino a Albaladejo en la primera fecha, y que luego volvieron otra vez estos últimos, con dos desconocidos, y durmieron allí en diciembre de 1946. Y esta confesión se refiere tan solo a una pequeña parte de la ayuda que ella y Luis les prestaban desde aquellos cortijos del río Guadalmena (de hecho, los guerrilleros conocían a Cardos por el nombre de “Base del Tocino”, por la gran cantidad y calidad del que allí les solían ofrecer).

Las presiones después ejercidas por Paco “el Valenciano” sobre algunos amigos y parientes de Ramón o su esposa, como el médico Ruiz o los hermanos Cádiz (aunque puede que a Helí no lograran sacarle un solo céntimo, a Mónico, el dentista, le enviaron una carta, que llevó de El Salobre a Torreblanca Miguel Ciria Catena, mandado por “Porriones”, y entregó, que

sepamos, algunas provisiones y 300 pesetas a “la Pepa”, que ejercía también como recaudadora), pudieron enturbiar aquella relación, por lo menos con este; pero no lo sabemos con certeza, entre otras razones porque Cardos estaba en la zona de actuación preferente de “Atila”, que no de “el Valenciano” y porque estas acciones son bastante tardías. En cualquier caso, es claro que estas exigencias, que podían derivar en mero bandidaje, aunque se ejercitaran contra los más pudientes, restaban simpatías entre la población, por lo que no sabemos si se prodigarían demasiado.

Constatamos de nuevo, en todo caso, que el despliegue inicial en esta zona está más vinculado a antiguos libertarios, socialistas y gente no afiliada, incluso liberales y algún terrateniente, que a los comunistas (que también los había, por supuesto, pero apenas figuran de momento, a excepción de los cuadros dirigentes de la propia guerrilla, quizá porque eran pocos y tampoco tenían muchos medios que poner al servicio de la causa). Esto no impedirá que la gran mayoría ayudara a los maquis de esta ideología con el mismo entusiasmo que los de su partido, pues todos eran parte del “Ejército Nacional Guerrillero” y, como en las reuniones de Los Chospes solía repetir don Tomás Márquez, abogado y antiguo alcalde de Alcaraz, y repiten de forma semejante otros muchos: los combatientes eran “*la vanguardia de la libertad y la redención de la clase trabajadora*”, y el único instrumento entonces disponible para recuperar la democracia.

Constatamos también que casi siempre la captación de enlaces se realiza a través de un hombre de confianza –el “delegado”– que tomaba contacto con antiguos alcaldes, militares, y gentes que fueron a la cárcel tras el fin de la Guerra y, según sus ideas, les proponía crear comités del PCE o de ANFD, o de otros partidos u organizaciones semejantes, que pudieron tener distintos nombres, pero que perseguían igual finalidad. En cuanto a los cortijos y escondrijos urbanos, se hablaba con el dueño y, si este aceptaba, se creaba una base, que a su vez serviría de semilla de otras, lo que permitiría tener alternativas en momentos difíciles o cuando las acciones requirieran contar con mucha gente. En estas dos misiones, como pudimos ver, habían resultado especialmente activos, antes de organizarse la guerrilla del comunista “Atila”, tres viejos anarquistas y un par de socialistas: “Fernando” en la comarca del Campo de Montiel, desde Villamanrique y La Puebla del Príncipe hasta Alhambra y La Ossa de Montiel; Girón en la del Río del Jardín, Canaleja y Viveros, y “Palrusia” y Paco “el Valenciano” en Reolid, El Salobre, Vianos y Peñascosa, donde no tardará en destacar también José Bueno Marqueño.

CAPÍTULO 2. LAS PARTIDAS DE “ATILA” Y PACO “EL VALENCIANO”

Probablemente aún no estuviera completo todo el dispositivo de bases y enlaces cuando, el 7 de octubre de 1946, se produce el famoso atraco al pagador de las obras de la vía ferroviaria de Baeza-Utiel, no lejos de El Jardín, en el km. 46 de la carretera de Albacete a Córdoba; un golpe que parece el sello de la alianza entre los comunistas y Paco “el Valenciano”, y el acto inaugural de la acción guerrillera en estas sierras. Según declara Anselmo, el encargado de obras e inspirador del golpe, participan en él “el Valenciano”, “Pepe”, “Fernando”, “Antonio” (que puede ser “Atila”, Antonio Hidalgo, porque no es de creer que se tratara de “el Comandante Antonio”, que andaba por el Valle de Alcudia y Puertollano) y Rafael Cañadas, el pariente de Anselmo, que asistió junto a él a las reuniones para planificarlo en las casas de Prudencio Romero y “Palrusia”; y puede que también estuvieran Girón y “Enrique el Viejo”, que estaban trabajando para la misma empresa, y “Lister”, que era un hombre muy experimentado e iba entonces con ellos.

La guerrilla partió –y regresó después de perpetrar el robo– del cortijo de Cardos, donde habían dejado al enfermo “Chichango”, que por tanto no pudo participar en él como algunos suponen. Aunque se consiguieron 64.600 pesetas, fue un fracaso parcial, porque otro pagador había pasado ya por el mismo lugar llevando otras 100.000 para abonar las nóminas (vecinos de El Jardín nos dicen que escapó al coincidir su paso con el coche de línea). Desde luego, no fue tan acertado como el que un mes atrás fue la “puesta de largo o bautismo de fuego”, según Moreno Gómez, de la reorganizada Segunda Agrupación, que actuaba en Ciudad Real, cuando el socialista “Palomo” y el comunista, “Julio”, que serían los jefes nominal y efectivo de la misma, con apoyo de “el Gafas”, jefe de la 21 División, se llevaron 250.000 pesetas de un transporte de fondos del Banco Español de Crédito en Puertollano. Pero, aun así, fue un hecho bastante más sonado y menos doloroso que los asesinatos de guardias forestales y colaboradores de la Guardia Civil o delatores que por aquellos días, y al comenzar diciembre, llevan a cabo “Piti”, “Joaquín”, “Regalo”, y “Vicente” o “Magro” en Pedroñeras Villarrobledo y Socuéllamos.

Como ya queda dicho, creemos que existía un plan para crear diferentes guerrillas en la zona; pero de la de “Atila”, que es la más conocida, solamente podemos afirmar que comienza a formarse hacia el mes de noviembre con la incorporación involuntaria de varios elementos de los pueblos situados al sur de Alcaraz, entre los que destacan dos de Villapalacios: Ángel Flores

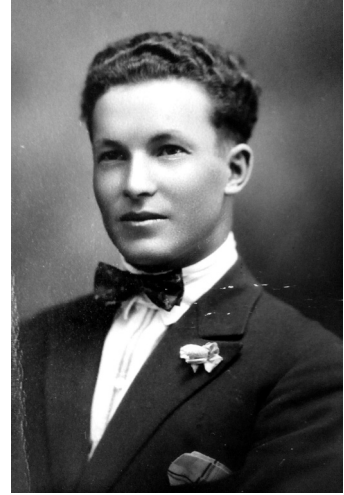
Martínez (“Nicolás”) y Ramón Palacios Banegas (“Enrique”). Ángel, que había sido miembro de Juventudes Socialistas, aunque creemos que no muy ideologizado, tenía hartos motivos para odiar al franquismo: hijo de Lucio Flores, jornalero uge-tista que se vio marginado y perseguido al acabar la Guerra; hermano de un soldado -Sergio Flores Martínez- fusilado en el año 40 en Pueblonuevo del Terrible (Córdoba) tras haberse rendido al enemigo, sería apaleado en varias ocasiones, con su padre y su hermano menor, según nos cuenta este, en el cuartel de la Guardia Civil; pero no se echó al monte hasta el 46, cuando, después del golpe del Baeza-Utiel, volvió a ser detenido y torturado –cuentan que en la camisa le sacaban jirones de la piel- muy en particular por un sargento apodado “el Pelón”, para que revelara todo lo que supiera sobre los guerrilleros, a los que habría visto de forma accidental, como tantos vecinos que iban por los cortijos del río Guadalmena. Los maquis se enteraron en Cardos de su historia y le invitaron a irse con ellos a la sierra, cosa que hizo –nos dice su hermano Dionisio- pensando que mejor era morir de un tiro que de otra paliza.



Ángel Flores Martínez ,
“Nicolás”

Muy amigo de Ángel, y casi de su edad, era Ramón Palacios, panadero de oficio y de familia igualmente izquierdista, conocido en toda la comarca como “el de los fideos”, porque iba por los pueblos fabricando esta pasta, que entonces no solía encontrarse en las tiendas. Se supone que era comunista más o menos formado, pero un tanto inocente, a juzgar por sus hechos: nos dice una vecina –y confirma Dionisio- que escapó de su casa cuando vio que venían a apresarle por algunas pintadas de hoces y martillos hechas con la pintura que le había sobrado de retocar su puerta. Aunque evidentemente ni él ni Ángel sentían gran aprecio por las autoridades o la Guardia Civil, tampoco imaginaron verse de guerrilleros, y menos de la forma en que habrían de acabar. El hermano y el padre de Ángel, y Jesús, el hermano de Ramón, serían detenidos y de nuevo apaleados tras su fuga, y enviados los tres a la Prisión Provincial de Albacete, de donde les sacó, según cuenta Dionisio, un paisano llamado “comandante Valero” -suponemos que fuera Gregorio Valero Bulgaz, comandante auditor en Albacete- que de joven había trabajado con Lucio en un cortijo. Hasta parece que hubo una gestión discreta para que los huidos se entregaran, pero ya era muy tarde: la guerrilla tenía dos componentes más.

No tardará en seguirles, aunque no acabará junto con ellos, otro del mismo pueblo: José –José Joaquín– Bueno Marqueño: un hombre inteligente, de ideas socialistas y de cierta cultura, que había sido teniente en la Guerra Civil y al regresar de Francia pasó por la prisión, como la mayoría de la oficialidad republicana, volvió a Villapalacios, y en octubre o noviembre de 1946 era ya “secretario general” de la organización de resistencia y ayuda a la guerrilla (de la ANFD, según Dionisio Flores) no ya solo en su pueblo, sino en la comarca, pues allí le mandaba Anastasio, el de Vianos los fondos recaudados en esta población. Harto de padecer el acoso y maltrato de la Guardia Civil, que aguantó mientras pudo,



José Bueno Marqueño, “Modisto”

pues tenía a su madre y tres hermanas dependientes de él (aunque eran costureras y se ganaban bien la vida con la aguja), al final se echó al monte, diciendo que no iban a cogerle con vida, según nos ha contado Juan Medina, sobrino. No parece que fuera comunista, y quizá por tal causa no se unió con “Atila”, sino probablemente anduvo un tiempo solo y después se juntó con uno de los grupos que pronto se formaron por la zona de Alcaraz-Peñascosa, donde había trabajado de cartero. En diciembre de 1946 visitó a su otra hermana y su cuñado, “Churchill”, herrero en El Salobre, y les dijo que se iba a Andalucía; pero, si es que se fue, volvería muy pronto: a mediados de enero iba con otros cuatro, todos ellos armados, a cenar y dormir en la aldea de La Hoz, cerca de Cortes, a la que regresaron en tres o cuatro días, y hasta pudiera ser jefe de la partida, como apunta después “el Valenciano” para exculparse él mismo. Como podremos ver, mucho tiempo después se integrará en la de “Pocarropa”, donde fue conocido por “Modisto”, “Tordillo” o “Celestino”; pero probablemente fue por necesidad de no quedarse solo cuando desaparecen las de esta comarca.

A fines de noviembre según declara él mismo –aunque ya le hemos visto en Cardos en septiembre, acompañando a “Jacinto” y “Fernando”, acaso como guía- se incorpora el mecánico “Palrusia” (Santiago Rozalén), enlace y responsable hasta ese momento de la organización de resistencia que venía funcionando en Reolid “*bajo el título político de Socialismo*” como dice después el atestado. Aunque no cabe duda sobre su implicación previa con la guerrilla, creemos que tampoco pensaba echarse al monte, y si lo hizo fue

por un hecho fortuito: le gustaba la caza furtiva con hurón, y estando un día en ella, parece que al amparo de Silverio León (hermano de Benito y de José Vicente, el comunista), guarda municipal y amigo suyo, ambos fueron cazados por la Guardia Civil, que los condujo hasta Villapalacios. Por temor a los malos tratos habituales, o a que se descubrieran otras actividades, decidieron fugarse y vinieron a dar en El Salobre, donde hallaron refugio en cierto cobertizo del camino del huerto de la Cuesta del Molino, propiedad de Pepe el Herrero (José Julián Pretel), cuya hija mayor, Carmen Pretel, les llevó de comer dos o tres días, temblando –nos contó– porque vio al sargento que venía buscándoles en casa de un vecino, a 100 metros de allí. Después contactarían con “Atila” y su gente y se fueron con ellos a una base llamada “Los Marines” (o, también, “Los Cortijos”), situada a un kilómetro del pueblo, donde los guerrilleros solían recibir tanto a Jesús Garrido, responsable del Partido Comunista local, como a otros enlaces. Allí se detuvieron durante varios días, en los que les contaron con todos los detalles el asalto reciente al pagador de la concesionaria ABC y sus planes futuros, antes de incorporarles a sus operaciones. Desde luego, sabemos que los días 24 y 25 de este mismo noviembre “Palrusia” y otros tres – que serían “Atila”, Palacios y Ángel Flores– ya estaban en Reolid, casa de Isabelino Muñoz (“el Fati”); y es de creer que “El Moreno” estuviera en su propio domicilio. Otros dos “combatientes imprevistos”, casados y con hijos, que sin duda jamás pensaron verse con un arma en la mano.



Santiago Rozalén, “Palrusia”

Tiempo después, “Palrusia” dirá que se apartó de la guerrilla al cabo de unos días, fingiéndose reumático, y se escondió en su casa, a la que – dice– fueron “Líster” y “Atila” a convencerle para que regresara, pero al fin le dejaron permanecer allí, con serias advertencias de que si no era cierto lo de su enfermedad lo pasaría mal. No parece imposible que, en efecto, hubiera desertado, tal vez, más que por miedo, por disconformidad con las consignas o el mando de la misma, pues parece que no era comunista y llegó a esta partida de forma accidental. En enero le vemos buscando refugiarse en la huerta de Juan Sánchez Lorenzo, cerca de Villanueva de la Fuente, no sabemos si haciendo todavía funciones de correo o intentando ocultarse de unos y de otros, y ya no le encontramos en los golpes de “Atila”, aunque según declara Candelario Rodenas, tras el último de ellos, en Cotillas, la partida acabó cele-

brando una junta en su casa de Reolid, de donde se deduce que no estaba del todo desligado de ella. En cualquier caso, ya por el mes de noviembre, y en parte gracias a él, la partida tenía muchas bases seguras desde Villapalacios y Reolid a Villanueva y el río Guadalmena, con bastantes cortijos en todos estos términos, de manera que no podía preocuparle alguna deserción, salvo que conllevara riesgo de delación, cosa que no parece ocurriera en el caso de Santiago, de cuyo compromiso no se puede dudar.

La ausencia de “Palrusia” sería compensada con la incorporación de Emiliano López Torres, conocido por “Poto” o “el de Poto” (apodo de su padre, contracción infantil de su nombre de Hipólito, que él habría de heredar). Natural de El Salobre, aunque desvinculado de esta población, vivió su adolescencia cerca de Bienservida, junto a unos parientes que le consideraban como un hijo más; luego se dedicó intermitentemente al oficio del padre, recovero, se casó y tuvo hijos, pero se separó muy pronto de su esposa y no mantuvo ya relación familiar. Al acabar la guerra le acusaron de haber delatado al cura que mataron, y al salir de la cárcel le prohibieron vivir en su pueblo natal (nos cuenta su sobrino, Valentín Muñoz López, que en cierta ocasión se le ocurrió volver y la Guardia Civil le dio de bofetadas en mitad de la calle), por lo que se afincó en Villapalacios. Pero también allí le amargaron la vida, culpándole de todo –hasta de las pintadas que hizo Ramón Palacios- y dándole el maltrato habitual cada vez que le hacían pasar por el cuartel. Dicen en El Salobre que traía municiones y que esta fue la causa de que se incorporara a la guerrilla un hombre con dos hijos, cuarentón y cardiópata; pero a nuestro entender la auténtica razón, una vez más, es la brutalidad de las “fuerzas del orden”. El caso es que muy pronto le vemos junto a “Atila” en todas sus acciones, aunque probablemente no pudiera seguirle en alguna de ellas porque su corazón ya no le permitía las grandes caminatas, nos dice su sobrino.

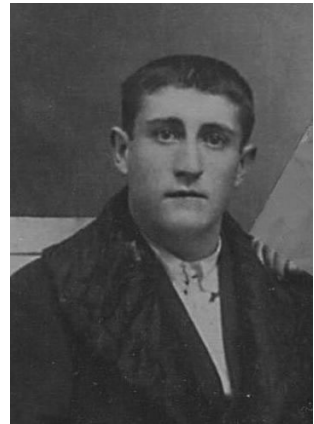


Foto de juventud de Emiliano López, “el de Poto”

En el mismo noviembre se produce también, según varios autores, la “deserción” de Paco Gomar, “el Valenciano”, que había colaborado con “Pepe” en el golpe famoso al pagador de la empresa ABC y en la preparación de las bases y enlaces de El Salobre, pero sin duda no comulgaba con él en algunas cuestiones políticas y tácticas. Puede que ya estuviera pensando en levantar una guerrilla propia, y que se distanciara de las operaciones; pero es

muy dudoso que hubiera “desertado”, si se entiende por tal marcharse a otro lugar, porque declaraciones del médico Membrilla a la Guardia Civil le sitúan aún en El Salobre a principios de enero de 1947, y cuidando en su casa del enfermo “Chichango”, al que hacían pasar por un hermano suyo. Si bien por esos días cambiaron al paciente a la casa de unos comunistas, no parece que fuera por falta de confianza, pues era amigo suyo y “Pepa”, su mujer, seguirá visitándole, sino porque pensaban que podía morir y quizá por temer alguna delación. Y si bien es verdad que no daba señales de estar en la guerrilla, lo que hacía “el Valenciano”, que sigue en El Salobre por lo menos hasta el fin de febrero (y creemos aún a principios de marzo), era actuar de manera tan discreta que algunos guerrilleros no sabían siquiera si estaba o no con ellos: él mismo dice luego que “Fernando” le preguntó en Reolid, un día en que bajó a esperar a su esposa, que venía en el coche de línea, si estaba “controlado –enrolado- en las guerrillas”. José Juan Rozalén, el de El Jardín, que le conocería igualmente en Reolid y en esta población, no sabía tampoco si sería algo más que un simple enlace: luego declarará *“que sabe que Francisco Gomar, vecino de El Salobre, dio dinero y comida a los bandoleros, y les oía decir a los mismos que Gomar era otro bandolero más”*.

Es bastante posible que Gomar ya hubiera puesto en marcha la idea de crear otra u otras partidas guerrilleras, que pudieran nutrirse de gente de la zona, socialistas y gente sin militancia previa, incluso jornaleros sin mucha ideología captados fácilmente por las ideas ácratas, como podremos ver. Bien pudieron ser estas –reforzadas tal vez con forasteros- las que en febrero dieron doce golpes seguidos en los alrededores de Alcaraz (tal vez algunos más, pues tenemos noticias inconcretas de otros en Villargordo y en algún cortijo entre El Salobre y Riópar). Al contrario que “Atila” y sus compinches, que se hacen famosos más al sur, entre el Guadalimar y el Guadalmena (Cotillas, Villaverde, Bienservida y los límites entre Ciudad Real y Albacete), estas otras guerrillas informales, que pueden confundirse –de hecho, las confundieron- con cuadrillas de simples delincuentes, y actúan sobre todo por los términos de Vianos y Alcaraz, apenas dejarán rastro de su presencia, pues sus miembros no hacen propaganda, excepto por los hechos, porque sí que sabemos que “siembran el terror” en los cortijos y las vías de comunicación de toda la comarca, y procuran no darse a conocer. Entre ambos sectores se encontraba El Salobre, punto de confluencia donde vemos a veces a la gente de “Atila”, y con mayor frecuencia a otros desconocidos en casa de Gomar, por la que desfilaron algunos sospechosos de ser los cabecillas, como Guzmán Girón. Y lo mismo sucede en Povedilla y Vianos, lo que puede apuntar

a la existencia de los ya mencionados “grupos de afinidad”, típicos de la FAI, que tan bien conocía el experimentado “Valenciano”. Desde luego, conviene hacer notar que Anastasio Vázquez, responsable de la organización de Resistencia en Vianos, y algunos salobreños, como Antonio Martínez, el sobrino de “Quico”, el comunista (que no conoció a “Atila”, pero sí a “el Valenciano”), creían que Gomar era el jefe y organizador de la guerrilla, y el último de ellos se muestra sorprendido, quizá con más razón de la que él imagina, al leer que era Hidalgo, dirigente también conocido en el pueblo, pero bastante menos.

Durante aquel otoño, y todavía más al llegar el invierno, si existía un lugar donde los maquis de todos los colores se sintieran a gusto, ese era El Salobre: un pueblo retirado de las vías principales de comunicación, pero cerca de ellas, con distintas salidas cubiertas de arbolado, zarzales y malezas, que forman galerías en los hondos barrancos de los ríos; unido por caminos muy poco transitados con todos los vecinos..., y sin Guardia Civil. Quizá por esta causa, “Atila” y su partida –que además se movían un poco más al sur– no actuaron aquí para no concitar la atención excesiva de las autoridades sobre este refugio; y parece que Paco “el Valenciano”, que era el más conocido y el que de verdad controlaba la zona, aceptaba también las recomendaciones de sus simpatizantes y evitaba dar golpes (que sepamos, tan solo se produjo la desaparición, que no llegó a aclararse, aunque algunos apuntan al mismo “Valenciano”, de una máquina de escribir Olivetti en el Ayuntamiento, si bien pudo existir algún atraco más). Su estratégico enclave y la complicidad más o menos abierta de bastantes vecinos convertían, además, a esta localidad y a su pedanía de Reolid en una buena base para el desplazamiento desde Villapalacios, Bienservida o Riópar, al río Guadalmena, Villanueva de la Fuente y el Campo de Montiel o el río del Jardín, pueblos donde igualmente tenían escondrijos, según declaraciones posteriores de “Chinche” (José Julián Maestro, concuñado de Paco “el Valenciano”), aunque no conocemos los de algunos de ellos. Un enclave ideal, por otra parte, para aprovisionarse sin peligro, descansar y cuidar a los enfermos, gracias a la presencia de Maximino Cano, barbero y practicante, y de Carlos Membrilla, médico liberal de tendencia izquierdista y dispuesto a atender a quien lo precisara, como tantos colegas. Por ejemplo, a “Pepe” (Cecilio Martín Borja), que vino a curarse de una gonorrea; a “Poto”, que diría poco antes de morir que a él también le estaban tratando “de venéreas”, o a “Chichango”, que fue traído desde Cardos y pasó varios meses en casa de “la Pepa”, mujer de “el Valenciano”, y parece que en otras.

No solamente eso: además del Partido Comunista, que se estaba formando en El Salobre con Lázaro Castillo y con Jesús Garrido (un viejo mili-

tante, poco antes salido de la cárcel), se creó un “Partido Socialista”, tal vez así llamado por ser la mayoría de sus miembros de esta ideología –antiguos afiliados al PSOE del Frente Popular, aunque no es de creer que este perviviera- y por diferenciarse de los estalinistas, o por buscar un término en que pudieran verse más o menos a gusto todos los izquierdistas. La función del citado “Partido Socialista” sería, en todo caso, aglutinar al resto de las fuerzas en un frente común antifascista que se supone fuera el de la ANFD, aunque este último nombre no consta expresamente (solamente se habla de un denominado *Frente de Resistencia en contra del Franquismo*). Era su presidente, a sus cincuenta años, el viejo socialista Magdaleno Simarro; secretario, su hermano José Antonio Simarro (“Olivares”) y vicepresidente Florentino Pretel (conocido por “Nino”); tesorero, Veridiano González y vocal Damián Quílez, entre otros, y parece tener como objetivo único el de favorecer a la guerrilla; tanto, que se confunde con la “*organización pro-ayuda a bandoleros*” de la que se hablará después en el sumario.

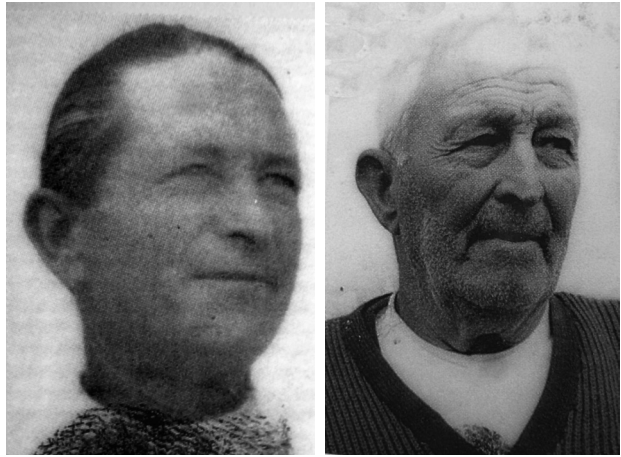
Es significativo que por lo menos “Nino” fuera captado en una visita al alimón por “Atila” y Paco “el Valenciano”, jefes de las tendencias comunista y ácrata, que estaban en muy malas relaciones entre ellos, pero colaboraban en la empresa común. Ambos le pedirían que prestara su casa como base, para que “*un individuo de las partidas*” –obsérvese el plural, que apunta a más de una- escuchara su aparato de radio y pudiera informar



Aparato de radio donde los guerrilleros y “Nino” escuchaban la BBC de Londres

a los demás (él dice que “Jacinto” solía ir por las noches, aunque parece ser que no sería el único, pues su cuñado apunta que una vez encontró en el portal a uno de guardia, que le impidió la entrada, lo que le hizo pensar que dentro había reunión), y él mismo les tuviera al tanto de cualquier noticia de interés, a lo que reconoce que “*accedió gustoso*”. También les informaba sobre los movimientos de la Guardia Civil, “*con el objeto de que no fueran sorprendidos*”, acudiendo para ello casi siempre a casa de “Porrones” o a la de “el Valenciano” cada vez que sabía que estaban en el pueblo, aunque consta igualmente que les aconsejaba y que se opuso al menos a la idea de un

secuestro, que consiguió evitar. José Antonio Simarro (“Olivares”), por su parte, les buscó alguna base, como la Atanasio en Los Marines, según el hijo de éste, y también recaudaba para ellos dinero y provisiones, aunque parece ser que a partir de diciembre o enero “el Valenciano”, a través de su esposa y de “Porrones”, montó su propia red de abastecimiento, no sabemos si a espaldas o como complemento de la del anterior.



Los hermanos Magdaleno y José Antonio Simarro, presidente y secretario del llamado “Partido Socialista” de El Salobre (Albacete).

Magdaleno Simarro (“Madala”), el presidente de la organización, debería ejercer funciones similares, y quizá intermediar entre los cabecillas de distintas facciones, pero solo sabemos que entregó comestibles, como los anteriores y como otros muchos amigos y vecinos, a “Pepa”, la mujer de Francisco Gomar, que menciona junto a él a Pepe el Herrero, Desiderio Marín y un tal Constante. Aunque todos sabían que era un hombre de izquierdas, y su hijo nos dice que tenía una pistola “por si acaso”, nadie sospechó de él: hasta el cabo Montoya, comandante de puesto, certifica después, el 14 de abril, que *“es de buena conducta, dentro de sus ideales”*.

En todo caso, fue mucho más importante esta organización, que contaba con gente preparada e intentaba evitar las eternas querellas entre los comunistas y los confederales, que aún seguían culpándose del final desastroso de la Guerra Civil, que los pocos y pobres seguidores del PCE, de los que solo consta que intentaron repartir propaganda e informaban a “Atila” en Los Marines. Pero ni tan siquiera era muy necesaria la existencia de esta coalición: parece que una parte importante del pueblo –“casi todos”, según el testimonio de Antonio Martínez– apoyó a la guerrilla; mucho más, desde luego, que a la Guardia Civil, considerada un símbolo de la opresión histórica de las gentes humildes y ahora del franquismo. Según la percepción, seguramente ingenua, de Valentín Muñoz, el sobrino de “Poto”, que entonces era un niño, pero ha reflexionado y escrito sobre el tema, *“la mayoría de los vecinos estaban implicados; nadie lo hizo por lucro porque estos hombres lo único*

que tenían era hambre y deseos de calor humano, yo pienso que les ayudaron por humanidad, los ideales políticos no existían...” Pero, como hemos visto, aunque nadie lo hiciera por lucrarse (al contrario, más bien), la ideología tuvo tanta importancia, al menos, como la humanidad, sobre todo en un clima de esperanza respecto a la inmediata caída del franquismo.

Es cierto, sin embargo, que hasta los de derechas daban contribuciones, quizá porque tampoco estuvieran seguros de que Franco durara demasiado (en enero y febrero la ANFD está en conversaciones con franceses e ingleses, e incluso con el círculo de don Juan de Borbón, los generales Aranda y Kindelán y otros jefes monárquicos, por no hablar del ambiguo franquista Beigbeder). Llamativo es el caso del que había sido alcalde y jefe de Falange, José Antonio Martínez, “el Tratante”, que solía reunirse en su casa a escuchar la BBC de Londres, Radio París y otras extranjeras, con los informadores de Paco “el Valenciano”; enviaba donativos, según Pepa Martínez, y hasta les invitó y les dio de comer en alguna ocasión, según Jesús Garrido. Él mismo no dudaba en hacer comentarios contra Franco y entregó una pistola a “el Valenciano” (quizá de las que había requisado a la gente de izquierdas al acabar la Guerra, por las que le preguntan al ser interrogado algún tiempo después).

Paradójicamente, José Antonio era considerado amigo por los maquis –o quizá solamente por Gomar, por las concomitancias existentes entre el sindicalismo nacional y el confederal- y mucho peor visto por los del Movimiento, que le habían despojado de sus cargos por reales o supuestas irregularidades; pero probablemente lo que quisiera fuera hacerse perdonar su pasado reciente, no tanto por temor a la misma guerrilla como por entrever la posibilidad de que cayera el régimen y muchos falangistas fueran encarcelados y juzgados como había propuesto la ANFD. Y es que, aunque a nuestro juicio fuera bastante utópica, había la creencia de que los aliados acabarían con Franco, y muchos –incluidos algunos de lealtad vacilante, como el hertero “Churchill”, que antes de la Guerra estuvo en UGT y después en Falange, pero era “persona de confianza” para los guerrilleros y cuñado de uno, aunque otro cuñado era guardia civil- pretendían ponerse a buenas con Gomar, sobre todo, y le facilitaban todo lo que podían. Otros dirán después que fueron atacados por un desconocido o por “el Valenciano” –como Antonio Lozano, miembro del Somatén y exjefe local del Movimiento- para justificar haber dado dinero (hasta “Chinche” declara que a él le dispararon una noche en la calle por no haberse prestado a formar un “partido”); pero lo cierto y fijo es que ninguno de ellos había dado parte a la Guardia Civil. Y aunque Miguel Clemente declarará más tarde ante el juez militar que dichos “bandoleros, por medio de su enlace, el Porrónes, se dedicaban a toda clase de saqueos y

atracos en El Salobre y su término”, tampoco conocemos denuncias al respecto.

Es curioso observar, de todas formas, la colaboración, más o menos forzada, incluso de personas claramente franquistas, que en su día habían dado informes negativos contra algunos vecinos (como “Poto”, que fue condenado por ellos al terminar la Guerra), o habían recetado aceite de ricino a las “rojas” humildes, lo que ahora no impedía que buscaran hacerse amigos de los maquis. Otros ni lo intentaban, pero nos han contado que de casas tan poco sospechosas de ser simpatizantes como la de Emiliano Martínez Valdevira o Vicente Muñoz, que habían sido alcaldes al acabar la Guerra, salieron embutidos y algún que otro jamón para los guerrilleros, aunque seguramente de manera forzada, como dice después uno de los testigos refiriéndose a Toribio Martínez, que no era hombre de izquierdas, como algunos suponen, pero tampoco era comparable a los otros; y de la vieja fábrica de Pepico Almiñana, casado con la hermana del Capitán Martínez, “mártir de la Cruzada”, las madejas de lana con que Carmen Pretel –y otras, seguramente- hacían calcetines y prendas de abrigo para los de la sierra. Lo curioso es que luego no encontramos los nombres de ninguno de estos “generosos donantes” entre los acusados de auxilio a la guerrilla en los procedimientos sumarísimos que se abrieron más tarde, quizá porque los jueces y la Guardia Civil tendrían pocas dudas de su lealtad al régimen y acaso suprimieran cualquier mención a ellos en las declaraciones. Solamente sabemos del alcalde, Luis García Muñoz, que era falangista y anticomunista visceral ya antes de la Guerra, y que pronto será destituido y metido en la cárcel, si bien por poco tiempo, por no haber denunciado que había “bandoleros” (su defensa, por cierto, fue decir, con retranca, que él creía que eso era obligación de la Guardia Civil).

Por lo demás, tampoco hemos documentado abusos importantes. Parece que hubo algún proyecto de secuestro, que no se ejecutó, y Eleazar de La Rosa habló antes de morir de que “un bandolero” había comentado en Alcaraz que pretendían dar un golpe en un cortijo cercano a El Salobre, pero este tampoco llegará a producirse, que sepamos, salvo que se tratara de uno de Las Crucetas, que parece atracaron los de Vianos, según nos cuenta el cura de esta localidad. También nos han hablado de algún robo achacado al famoso “Porrones” o a sus huéspedes (que, por cierto, por poco no le cuesta ir de cabeza al río), pero el único caso de extorsión que hemos conocido no fue obra de los maquis, sino de un hombre pobre –y pobre hombre, aunque pícaro- que pidió 100 pesetas (¡qué miseria, cuando “el Valenciano” pedía 5.000!) a Toribio Martínez, a cambio de la vida de su hijo, que se había pasado a los franquis-

tas en la Guerra Civil y era somatenista. Le dijo que lo hacía por orden de “Olivares”, encargado de la recaudación; pero este nunca supo ni de aquella exigencia, ni de las 100 pesetas, como se demostró después en el proceso.

Tampoco tuvo efecto el plan disparatado, o puede que no tanto, que Paco “el Valenciano” expuso al tesorero de la organización socialista del pueblo, Veridiano González, de salir al encuentro de la Guardia Civil, “*al frente de una partida*”, cuando esta viniera a recoger los fusiles de los somatenistas, y quitarles las armas, “*en caso de que el número de beneméritos fuese reducido*”. Sin duda, sus enlaces y colaboradores le quitaron la idea, que hubiera producido la ruptura inmediata de la precaria paz que respiraba el pueblo; pero el hecho de haber existido el proyecto demuestra, por un lado, que las autoridades no se fiaban mucho de los somatenistas (algunos de los cuales eran informadores del teórico enemigo); por otro, que los maquis –o “el Valenciano”, al menos, que al parecer dispone de su propia partida- se sentían capaces de cualquier aventura (lo que hace verosímil la del cuartel de Vianos), y por otro, que había cabezas responsables que podían hacerles razonar. “Atila”, por su parte, aunque también daría golpes muy atrevidos en los pueblos vecinos, sería muy consciente de que una guerrilla no puede mantenerse sin su base social, y que esta sería la más perjudicada por la reacción violenta de las autoridades a una provocación, por lo que no llegó a actuar en El Salobre.

No se puede decir que fuera un pueblo tomado por los maquis, porque ellos tampoco se exhibían demasiado; pero al no haber cuartel de la Guardia Civil, y ser el Somatén de tan poca confianza para la autoridad, eran la única fuerza armada y motivada que existía en El Salobre, donde nadie ignoraba que entraban y salían sin gran dificultad, y bastantes sabían que en las casas de “Olivares” y Paco “el Valenciano” se albergaban varios desconocidos; sobre todo en los meses de diciembre y enero, cuando fuertes nevadas obligaron a muchos a quedarse más de lo acostumbrado, a pesar de que “Atila” y algunos de los suyos se seguían moviendo por la zona del río Guadalmena. Aunque había personas claramente franquistas, y tampoco faltaban posibles delatores (de la misma manera que los maquis iban a algunas casas, en otras era fácil encontrar a los guardias cuando hacían la ronda, por no hablar de los padres que tenían un hijo “benemérito”), durante mucho tiempo nadie dijo ni pío, que sepamos. Ni siquiera lo hizo la Falange ni el Somatén local, cuyos miembros parecen estar acoquinados, cuando no colaboran con la red de asistencia a la guerrilla (lo cual explicaría que la Guardia Civil pretendiera quitarles los fusiles). Hubo algunos registros, pero sin resultado, entre otras razones porque los mismos guardias –y sin duda también la Resistencia desde

Villapalacios y Reolid- solían dar aviso de que iban a venir; y cuando no lo hacían, también era sabido con anticipación, al menos por Gomar: en febrero de 1947, cuando “Palrusia” envía a “Santines” y “El Raspa” a decirle que viene la Guardia Civil a detenerle, les dice tan tranquilo que ya estaba enterado “por la telefonista de El Salobre” (aunque solo existía un aparato, que era el del encargado de la central eléctrica, desde el que sabemos habían dado otros mensajes semejantes). Tampoco era muy raro encontrarse a los maquis por la calle, y en alguna ocasión en el casino, sobre todo de noche, e incluso en pleno día, aunque más raramente; o en los caminos próximos, donde hasta transmitían recados familiares a los hombres que estaban en el campo; o en algunos cortijos, como el de Los Marines, donde les conoció el sobrino de “Poto”, Valentín, que tenía 15 años, pero iba alguna vez para ver a su tío, y donde les prestaban ayuda por lo menos Desiderio Marín —el padre de Narciso, de quien luego hablaremos- y Atanasio Rodríguez, “el Pastor”, cuyo hijo, Ramón, que tenía 13 años, recuerda ver con cierta frecuencia a la partida de Antonio Hidalgo (“Atila”), y en alguna ocasión al mismo “Valenciano”, e incluso nos relata la primera ocasión, cuando vino “Olivares” y convenció a su padre de establecer la base, diciéndole que pronto iba a cambiar el régimen. O en las almazaras, como la que existía en el Puente de la Dehesa, donde “Atila” entró armado una mañana para dar un discurso a los trabajadores.

Además de este “Atila” y los de su partida (los de Villapalacios, los de Reolid y “Poto”), sabemos que estuvieron en Reolid y El Salobre, en distintos momentos, “Pepe”, “Lister”, “Cantinflas”, “Vicente” (Alfonso Ortiz) y “Fernando”, o “Jacinto” (Manuel Pastor, el que iba por las noches a oír la BBC en la casa de “Nino”). Y también encontramos a Girón, que parece más bien en relación con Francisco Gomar que con los comunistas, y a los “desconocidos” que hemos visto paraban en casa de Gomar, que fue la de su suegro durante mucho tiempo, hasta que se mudó para tener más sitio. En este domicilio mantenían reuniones con vecinos del pueblo como Isidro Rodríguez, Maximino el barbero y Ventura Marín, Veridiano González, que al menos una vez aportó unas botellas de cerveza que consumieron juntos “en camaradería”, y su cuñado “Nino”, entre otras personas, incluido Jesús Garrido, comunista, convocado igualmente en alguna ocasión, pese a su manifiesta hostilidad. Allí se recibía también a los enlaces de lugares vecinos, como Vianos, y eran comentadas las noticias sobre “*el asunto político internacional*” que solían traer de la del falangista José Antonio Martínez el herrero y también falangista conocido por “Churchill” o “el Inglés” (que es Ignacio Medina) y “Chinche” (José Maestro) con cuñado de Paco, hijo del que

fue alcalde del Frente Popular, y colaborador de “Olivares” en la recolección de donativos. Aunque este declara que se llevaba mal con Francisco Gomar, y hasta deja caer que una noche le había disparado por negarse a integrarse en un “partido”, lo cierto es que hay informes que le acusan a él de pretender fundar una organización “comunista”, que creemos no es sino el mismo “Partido Socialista” del que hemos hablado, pues trabaja para él.

Obviamente, no todos serían tan afectos, pero el pueblo, que nunca había sido radical en política (la derecha ganó las elecciones de noviembre de 1933 con el 80% de los votos, y las volvió a ganar, aunque solo por el 51, en febrero de 1936), parece respaldar mayoritariamente, entre la indiferencia de bastantes y el temor de unos pocos, a unos guerrilleros que decían ser vanguardia de la liberación y de la democracia, pues no hablaban en nombre de la revolución, sino de la legalidad republicana del Frente Popular, quebrada por el golpe militar, que arrastró la respuesta de las masas y produjo la Guerra; ideales que ahora podían defender desde Ramón de Llano, en el centro-derecha, y su antigua clientela, algo más escorada hacia la izquierda, hasta los socialistas, comunistas y ácratas. Esto permitirá la colaboración o convivencia, al menos, de guerrillas distintas, con apoyo de la organización que presidía Magdaleno Simarro.

No sabemos muy bien cómo se organizaba aquella relación, cuando “Atila” y Gomar eran incompatibles; pero lo cierto es que hubo ejemplos muy notables de esa cooperación, tanto en la captación de los enlaces como en la aportación de guerrilleros y el apoyo logístico: “Chichango”, muy enfermo de unas fiebres palúdicas, fue traído de Cardos por el pastor “Bosín” y estuvo varios meses en la casa de Paco “el Valenciano”, que le hizo su amigo y le llevó con él por lo menos en una correría –puede que algunas más, entre crisis y crisis- e incluso pudo haberle atraído al anarquismo, como nos dice su hijo. Para justificar su presencia dijeron que era Blas Gomar, hermano de Francisco, y que había enfermado cuando vino a vender un camión de boniatos de La Pobra del Duc por los pueblos cercanos de Albacete y Jaén; pero cada vez era más difícil de creer, y más cuando el paciente empeoró gravemente. A principios de enero, un día de mucha nieve, viendo que entraba en coma –al menos, tuvo un síncope- y podía morir, “Porriones” escoltado por uno de los maquis, y la mujer de “Nino”, de manera indirecta, forzaron a venir urgentemente al médico, que le había tratado con quinina y ahora le recetó inyecciones de aceite alcanforado, que le puso el barbero Maximino. Aquella misma noche le llevaron casa de “Quico” y “la Pastora”, en la calle Tabernas, donde superaría con mucha rapidez lo peor de la crisis (por la mañana ya se ponía de pie). Desde allí, al parecer, le llevarían al molino de Demetrio Muñoz y Andrea

López, el cuñado y la hermana de “Poto”, donde dice un relato que su hijo Valentín nos ha dejado escrito que le llevó una noche el mismo Maximino y estuvo varios días, en los cuales leyó los pocos libros que tenían sus padres, metiéndose en el sótano cuando iba la ronda de la Guardia Civil a tomar un café, como era su costumbre.



Calle de Las Tabernas, al final de la cual Inés Muñoz acogía a los maquis. Superpuestas sobre esta, una fotografía de su hija Constanza (o Manuela) poco tiempo después, y otra de Inés y Quico, con su nieto, quince años más tarde.

Este “Quico” o Francisco, en cuya casa metieron a “Chichango” durante aquellos días de principios de enero, y uno de sus hermanos, habían sido antes comunistas históricos, y aunque ahora no daba señales al respecto, tanto él como Inés, su compañera (una mujer valiente, “la Pastora”, que había abandonado a un marido brutal y vivía con él despreciando la hipócrita opinión de la gente), gozaban de la plena confianza de los maquis, por lo menos de “Líster” y “Atila”. La hija de Inés, Constanza, cuenta que por su casa pasaron casi todos los miembros conocidos del grupo comunista (que no de los que andaban con Paco “el Valenciano”), para los cuales ella, con 16 años, confeccionó unas cuantas banderas tricolores y bordó en algunas la leyenda: “QUINTA AGRUPACIÓN”. Sin embargo, nos dice que les veía poco, pues solían mandarla a dormir en cuanto entraban. Igualmente recuerda que su madre dejaba las ventanas abiertas, a modo de señal, cuando no había peligro; y que incluso tenían un depósito de armas –varias bombas de mano, un subfusil y unas cuantas pistolas- oculto en un pesebre, donde nunca llegó a ser des-

cubierto. Nos hablan de algún otro, del que nunca se supo, en “Corral Alto”, e incluso en un banegal que tenía “Olivares”, pero solo tenemos testimonios directos del primero de ellos; ni siquiera sabemos si, en caso de existir, serían de la misma guerrilla de “Atila” o de las que pudiera mandar “el Valenciano”.

En realidad tampoco tiene tanta importancia, porque Paco Gomar, que era el más conocido de la organización de resistencia, parece mantener relaciones de colaboración por lo menos con “Líster” y “Jacinto”, aunque en lo personal se mantuviera alegado de Hidalgo. Quizá el mejor ejemplo es ver cómo “Chichango”, arropado por gente de distintas ideas, pasa del domicilio de un conspicuo anarquista al de un comunista, y de este al molino de Demetrio Muñoz, que sin duda tendría algunas simpatías (aunque en tiempos había sido somatenista), pero se mueve más por razones de tipo humanitario. Desde aquí, ayudado por “Líster”, “Fernando” y “Cantinflas”, según relata él mismo, pasará todavía al cortijo de Cardos, propiedad de un burgués republicano como Ramón de Llano, y al de “Los Altillos” (el realidad, “El Altillo”, del mismo propietario), en el que dormiría por las noches dentro de una tinada de ganado, pues la Guardia Civil –un tanto confundida, pero sobre la pista– andaba preguntando por aquellos parajes si habían visto a “un herido”.

Pero había todavía en El Salobre algunas casas más donde los guerrilleros podían refugiarse. Diferentes testigos dicen que algunas veces vieron grupos armados en la de “Olivares” (José Antonio Simarro), o en la de “Porrones” (que andaba por el pueblo y ejercía también como recaudador), o en el domicilio de Pepe el Carpintero (conocido por “Pepe el de Balbino”), o cerca de la iglesia, en los corrales de Maximino Cano y de Honorio Marín (desde donde salían al cementerio viejo en momentos de apuro), o en la del “Pastor de los Cortijos” (Atanasio Rodríguez); o en el pajar –no en casa, pues su mujer se opuso– de Francisco Bermúdez, que además les llevaba vino de su cosecha; o en un huerto situado a las afueras, que tenía un cobertizo al lado del camino, propiedad de un tal Pepe, que creemos será “Pepe el Herrero”, José Julián Pretel, quien ya tuvo escondidos allí por unos días a “el Moreno” y “Palru-



A la izquierda, escondite en el huerto de Pepe el Herrero

sia”, antes de que se fueran con “Atila” y los suyos, y que proporcionaba más ayuda a los maquis de la que reconoce en su declaración, como apunta más tarde la mujer de Paco “el Valenciano”. En pleno casco urbano, nos cuentan Miguel Quílez y Sátur, su mujer, que vivían muy cerca del pajar y la cuadra del hermano de “Poto”, que en alguna ocasión hubieron de advertirle que los perros ladraban demasiado y que aquello debía acabar cuanto antes, como ocurrió, en efecto. Y en la de “el Valenciano”, como ya señalamos, a pesar de tener una requisitoria de busca y captura, no solo era posible encontrarse con él o con su hermano Blas (en realidad, “Chichango”), sino con guerrilleros albergados de manera habitual y compinches o enlaces de otros pueblos, como un tal Banegas –el “Ambocho” de Vianos, implicado en febrero en un atraco– y alguien tan conocido como Guzmán Girón, o tan imprescindible como el joven Juan Ramos, de quien luego hablaremos con mayor extensión; incluso comunistas como “Enrique el Viejo”, que dice haber estado solamente una vez, o el mismísimo “Líster”, aunque creemos que estos de forma ocasional.

Aunque menos tranquilo, mucho más izquierdista y agitado de antiguo por “la obra de la vía”, en la que trabajaban muchos de sus vecinos y algunos forasteros que se iban afincando en la localidad, Reolid era un anexo vinculado a El Salobre por lazos familiares y de proximidad no ya solo geográfica, sino administrativa, pues formaba con él un solo municipio. Si bien las condiciones no eran tan favorables desde el punto de vista del sosiego, sí lo eran desde otros, como la carretera y el trasiego de una población de aluvión importante que hacía más sencillo camuflarse entre ella y mantener contacto con gente de otros pueblos, así como de algunos caseríos cercanos, que permitían estancias más desapercibidas. Por las declaraciones posteriores de “Poto”, de “Fernando” y de otros detenidos sabemos que existían varias bases: en la casa y los baños de Prudencio Romero, en la de Antonio López Soriano (“Ñoño”); en la de un tal Alfonso que antes había tenido tienda de ultramarinos y vivía muy cerca del pilar con su hija Iluminada; en la de un “Bertolino” a quien nadie conoce –quizá pudiera ser un tal José Ramón, cuya mujer se llamó Betoldina– y en la de la familia que vivía junto a este; las de los apodados “Sagasta” y “Veredas”, la de Julián Navarro “el Esperanzo”, la de Juan el del bar (que tenía una hija llamada María Cruz), la de Juan Rozalén (en la que se albergaron, entre otros, “Pepe”, Líster”, “Atila” y “Enrique” y “Nicolás”, los de Villapalacios), y muy en especial en la casilla de peones camineros de Manolo Espinosa, “el Capataz”, del que ya hemos hablado, y en el domicilio de Domingo Gómez Carrillo, casado con “la Sole”, o Soledad Gómez Garrido (a) “la Bigotuda”, que tenía una posada a la entrada

del pueblo, lo que le permitía albergar forasteros –y mantener sus “juergas”, como dice un testigo- sin levantar sospechas. En casa de Domingo y “Sole” se reúnen varias veces los autores del golpe al pagador de la empresa ABC con Anselmo Rodríguez y con otros vecinos, que trataban allí, según declara este, “*de asuntos políticos relativos a conseguir la pronta caída del franquismo y a elaborar planes relacionados con las actividades del bandolerismo*”, y Paco “el Valenciano” con Juan Ramos Abiétar, el suministrador de guerrilleros. Su hija, Aurelia Gómez, de 18 años, les lavaba la ropa, les guisaba e incluso mantenía relaciones amorosas en persona y por carta –en la que a veces iba otra que le entregaba su convecino “Ñoño”, o escribía mensajes con zumo de limón, como nos cuenta Elisa, que era amiga suya- con “Fernando”, al que había conocido en casa de “Palrusia”, y que la acompañó en alguna ocasión a los bailes del bar de Isabelino.

Por Francisco Moreno sabemos que en la cámara de una casa en Reolid –quizá la de “Palrusia”, o la misma de “Sole”- estuvieron reunidos “Chichango”, “Celestino” (o “Modisto”, José Bueno), “Cagaferias” (“Jacinto”), “Poto”, Girón, y “el Bizco” o “el Atravesao” (o David Cuerda Márquez, que era de Masegoso), con “Pepe”, que después se marchó hacia El Salobre “*para curarse de venéreo*”. Además, se juntaban en la casa y el bar de Isabelino Muñoz, donde enlaces y maquis celebraban sus “juergas”, que acababan cantando “canciones guerrilleras”. También les acogían el sastre que vivía al lado del Garaje de Picón (que era José Morales, natural de El Bonillo, que luego se marchó a vivir a Albacete, donde siguió haciéndolo), en cuyo domicilio solían descansar según confiesa “Poto”; y Silverio León, “El Moreno”, cuya casa también era una base, según Pepa Martínez; y Miguel y Santiago Clemente (o “Santines”). Como enlaces y guías actuaban, además, Antonio López, (“Ñoño”), Felipe Losa (“el Raspa”), “el Chaquetas”, “Santines” y Benito León, hermano de Silverio, que sabemos entregó algún dinero a la mujer de Paco “el Valenciano” y acompañó a Reolid a Girón y a otros guerrilleros desde casa de Pedro Ramos, en Povedilla, y los puso en camino de El Salobre. O el sastre Morales, que declara haber llevado a Cardos con ayuda de “el Raspa” y de “Fernando”, una burra carga de vituallas, que a su vez le mandaron a él desde Torreblanca. Y –tan discretamente que apenas aparece- un “Francisco el Tejero”, que mantiene contacto permanente con Anastasio Vázquez, el de Vianos, al que había encargado de crear y mantener allí la organización de ayuda a la guerrilla. “El Tejero” y Manolo “el Capataz”, se encargaron también en alguna ocasión de tirar propaganda y de pegar carteles en lugares visibles de Reolid por orden de “Palrusia” y de los guerrilleros, con ayuda de

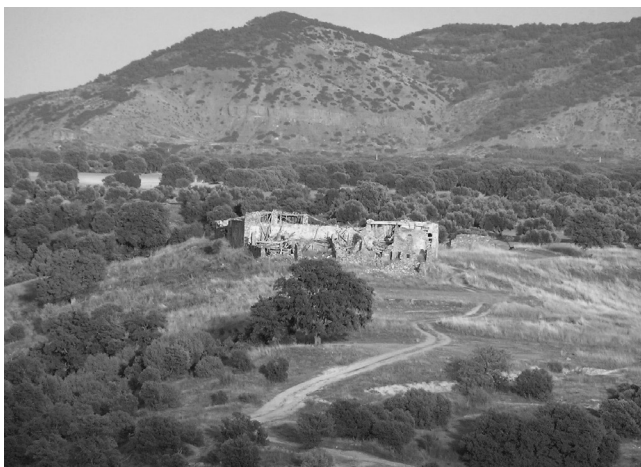
“el Raspa”, un infeliz, apenas alfabeto, al que habían prometido –es de pensar que en broma, aunque él se lo creyera- que le iban a hacer policía secreta cuando cambiara el régimen.

De los pueblos al sur de Reolid y El Salobre, donde actúan “Atila” y su partida, apenas hay noticias, pero sí que sabemos, por las declaraciones de Juan Moya Navarro, que en Bienservida actuaba como enlace Constantino Rodenas, el hijo de Crisóstomo, y en Villapalacios otro de pelo rubio de unos 35 a 38 años, que había vuelto de Francia, que creemos sería José Bueno Marquero, en realidad de unos 42, los cuales le enviaron 4.000 pesetas para que él a su vez las remitiera al Comité Regional. Pero otras personas, de mejor o peor grado, acogían guerrilleros, aunque fuera por miedo a represalias cuando cambiara el régimen, como dice el herrero Felipe Hinarejos –seguramente el mismo que fue alcalde del Frente Popular- que llevó de comer a su antiguo vecino Ángel Flores Martínez y a varios compañeros a la casa de Braulio, en el Dehesón, junto a Villapalacios. Y entre Villapalacios, Reolid y Villanueva se habían multiplicado los cortijos y casas de labranza que prestaban apoyo a la guerrilla, de forma que “los Picos de Gualmena”, con su “Plaza de Armas”, su “Cueva de los Maquis” y otros escondrijos en los montes cercanos, seguía siendo aún la zona más segura para “Líster” y “Atila”. Además del cortijo de Cardos y El Altillo, propiedad de “los Llanos”, podían acogerse en el de Gualmena, el de Las Mesas, el de Daniela Bueno (hermana de “Modisto”), el de La Torrecilla de los Baños del Cristo, el Cortijo del Pollo o del Manquillo, el de Mena, el de Arroyo de la Cueva (de Candelario Parra) y el de Prisco Rodenas, cerca del anterior, en el que al parecer se solían juntar, pues Prisco era cuñado del guerrillero “Enrique” (que era Ramón Palacios); pero también sabemos del cortijo de Chuscarras, de Nicolás Bermúdez, el del Francés, y otros, aún más importantes estratégica y logísticamente.

Hay casos sorprendentes: el viajante Bibiano Piqueras, confesará después que en noviembre de 1946 cuatro hombres armados pidieron a su padre, Gil Piqueras, que aceptara albergarles en el denominado cortijo de Las Mesas, y que luego volvieron en varias ocasiones (en efecto, parece que Gil les ayudó hasta el fin, incluso habló con ellos en su lecho de muerte, encargando a su hija que les siguiera dando cuanto necesitaran). Desde luego, sabemos que en el mismo cortijo se reunieron con distintas personas de Villanueva de la Fuente, como Pío y Jorge Villar, hijos del practicante, que iban algunas veces a cazar con Bibiano y con los guerrilleros, y eran cómplices de estos, en opinión del guarda, Fidel García Gracia, que también ayudaba, según dice, por agradar al amo. No muy lejos de allí, según Fidel, existía otra base en un

bosque de encinas inmediato a los Baños del Relumbrar o Herrumblar; y en Guadalmena y Cardos, además de la ayuda de los dueños, recibían suministros de distintas personas de Reolid o El Salobre, como el sastre Morales y “el Raspa”; o la “Sole”, según Moreno Gómez, y “Churchill” o “el Inglés”, según declaraciones que nos ha recogido nuestro amigo D. Emilio Quijano.

Entre estos cortijos, “Atila” y por lo menos algunos de los suyos, buenos concedores del terreno, se movían fácilmente, a pesar de las nieves y la Guardia Civil, aquellas navidades. El 30 de diciembre de 1946, “Fernando” y “Jacinto”, con otros dos “huidos”, pedían a María Luisa de Llano alojamiento en el cuarto del horno del de Cardos, fuera de la vivienda, a lo que ella accedía, según dice, por razones de simple humanidad, porque había caído una fuerte nevada. Su hermano Luis de Llano declara que el día 11 de enero, poco después de que ella se marchara a Valencia, estuvieron en Cardos el brigada y dos guardias, que hicieron un registro en busca de “un herido” al que una confidencia situaba en esa zona; y que poco después, del 12 al 14, fueron dos guerrilleros armados con un rifle y una metralleta, a los que él entregó cuatro panes y un trozo de tocino, tras lo cual se marcharon hacia el puente del río Guadalmena. El de la metralleta –que, obviamente, era “Atila”-



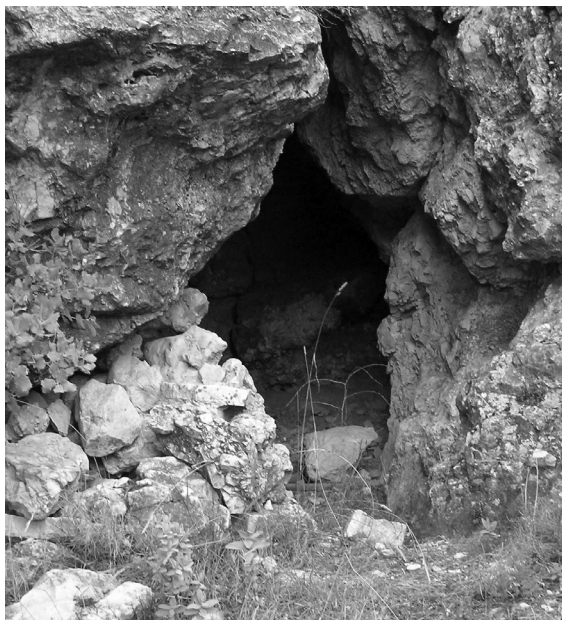
Lo que queda de Cardos, una de las mejores bases de la guerrilla.

Foto E. Quijano

pidió a Luis que dijera de su parte al brigada de la Guardia Civil que era de Bienservida, y que él era el “herido” al que estaba buscando, lo que puede entenderse como un desafío o como una manera de apartar las sospechas de “Chichango”, que tal vez estaría convaleciente entonces en el mismo cortijo o en el del Altillo. Por su parte, Ángel Flores, el del rifle, encargó a Candelario, del cortijo de Arroyo de la Cueva, le trajera de casa de su madre una navaja grande que se había dejado, junto con su cartera, y que se las guardara hasta otra visita. Los dos juntos habían sacado del lecho a Candelario, el 28 de enero por la noche, y a pesar de la nieve que volvía a caer le habían “obligado”

a llevarles a otro caserío, propiedad del alcalde de Villapalacios (Sisenando Pajares, suponemos), donde Luis Ruiz no quiso franquearles la entrada, por lo que decidieron retirarse, tras preguntar a este si en los de Cenaído o de Mena podría haber dinero. Son todavía acciones de poca trascendencia, pero es de pensar que la partida estuviera esperando que mejorara el tiempo para dar otro tipo de golpes más “políticos” y de mayor calado.

Para estos serán fundamentales, como podremos ver, los cortijos del río de La Mesta, tanto en Villapalacios como en Bienservida. Muy en particular el de Macario Garrido, que traía a los maquis desde Villapalacios calzado, provisiones, tabaco y lo preciso para largas estancias, pues a 300 metros de su casa existía una cueva sin camino de acceso, a la que era preciso llegar monte a través, que sería una base muy segura. En ella se ocultaron después de algunos golpes y planearon acciones como la del atraco de Cotillas o la de Bienservida, el robo al boticario de esta población y, en Villapalacios, el secuestro o la muerte del alcalde -¿Sisenando Pajares?- y de otros vecinos, como Gregorio Resta; y aunque Moreno Gómez no la sitúa aquí, esta pudiera ser la “base de Macario” desde la que salieron a tirar propaganda “el Gafas” y “Fernando”



Entrada de la cueva del cortijo de Macario.

Foto E. Quijano

en Reolid y El Salobre, “Porrones” y “Cantinflas” en Bienservida, y en Villapalacios “Enrique” y “Palrusia”. Pero, además, Macario mantenía contacto permanente con Benito Navarro (“Benito el Zapatero”), dueño de otro cortijo en las proximidades, y con los del antiguo pedáneo de La Mesta, Crisóstomo Rodenas y sus hijos Constantino y Candelario Rodenas, que formaban también parte de una cadena de bases enlazadas. Todos ellos serán utilizados por la gente de “Atila” y después por “Fernando”, en sus desplazamientos hacia Riópar, Cotillas, Villaverde y aldeas como El Bellotar, donde había un inválido de guerra que también era enlace y ayudaba.

Pero por el momento, a principios de 1947 la acción de más calado se produce en el Campo de Montiel: el día 10 de enero, cinco hombres armados ocupan una finca, la de La Tinajilla, en Villahermosa, propiedad del teniente coronel de infantería don Otilio Fernández Palacios, al que probablemente pretendían fusilar, como él sospechaba, porque parece claro que no iban por dinero. No lograron cazarle, pues llegó al día siguiente, pero sí se llevaron escopetas, munición y distintos efectos... Y puede que algo más, pues dice Antonio Esteban –añadiendo que Otilio traficaba con armas- que el subfusil americano Thompson que llevaría “Atila” en los meses siguientes salió también de allí, aunque no se declara junto al resto de armas sustraídas. Nada se supo entonces sobre la identidad de los atracadores, entre otras razones porque el militar orientó las averiguaciones de la Guardia Civil de Valdepeñas hacia una taberna que tenían en Madrid (Calle de San Miguel N° 6) tres o cuatro izquierdistas, todos de Villahermosa, en la que se reunían sospechosos tan “claros” como cierto dentista que vivía en Tomelloso y Valerio Martínez, propietario de tierras y ganados, presidente de la Hermandad de Labradores y hermano de Sinesio Martínez Fernández-Yáñez, el que fue secretario de la Diputación Provincial de Madrid, (que, en efecto, había sido cesado en dicho cargo por haber militado en CNT y apoyarse en personas del partido de Azaña, aunque no nos parece que fuera muy de izquierdas). De paso, acusaría, sin perder la ocasión de recordar sus precedentes “rojos”, pero sin prueba alguna, a todas las personas que según su criterio pudieran ser culpables: desde los Poblador Patón de Villahermosa y su tío Agustín Poblador Alarcón, al mismísimo alcalde, su cuñado, al que acusa de ser un testaferro suyo y del grave delito de no haber acudido a ponerse a su disposición tras conocer el robo; y a gente más modesta, como eran los hermanos Amores, Tomás Castro Bellón, Arcángel Sánchez Rubio –condenado a 30 años al acabar la Guerra por haber sido miembro de JSU- y su suegro “Juanete”, un tal Ignacio Rubio, un albañil que había trabajado en la finca poco antes y Vicente Gallego, de Montiel. Entre tantos, alguno pudo haber acertado; pero tiraba a bulto, intentando inculpar a cuantos más mejor, y con ello restó rigor a sus denuncias e hizo más complicada la investigación.

Mucho tiempo después, Manuel Amores declarará que “Líster” le confesó en secreto que el golpe lo dio él, guiado por Arcángel Álamo Romero, un izquierdista dueño de una finca cercana. Por supuesto, este último negará haberlo hecho, pero señala a “Líster”, aunque luego desvía la atención inteligentemente diciendo que también oyó que fue “Atila” –ya muerto cuando él habla- o aludiendo al rumor, que sembró el propio Otilio, de que los asaltantes

venían de Madrid. También Antonio Esteban echa la culpa a “Atila”, pues tal era el rumor que corría en la guerrilla; pero sabemos que este andaba por la zona del Guadalmena y Cardos pocos días después, lo que hace difícil, aunque no imposible, que estuviera con “Lister”.

También por esas fechas, tras pasar unos días en enero bloqueada por la nieve en Puente Rasca (casa de Antonio Rubio y Crescencia Fresneda, que compraba alimentos para ellos en Socuéllamos), la guerrilla del norte intentaba extenderse creando nuevas bases en La Mota del Cuervo, Monreal, Hinojosos y Ossa de la Vega. Hasta recibirá las incorporaciones de tres nuevos reclutas: Daniel López (“Zavala”), Ángel Alarcón, “el Saludador”, y Sebastián Lozano, “El Monjón” (o “Mojón”, según otras versiones, hermano de “Ciquelo”), que se echaron al monte en febrero al ser desmantelada la organización comunista en Socuéllamos; pero estos dos últimos serían confidentes y colaboradores de la Guardia Civil. En febrero, también, se produjo un atraco a un recaudador en Hinojosos (Cuenca), que proporcionará una suma importante (42.000 pts.); pero fue un golpe sucio, con un herido grave, y puso sobre aviso a la Guardia Civil de Belmonte y Alcázar de San Juan. Esto, más la caída de la organización del PCE y el fracaso de “Regalo” y “Carmelo” –un nuevo guerrillero- al intentar matar a un tendero en Socuéllamos, y los mucho más trágicos de la AGL en Losa del Obispo (Valencia) y La Pesquera (Cuenca), a finales de enero, hizo que la insurgencia perdiera simpatías y empezara a flaquear en las comarcas al norte de Albacete.

Por contraste, la Sierra de Alcaraz conoce un incremento de las redes de ANFD y de la, o las, guerrillas, porque puede haber varias, que además se refuerzan, no sabemos muy bien si cooperando o compitiendo entre ellas, con nuevos guerrilleros que envían “La Regional” o “El Regional” de Levante –que es de suponer fueran la misma cosa- por intermediación de Juan Moya Navarro y Juan Ramos Abiétar, dos personajes claves en la historia que estamos estudiando. El primero, viajante de comercio de 24 años, es el ya conocido secretario general del PCE de Albacete; el segundo es un joven mecanógrafo rubio, de 26 años, que sabemos nació en Villamalea, aunque siempre vivió en la capital, donde en su adolescencia, con 16 apenas, era ya miliciano cenetista, al igual que su padre. Al acabar la Guerra le acusaban de haber participado en el asesinato de 60 personas en las sacas del día 22 de septiembre de 1936, y de haberse enrolado voluntario en la famosa “Columna de Hierro” anarquista, compuesta sobre todo por gente de Levante, que luchó en el frente de Teruel, llegando a capitán al militarizarse aquella fuerza armada. Condenado a 20 años, lograría engañar a las autoridades de la cárcel

trabajando en la misma como administrativo ejemplar, sacando sus estudios con aprovechamiento y asistiendo con una entrega extraordinaria a las actividades culturales, biblioteca y servicio religioso (los informes del cura y de los funcionarios no pueden ser mejores), por lo que no llegó a cumplir seis de ellos. En el 46 fue puesto en libertad, fijó su residencia en la Calle del Sol de Albacete y empezó a trabajar de mecanógrafo en una sucursal de agencia de seguros, pero siguió en contacto con sus viejos compinches de Levante y tuvo actividades clandestinas mucho menos tranquilas que las que corresponden a un oficinista: aportar munición y combatientes, además de consignas de Valencia. Por lo menos a Paco “el Valenciano”, de quien debía ser camarada y amigo, pues la mujer de este reconoce después que le ha visitado varias veces en otro domicilio situado extramuros y al final de la calle Albarderos de Albacete (que bien pudiera ser la de Pérez Pastor Nº 1, de Bibiano Piqueras, en el cruce con Baños, aunque no lo sabemos con certeza), y al registrar su casa de La Pobra del Duc la policía encuentra la certificación de la excarcelación condicional de Ramos, fechada en Albacete el 18 de julio de 1946, lo que indica sin duda un trato muy cercano, cuando no alguna estancia en dicho domicilio.

Por su parte, Juan Moya era un hombre de acción mucho más arriesgado de lo que aconsejaba su cargo directivo del PCE de Albacete. Antiguo comisario político en la Guerra y escapado por poco de una condena a muerte o de una ejecución irregular como la de su padre (muerto en Villarrobledo, en uno de los célebres “barrereros”), fue el reorganizador, primero en su comarca y luego en la provincia, del citado Partido, pero un temperamento valiente y aguerrido le llevó a ir más allá. Según Antonio Esteban, que vivirá con él bastantes aventuras, tenía *“un gran valor, rayano en la temeridad”*, por lo que *“hubiera sido un excelente jefe guerrillero, mejor que un responsable político del PCE”* (Ezequiel San José, aunque también le admira, dice, más contundente, que era “un irresponsable”), y nos cuenta que, antes de irse a Valencia –en donde fundaría una guerrilla urbana con algunos antiguos miembros de la manchega, como Eusebio García y Narciso Fernández, que son “Pancho y “Enero”, mientras Esteban y él esperaban la oportunidad de incorporarse a otra de la AGL- y de ser relevado en la Secretaría General de Albacete a finales de abril, había enviado a Andrés María Picazo, al que la policía buscaba en Albacete, a la guerrilla del Campo de Montiel. Además, no dudó en implicar a varios camaradas, como su propio adjunto, José Madrona Izquierdo, y a toda su familia, en la arriesgada empresa de mandar a la Sierra de Alcaraz reclutas de refuerzo, repescados en parte entre los desertores que hacía más de un año abandonaron la VI agrupación, como eran “Tarzán”, “Maravillas” y los dos hermanos López Duro. Y con ellos serán enrolados

enlaces descubiertos -“quemados”- como Pedro Morales (“el Sereno” o “Cantinflas”), responsable hasta poco tiempo antes de la organización de guerrilleros del llano en Socuéllamos, que también se echó al monte, dejando a su mujer, Manuela Cuevas, que estaba embarazada, al cuidado de Moya, quien le buscó acomodo en viviendas amigas de Albacete, como la de la madre del mismo Antonio Esteban.

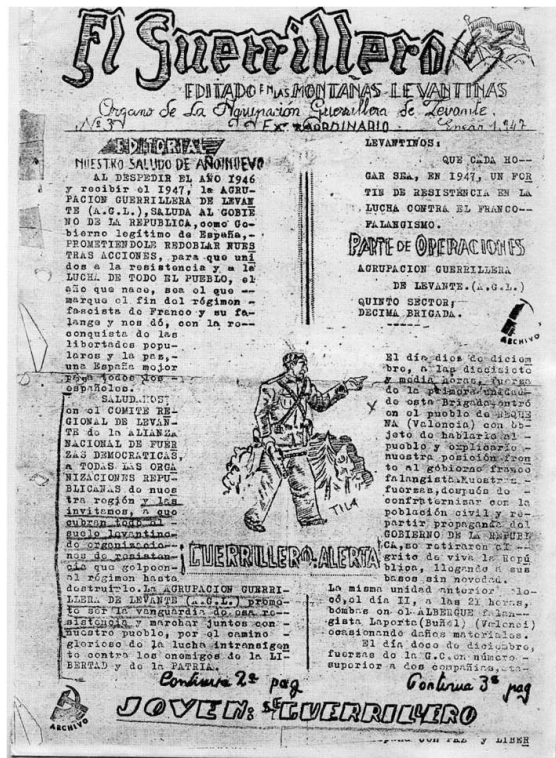
Sin duda, esta actitud responde a las ideas que muy poco después vemos en los artículos 18 y 19 de unos renovados estatutos de la AGL sobre incorporación de “guerrilleros desorganizados” y de aquellos *“patriotas que a consecuencia de la lucha se vean obligados a pasar a la ilegalidad”*, aunque probablemente pocos en el Partido estuvieran al tanto. El propio Antonio Esteban, que viajaba a Valencia con frecuencia, y era amigo de Moya, dice que él no sabía ni quería saber de estas actividades, y nos cuenta que un día, sin precisar la fecha, se encontró a los hermanos López Duro escondidos en casa de la madre de José y Juan Madrona, en el barrio del Sepulcro, y les hizo salir por creer peligroso convertir la vivienda, donde los comunistas de Albacete solían encontrarse con los del Comité Regional de Levante, en base guerrillera, mezclando las vertientes militar y política de la organización; lo cual –sigue diciendo- le llevó a discutir con Moya cuando le reprochó haber estropeado una acción que se estaba preparando, que sin duda sería el envío de aquellos a la sierra. Sin embargo, hoy podemos añadir que, en unión de “Tarzán” y “Maravillas”, estos dos guerrilleros pasaron doce días en esa misma casa, propiedad de los padres de Madrona –la “Huerta de Casado”, junto a la carretera de Peñas de San Pedro- y desde allí salieron guiados por “Cantinflas”, que les había traído, en una expedición bastante chapucera que ya refleja el libro de Francisco Moreno: al pasar Balazote se perdieron en la zona del río del Jardín al no hallar al enlace, aunque les recogió en El Cubillo Ángel Maestre Soriano. Este les presentó a Francisco Gallardo (“Enrique el Viejo”), que a su vez les llevó por la noche a una casa –creemos que en Reolid- en la que estaban “Lister”, “Atila”, “Luis” (“Chichango”), dos de Villapalacios (“Enrique” y “Celestino”, aunque creemos que este podría ser, más bien, Ángel Flores Martínez), “Fernando” y “Palrusia”. Sin embargo, volvieron a la huerta –ignoramos por qué- y estuvieron tres días esperando otro guía, que no tardó en llegar; pero ahora en la persona de Paco “el Valenciano”.



Juan Moya, dirigente del PCE de Albacete

En efecto, declara, mucho tiempo después, “Enrique el Viejo” que, estando él en Reolid, en casa de la ya citada Soledad (donde probablemente le habría dejado “Líster” porque era un estorbo por su edad y su tuberculosis, más que porque estuviera trabajando en la vía como suele decirse), se presentó un tal Ramos, que vivía en Albacete pero iba por los pueblos haciéndose pasar por vendedor de mulas y agente comercial, acompañado de un enlace de El Jardín, llamado José Juan –José Juan Rozalén– que tenía una yesera o trabajaba en ella y cuya casa era una base habitual. Allí se entrevistó con Paco “el Valenciano” y su amigo “Porrones”, llegados de El Salobre, a los cuales pidió que fueran a traer a cinco guerrilleros –“Tarzán”, los López Duro, “Maravillas” y un tal Calderón que estaba en Valdeganga– que había reclutado “el jefe político de Albacete” –obviamente, Juan Moya– pero se habían perdido en la zona del río del Jardín y Los Chospes al fallar el enlace, de forma que “Cantinflas”, que venía de guía, “no consiguió hacerse con ellos”. Y en efecto, sabemos que Paco, con “Jacinto” y otro guerrillero no identificado, llegaron, a través de Ángeles Ortiz, a la famosa huerta del padre de Madrona, donde estaban de nuevo los cuatro extraviados, y es de pensar que pronto les sacaran de allí, quizá por separado, pues de casa de Ángeles salió Gomar primero y los otros después.

Según “Enrique el Viejo”, Juan Ramos era “*el Jefe de la División de Guerrilleros de Levante*”. El padre de Madrona apunta que era enlace y “*el jefe de la 3ª División del Ejército de Resistencia de bandoleros –guerrilleros– del Llano*” (se supone que la organización de resistencia), y la mujer de Paco “*el Valenciano*” coincidirá en decir que actuaba como enlace entre las dos provincias y con “*la Regional de Levante*”, y añade que en Valencia cubría el mismo papel



“El Guerrillero”, enero de 1947. Propaganda que cita el Comité Regional de Levante de ANFD. Archivo del PCE

un cierto Juan Arribas, pero no dice nada sobre este organismo (y la Guardia Civil no le pregunta, para sorpresa nuestra).

El problema es saber qué es “*la Regional*”, porque si bien existe un *Comité Regional de Levante del PCE* al que pertenecía el de Albacete, y otro *Comité Regional de Levante de la ANFD*, al que aluden las hojas de propaganda impresas por la AGL en esas mismas fechas de principios de 1947, el uso –en femenino- del artículo “la”, y más si quien lo hace es la esposa de Paco “el Valenciano”, con los antecedentes libertarios de Ramos y el hecho de que este trajera más reclutas para el mismo Gomar, pudiera hacer pensar en la *Confederación Regional de Levante de la CNT* –la más fuerte de España, como ha visto Herrerín- en la que se integraban las provincias de Murcia y Albacete con las de Castellón, Alicante y Valencia. Pero cabe también pensar en un error de Josefa Martínez, que estaría acostumbrada a oír a su marido referirse a esta última –con la que nunca había perdido el contacto- y pudo confundirla con ese *Comité Regional de la ANFD*.

Desde luego, no cabe duda alguna de que Gomar y Ramos, libertarios los dos, en total sintonía con la ANFD y la AGL, colaboran con Moya y con los comunistas en esta expedición de “Tarzán” y su grupo; pero teniendo en cuenta que esa “Regional” manda otros guerrilleros a través de Juan Ramos, y que ninguno de ellos llegaría a juntarse, que sepamos, con “Líster” o “Atila”, es dudoso que siempre estuvieran de acuerdo. Es posible que todos estuvieran ayudando a la AGL –que es interpartidaria- a abrir un nuevo frente en las montañas del sur de Albacete (aunque hasta ese momento no lo hubiera intentado, la provincia también estaba dentro de su demarcación, que es la de la III Región Militar española); pero tampoco puede descartarse la idea de que Ramos hubiera aprovechado la existencia varios organismos de denominación y ámbito similares, y la poca experiencia o ignorancia de algunos guerrilleros en cuestiones políticas y organizativas, para ir levantando nuevos grupos armados –libertarios o no- que muy pronto veremos en distintos lugares de estas sierras. A esta confusión pudo contribuir también la semejanza de los nombres de Juan Moya y Juan Ramos -a Esteban le pregunta el fiscal en su juicio si conoce al tal Ramos, cuando él solo trataba con Juan Moya- y el relevo que entonces parece producirse en la secretaría general del PCE: el propio Moya dice que estando en Valencia –a donde Esteban y él huyeron a raíz de la caída de su amigo Chacón, miembro del Comité- le habían presentado al nuevo responsable que venía a reemplazarle en Albacete, donde tomó contacto con Ángeles Ortiz y con Carmen Izquierdo, marchando junto a ellas a la huerta de Madrona, el secretario adjunto hasta ese momento, para el que

traía carta del Comité Regional de Levante del PCE, aunque poco después fue detenido en aquella ciudad.

Como hemos señalado, por lo menos en otra ocasión, Gomar volvió a llevarse o se había llevado –las fechas no están claras- nada menos que otros 17 reclutas, que Juan Ramos le trajo hasta Albacete, pero ya no sabemos si lo hizo utilizando la organización comunista y la famosa huerta del padre de Madrona, que llevaba ya un tiempo cumpliendo esta función y seguiría haciéndolo tras la marcha a Valencia de Juan Moya. El viajante Piqueras confesará después que el nuevo responsable de esta organización era Rafael Jiménez –que vivía en el barrio de las Casas Baratas y era contable en casa de un tal David Cebrián, y que luego sabremos ha reemplazado a Moya y a su sucesor, cuando este es detenido en la ciudad del Turia- y que dicho individuo se reunía en la huerta con “*unos enlaces de Valencia*” para tratar cuestiones de ayuda a la guerrilla. Pero respecto a esos 17 reclutas que, a decir de “la Pepa”, habían venido “*a reforzar las partidas*”, ya no sabemos nada, y respecto a “Tarzán” y “Maravillas” o los dos López Duro solamente podemos afirmar que no se integrarán en las de “Atila” o “Lister”: “Atila” se quedó en su zona habitual, y “Lister” regresó a casa del “Manquillo”, y de esta a Santa Cruz de los Cáñamos y a otra que había organizado antes en Almedina en casa de “Macario” (que es Dionisio Castillo). A mitad de camino se les unió “Porrones”, escapado del cerco de El Salobre (que fue en el mes de marzo, algún tiempo después, como veremos); pero sobre los otros no hay la menor noticia, al menos, de momento.

Mucho tiempo después, “Tarzán” declarará, sin precisar las fechas, que “Maravillas” y él habían levantado una nueva partida con algunos naturales de Isso –que serían “el Guindo”, “Benito” y “Monguerre”- y otro de Albacete llamado Juan Martínez (que es Juan Martínez Monge); pero, tras dar un golpe –unos pocos jamones- en la zona de Hellín, ciudad donde encontraron refugio en unas cuevas, Juan Martínez marchó a la capital “*a entrevistarse con el comandante jefe de las guerrillas*” y regresó diciendo que le habían nombrado jefe de la partida y le habían mandado conducirla a la Sierra de Alcaraz. “Tarzán” dice que no acataron la orden y se fueron a Isso algunos de ellos, y él mismo y “Maravillas” hacia tierras de Murcia, dejando a Juan Martínez las armas que tenían. Pero esta retirada será muy posterior, y creemos muy probable que primero estuvieran, en efecto, en uno de los grupos que en febrero inquietaban la sierra de Alcaraz, y que se dispersaran probablemente en marzo, regresando Martínez Monge a Albacete, donde después le vemos ejercer de estafeta del nuevo Comité Provincial del PCE en su casa del barrio del Sepulcro, y los demás a Isso y a Murcia o Valencia.

Desde luego, parece que Gomar, de acuerdo o no con “Líster” (aunque no es de fiar, y menos todavía declarando ante el juez, puede decir verdad cuando afirma que este le propuso ser jefe de partida, pero que no aceptó), estaba levantando o ayudando a crear unas nuevas guerrillas, no necesariamente libertarias como él, que bien pudieran ser esa “veintena” de hombres –incluso algunos más- de la que hablaba Téllez en su apunte biográfico del propio “Valenciano”. Creemos que pudieran integrarse en las mismas algunos comunistas desertores de otras, como los ya citados (aunque esto no consta expresamente), y esos 17 forasteros, guiados probablemente por gente de confianza, como Guzmán Girón, a quien vemos con él desde diciembre en Vianos y El Salobre, y hacia el mes de febrero en Canaleja, en casa de Jordá, con dos desconocidos, uniformados todos con un traje de pana y armados de pistolas y de una escopeta. Y puede que “Chichango”, pese a su enfermedad, mandara otra partida: le hemos visto con Paco “el Valenciano” –que opinaba de él que era anarquista- y cuatro años después, en su alegato al consejo de guerra celebrado contra unos salobresños acusados de colaboración con la guerrilla, el comandante Prieto, defensor de los mismos, dice que *“no era solo la partida liquidada –la de “Atila”- la que pululaba por aquellos contornos, como lo prueban los atracos efectuados por el Chichango, de triste memoria, y otros”*. Por su parte, Gomar, declarará también que, al rehusar él mismo ser jefe de partida, se quedó como tal José Bueno Marqueño (el que había dirigido desde Villapalacios, antes de echarse al monte, la organización de resistencia que parece impulsar “el Valenciano”), al cual podremos ver, en enero de 1947, al frente de otros cuatro, pertrechados de una carabina, escopetas, pistolas y dos fusiles rusos, exigiendo a Julián, pedáneo de La Hoz, cena y alojamiento, sin que este, que le reconoció, les pudiera sacar una palabra sobre su identidad (le dijeron tan solo que eran guerrilleros y vivían en el monte, pero que no tenían que darle explicaciones), ni ese día, ni al cabo de tres o cuatro más, cuando volvieron por el mismo camino, cenaron y durmieron, y desaparecieron antes de amanecer tan sigilosamente como habían llegado.



Sebastián Moya,
“Chichango”

Suponemos que el mismo José Bueno Marqueño –y muy probablemente en la misma ocasión de mediados de enero- pudiera ser alguno de los cuatro que fueron con Gomar a traer de Albacete a ese numeroso grupo de guerrilleros del que hemos hablado: como ya señalamos, según declaraciones de “la

Pepa”, su esposa, un día se presentó en su casa ante este y otros maquis el citado Juan Ramos, diciéndoles que había recibido instrucciones de la ya mencionada “Regional de Levante”, de que habían de ir a Albacete a recoger 17 reclutas, que él mismo traería hasta la capital. Y añade que, en efecto, salieron de El Salobre su marido y cuatro de los suyos, que creemos pudieran ser los mismos que llegaron a Vianos conducidos por Rufino Castedo; pernoctaron en casa de Anastasio Vázquez, al cual solicitaron que les fuera buscando otras viviendas que estuvieran situadas extramuros y tuviera un sótano, dos puertas y una cámara, y siguieron camino a Peñascosa, a casa de “Fardache” (Pedro González Arcas), en donde les buscaron tabaco y provisiones (sin duda suministros para los compañeros que iban a recibir), continuando después hacia Albacete, según declaración de Teodoro Martínez. Seguramente hicieron escala en El Jardín, donde añade “la Pepa” que fueron acogidos por cierto vendedor ambulante de telas, pequeño y muy delgado, del que dice no recordar el nombre, aunque es evidente que se trata de Juan Antonio López García, “Juan Antonio el de las telas”, del que nos hablan otros vecinos de El Jardín, incluido su hijo, aunque este sabe poco de sus actividades.

Es de creer que, al regreso, Gomar fuera dejando grupos de estos reclutas en diferentes pueblos y aldeas de la sierra, donde ya les habrían preparado acomodo, quizá bajo tutela de expertos de la zona, como eran Girón, José Bueno Marqueño, el herrero “Linares” -que ya estaba en contacto con “Pepe” y con “el Valenciano” desde hacía seis meses, y que desaparece poco tiempo después de Solanilla- y puede que “Chichango”, aunque creemos que este, aún convaleciente, pudiera no estar ya. Tal vez dejara algunos en el mismo Jardín, o en Povedilla, donde, como apuntamos, serían necesarias a la vez las viviendas de Manuel Martínez “el Francés”, Pedro Ramos y Manuel Maldonado -y puede que el molino de Antonio Rozalén- para albergar a un grupo bastante numeroso. O acaso en Solanilla, donde el mismo “Linares” iba a fines de enero buscando alojamiento en las de sus vecinos para “unos cuantos bandoleros”; o en Peñascosa, un término donde Bueno Marqueño tenía relaciones. Pero lo que está claro es que ninguno de ellos -ni siquiera “Tarzán” y “Maravillas”, disidentes de ideas comunistas- entrará en las partidas de “Líster” o “Atila”. En El Salobre vemos muchos “desconocidos”, y no solo de paso, en casa de Gomar -que parece bastante concurrida- o en otras de confianza: Florentino Pretel dice que él y “Jacinto” -el guerrillero que iría con aquel a traer los reclutas de la huerta del padre de Madrona- escuchaban la radio y les comunicaban las noticias “a los restantes, que se albergaban en casa del aludido Valenciano”; “El Raspa” de Reolid declara que un día le

envió con urgencia Manolo el Capataz “para avisar a los bandoleros que se encontraban en casa del suegro de Antonio el Valenciano –sic- de que había mucha fuerza de la Guardia Civil en el pueblo”, y Ramona Marín, mujer de Juan Martínez, el hermano de Quico, el comunista, dice que un día el médico le preguntó en la calle “si sabía quiénes eran los individuos que había en casa de La Pepa”, a lo que respondió que no le interesaba ni había preguntado, pues estaba enfadada con la misma, añadiendo además que era bien conocido que “por la Sierra de Alcaraz había una partida que se dedicaba a cometer atracos”. Por otra parte, vimos que Anastasio Vázquez (quien, por cierto, solía repartir el periódico “Fragua”, que es *Fragua Social*, el de la Confederación Regional de Levante de la CNT), tenía la misión de buscar en Vianos nuevas casas con buenas condiciones para los guerrilleros, como ya queda dicho, y aunque él declarará que no las consiguió, sí parece que hubo, por lo menos, alguna.



Fragua Social, Valencia, enero de 1947

De estos forasteros, que dejan poca huella, quizá precisamente por ser desconocidos (se negaban a dar su identidad cuando les preguntaban) y actuar en grupúsculos autónomos, apenas si podemos rastrear algún caso: el de un tal “Juanito”, militar en la Guerra, que vino de Valencia –según nos comunica nuestro amigo Tomás Morcillo Cuenca- a visitar a unos amigos de El Campillo, pero fue interrogado por la Guardia Civil por haber sido visto en distintos cortijos del entorno. Y sospechar, tal vez, de “Tarzán”, “Maravillas” y los dos López Duro, y de otros de los que hasta el momento no teníamos noticias pero luego aparecen junto a ellos en los alrededores, como “el Guindo”, “Monguere” y “Benito”, naturales de Isso todos ellos; o de “Pancho” y “Enero”, que acabarán también en la ciudad del Turia, aunque tampoco hay total seguridad de que hubieran actuado antes en estas sierras. Lo más probable es que los nuevos reclutas se mezclaran con otros de la zona, más expertos en ella, que en apariencia harían una vida normal, por lo que sus ausencias solamente se notan si se echan al monte definitivamente. Tal vez uno de ellos fuera el mismo “Linares”, que seguía trabajando de herrero en Solanilla, pero estaba implicado, por lo menos, en la red de extorsión de “El Valenciano” -preguntó a Camilo Navarro en Alcaraz si había entregado ya la carta que debía hacer llegar al médico de Vianos- y en el alojamiento de nuevos guerrilleros, y escapó de su casa a fines de febrero: cuando a fines de marzo llega a esta el sargento de Alcaraz con dos guardias, le dicen que se ha ido de viaje a Albacete y Valencia –un dato interesante- desde el día 26 de febrero, precisamente el mismo en el que se conoce que han sido detenidos seis atracadores vecinos de Vianos.

Desde luego, hay bastantes referencias sobre “desconocidos”, pero apenas hay datos sobre su identidad o sus actividades, lo que puede explicarse por lo poco que duró esta guerrilla y porque muchos golpes pudieron confundirse con vulgares atracos o achacarse después a la gente de “Atila”, como luego veremos. Los objetivos de este suelen ser más “políticos”, pero los de los grupos que estamos mencionando buscarían más bien sembrar la alarma -“el terror”, como suelen decir los documentos- para desprestigiar a las fuerzas del orden y dar la sensación de caos en la zona. Por eso sospechamos que estos forasteros estuvieran detrás de la docena de robos a cortijos de los alrededores de Alcaraz que se registrarán en el mes de febrero, y de las extorsiones, dirigidas por Paco “el Valenciano”, a personas de Vianos, y quizá de El Salobre (aunque aquí no tenemos noticias tan concretas, sabemos que “Porrones” y “la Pepa” recogían dinero y provisiones al margen de “Olivares”, que era el encargado “oficial” de este asunto). Y si, como apuntaba Antonio Téllez

y nos confirma ahora el hijo de Gomar, es cierto que ocupó el cuartel de la Guardia Civil del mismo Vianos (cosa de la que nadie ha oído una palabra y, por supuesto, no aparece en la prensa), es de creer que contara con algunos de estos escurridizos y discretos “bandidos”, aunque es muy difícil saber cuáles, y cuándo, porque desde comienzos de febrero parecen abundar todo tipo de golpes, de los que este quizá fuera la despedida.

El 1 de febrero “Atila” y su guerrilla habían atracado la filial de la empresa Resinera Española en Villaverde (el del Guadalimar, no el cercano a Los Chospes), de donde se llevaron 37.660 pesetas. Y dos días después, casi sin descansar y dejando en ridículo el despliegue de la Guardia Civil (quizá precisamente porque esta se encontraba buscándole en la sierra), él mismo –acompañado, entre otros, por “Fernando”, que así lo contará luego a Juan Rozalén, vecino de Reolid- entra en su propio pueblo, Bienservida, toma el Ayuntamiento, desarmando y encerrando a los guardas, y dirige un discurso a sus paisanos, reunidos en la plaza, desde el balcón del mismo, que ya había servido a su novia, Consuelo, para dar algún mitin durante la República. Hecho esto, los maquis se pierden en el monte, llevándose una máquina de escribir y algunas armas largas, además de dinero y un reloj de bolsillo, y ocul-



Bienservida: balcón desde el que “Atila” dirigió un discurso a sus paisanos

tándose en varios caseríos, como el de Macario y el de Constantino Rodenas, que al parecer había prometido ir con ellos, al igual que un tal José María que vivía en Bienservida, en la calle del Pozo (la misma de “Atila”), aunque ya no sabemos si lo hicieron. Un éxito importante, porque ocupar un pueblo son palabras mayores, y un eficaz estímulo, aunque un poco engañoso- para otros posibles guerrilleros y enlaces. Desde luego, parece que el ejemplo cundió rápidamente: como hemos señalado, en este mismo mes se registraba hasta una docena de atracos en cortijos de los alrededores de Alcaraz, sin que fuera posible dar con los malhechores; y pudiera haber más, pues algunos vecinos de El Jardín hablan de un tiroteo en Villargordo, al resistir los dueños de una casa de campo un intento de asalto, y el cura de Vianos de otro golpe cerca de Las Crucetas, entre El Salobre y Riópar, entre cuyos autores se encontraba “Queré”, vecino de aquel pueblo, pero no hay más noticias ni resulta posible situarlos en el tiempo.

Aunque la prensa nada reflejó de estos hechos, como es natural, y aunque algunos pensaron –y piensan todavía- que pudieran ser obra de simples delincuentes sin un móvil político (cosa que nos parece cada vez más difícil de creer), pudo dar la impresión, por un momento, de que el Gobierno estaba perdiendo la partida; de que no controlaba el orden público, con lo que se alcanzaba el objetivo que Márquez Barriopedro describía en las reuniones de Los Chospes como más importante de la acción guerrillera: mostrar al exterior que el régimen de Franco era muy vulnerable y que una eventual intervención aliada tendría tanto apoyo armado desde dentro como había tenido en Francia o en Italia. De hecho, mucho después, el comandante Prieto, defensor militar de unos cuantos vecinos de El Salobre, al hablar del ambiente de este pueblo y sus alrededores durante aquel invierno, señala que no había bastante fuerza pública para garantizar a los vecinos sus vidas y haciendas, y dice: *“es conocida la disyuntiva en la que se encontraban las poblaciones rurales ante las exigencias de los bandoleros mal llamados maquis: si no atendían a sus exigencias, o daban conocimiento de ellas o de su presencia, se exponían de una manera indudable a una venganza cruel en ellos o en sus familias; si no lo hacían, se verían encausados, como en el caso presente”*. Y aunque no conocemos ningún asesinato –sí algunas extorsiones y unos cuantos atracos- no cabe duda alguna de que había inquietud, al menos en la gente rica y adicta al régimen, en todos los contornos.

El capitán Ruiz Cuerda, que mandaba la línea de Alcaraz, tuvo que recibir un toque de atención desde la comandancia de Albacete y el Gobierno Civil, entonces ocupado por Rodríguez Acosta. El caso es que en el diario ABC

del 27 de febrero de 1947 se da cuenta de que unos días antes, el 21, a las 21 horas, se había producido un robo a unos arrieros que volvían de Jaén a El Masegoso –con pellejos de aceite, dice Elisa Garrido- en el cruce del Km. 85 de la carretera de Córdoba a Valencia; y de que, en consecuencia, el capitán citado, un brigada, un sargento y cuatro guardias habían conseguido detener a seis hombres de Vianos: Ramón Marín, Francisco Banegas, Pedro Parada, Francisco Garrido Galera, Juan José Garrido González y Francisco González, “el Marquete”, que intentó escapar y fue herido en la pierna de un disparo de la Guardia Civil. La operación, que vino propiciada por el hecho de que a uno de los atracadores se le escapó el apodo de uno de sus compinches, fue muy aparatosa –dice Elisa Garrido que cerraron las calles por sorpresa e impidieron salir a la gente que estaba en el casino- y se desarrolló dentro del casco urbano de esta población, donde los detenidos confesaron –en caliente, sin duda, y nunca mejor dicho- que eran los autores de todos los atracos de los días anteriores, a los que solo entonces se da publicidad. Capítulo cerrado.

Desde luego, parecen delincuentes comunes, pobre gente, alentada por los recientes éxitos de la guerrilla auténtica (de hecho, no tendrían un juicio militar); pero es muy difícil distinguir desde fuera entre los simples robos de los desesperados y las “expropiaciones” de grupos libertarios que intentan socavar el poder del Estado, además de obtener dinero



Las calles de Vianos, donde tuvo lugar la detención de los atracadores

y alimentos para mantenimiento de sus actividades y ayuda a las familias de presos y huelguistas, como ya antes hacían Ascaso y Durruti, o Quico Sabaté y el propio “Valenciano”. Además, seis personas son muy pocas para dar tanto golpe, y conviene observar que, entre los detenidos el día 21, por lo menos Banegas, “el de Ambocho”, está relacionado con la organización de ayuda a la guerrilla, y parece que estaba en El Salobre, “con otro bandolero”, en casa

de Gomar, cuando Jesús Garrido acudió a recibir cierto paquete de “propaganda roja”, y Juan José Garrido (“Queré”) participó en el golpe a un pequeño cortijo entre El Salobre y Riópar, como ya señalamos. Pero, además, sabemos por Elisa Garrido que el aceite robado fue hallado en una casa de las del Burrucal, fuera del casco urbano, lo que indica que había por lo menos una base extramuros, como había pedido “el Valenciano”. Y está claro que en Vianos funcionaba una organización de apoyo a la guerrilla en todo semejante –y conectada- a las que hemos visto había en El Salobre (de hecho, recibía consignas a través de Isidro Rodríguez, visitante habitual de Gomar y “la Pepa” en su casa de esta población) y en Villapalacios. Por otra parte, consta que Anastasio Vázquez

se oponía a la idea del mismo “Valenciano” de cometer atracos en Vianos y su término, aunque probablemente se viera desbordado y hasta hubo de prestarle su propio domicilio para extorsionar a Helí Cádiz Navarro. Y sabiendo, además, que el mismo



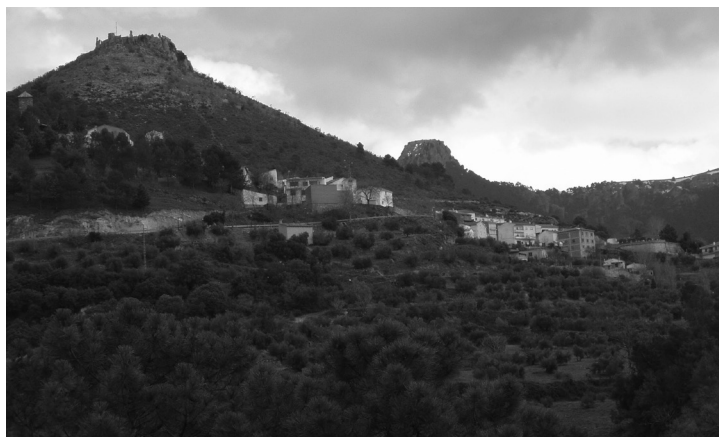
Extramuros de Vianos había algunas casas que podían ser usadas como bases

día en que se conocieron aquellas detenciones desaparecería de El Salobre “Porrones”, y de La Solanilla el herrero “Linares”, implicado también en la extorsión al médico, como consta en informes de la Guardia Civil y en declaraciones de distintos testigos, no nos extrañaría que los seis detenidos de Vianos formaran solo uno de un “racimo” o “rizoma” de grupos clandestinos, coordinados de forma no jerárquica, y que seguramente no fueran los autores de todos esos robos que se les atribuyen. Y fueran o no parte de la “veintena” de hombres que Téllez situaba bajo el mando de Paco “el Valenciano”, lo que sí que está claro es que contribuyeron a sembrar la inquietud –“el terror”, en palabras de las autoridades- en toda la comarca durante aquel febrero, que parece el momento de más actividad.

CAPÍTULO 3. EL PRINCIPIO DEL FIN: CACERÍA EN LOS MARINES

El día 3 de marzo de 1947, cuando apenas había transcurrido un mes desde el atraco a la resinería de Villaverde y de la ocupación de Bienservida, “Atila” y sus compinches, “Nicolás” y “Enrique” (o sea, Flores Martínez y Palacios Banegas, los de Villapalacios, aunque en el atestado de la Guardia Civil se confunde al primero con algún hermano del segundo), Silverio (“El Moreno de Reolid”, a quien al parecer se confunde también con un tal Resta en un primer momento) y “Poto”, el de El Salobre (según confiesa él mismo, aunque cabe dudarle), dan una nueva muestra de osadía y desafío a las autoridades. Penetran en el pueblo serrano de Cotillas y atracan a Mateo Serrano, que era depositario de la Hermandad Sindical de Labradores, y después a Nemesio Fernández, el del Ayuntamiento, encañonando a un guardia municipal y llevándose más de 20.000 pesetas de casa del primero (además de unos puros y nueve cartuchos de dinamita) y algo menos de 15.000 del otro. Después escapan, seguidos a distancia –a prudente distancia- por los somatenistas, que les hicieron varios disparos de pistola sin llegar a alcanzarles ni recibir respuesta.

La partida volvió, al parecer, según declaración de Candelario Rodenas, por su ruta habitual de los cortijos del río de La Mesta, al de Los Casimiro, de Macario Garrido, que tenía muy cerca una cueva encubierta donde habían planeado sus golpes más osados y donde se solían alojar tras los mismos. Acabó celebrando, seguramente ya los días 6 y 7, una junta en Reolid con “*varios bandoleros de la provincia*”, en casa de “Palrusia”, que se supone ya no era guerrillero, pero sí que seguía prestando su casa como base. Él mismo dice luego que “Fernando” y Atila le contaron que en la acción de Cotillas estuvieron también, junto a los habituales, “Chichango” y Girón, cosa que nos parece difícil de creer, entre otras razones porque ninguno de ellos se hallaba ya en la zona y en el atestado solamente se habla de cinco atracadores (el quinto pudo ser “Poto”, que lo confiesa, aunque es de sospechar que se hubiera quedado enfermo en La Mesta, si no en El Salobre; o puede que “Fernando”, que por entonces iba bastante con el grupo), aunque puede que hubiera alguno más cubriendo la salida. En cualquier caso, “Atila” se anotaba otro éxito, por el atrevimiento de meterse de nuevo a mano armada dentro de un casco urbano; pero iba a costarle lo que no imaginaba, porque aquello iba a ser el principio del fin no solo para él –que pasó en pocos días del fulgor a la muerte- sino para la 5ª Agrupación y el resto de guerrillas que hubiera en la comarca.



Cotillas, escenario de la última hazaña de “Atila”

De momento, el teniente de la Guardia Civil que llegó al poco tiempo desde Siles (Jaén) transmitió su impresión de que los guerrilleros habían escapado hacia “Las Mestas”, lo que permitiría concentrar, ya desde el día 4, en los pueblos cercanos, aunque no exactamente en ese punto, a las fuerzas de todos los contornos, alertar a los somatenistas y colaboradores y traer los efectivos y mandos necesarios, incluido tal vez alguno que después no aparecerá en ningún documento. Se puso vigilancia en los montes de Yeste y Molinicos, se alertó al capitán de Fábricas de Riópar, se instaló en Villaverde al brigada de Yeste con sus hombres, y hasta el propio teniente coronel de la Guardia Civil en Albacete, Carlos Ponce de León, recorrió Bienservida y las salidas hacia Villapalacios, dejando en la primera a Leopoldo Ruiz Cuerda, capitán de la 5ª Compañía y jefe de la línea y cuartel de Alcaraz, y a Froilán Briz Ortega, brigada comandante del de Villapalacios, mientras él se acercaba hasta Villarodrigo, en la tarde del 5, a ver al capitán de la 7ª Compañía de Jaén. Sin embargo, entre todos estos puntos falta precisamente el nombre de El Salobre, al que los guerrilleros iban a dirigirse. Aunque, lógicamente, no se puede afirmar, casi la impresión de que se está tendiendo una trampa “a la espera”, como en las monterías medievales en que las “vocerías” iban llevando ciervos, jabalíes y osos de las montañas próximas al lugar de la “armada”, del que ya no podrían escapar; y que probablemente lo que se pretendiera no fuera capturar o interrogar a nadie, sino “exterminar” a la partida –como dice la prensa- y dar un escarmiento a quienes se pudieran plantear ayudar a los maquis. No en balde, poco antes, y por iniciativa del mismísimo Franco –dice Moreno Gómez- Alonso Vega daba a la Guardia Civil instrucciones de no hacer prisioneros *“a menos que haya testigos sospechosos o se produz-*

can circunstancias que puedan dar lugar a una publicidad que aprovechen nuestros enemigos". Por tanto, se fomenta la red de confidentes y se empieza a "esperar" al adversario en lugar de buscarlo, con lo que pronto van a morir como moscas guerrilleros y enlaces en extrañas "refriegas", que en muchas ocasiones se producen tras rendirse y ser interrogados.

Dice Ponce de León que en la tarde del día 7 de marzo, cuando se disponía a un reconocimiento en la zona limítrofe con Siles (provincia de Jaén), supo que cuatro guardias que se habían desplazado desde Villapalacios a El Salobre –una ronda habitual, que a nadie extrañaría- habían recibido "confidencia" de que un grupo compuesto de ocho o diez individuos llegaría esa noche a una cortijada, llamada Los Marines, situada a un kilómetro de esta localidad. La trampa se cerraba. De inmediato, el teniente coronel ordenó que estos cuatro volvieran a Reolid, para no despertar sospechas a los maquis ni a quienes les pudieran avisar del peligro, y que el capitán con otros 7 guardias del puesto de Alcaraz, 1 cabo y 3 de Vianos, 1 sargento y 3 guardias de El Robledo, 1 cabo con los 3 de su mando en Paterna, 7 somatenistas de Alcaraz y otros 5 de Vianos, salieran desde esta última población al dar la media noche, bajaran por la senda de la ermita, a pesar de la lluvia torrencial y de la oscuridad de los caminos, al río de Angorrilla, remontaran los cerros del Casar y cruzaran el río del Salobre al este del cortijo, acercándose a él por la trocha que sale del Barranco del Dorado. Mientras tanto, el brigada Froilán

Briz Ortega, con un cabo y dos guardias de los de Bien-servida y los cuatro que aún estaban en Reolid, debería llegar a El Salobre sobre las 3,30 horas y subir con sigilo a Los Cortijos, completando su cerco y quedando a las órdenes del capitán citado, que entre tanto debía "indagar la certeza de la confidencia" y enviar el resultado al pueblo, donde el propio teniente coronel Carlos Ponce de León



El Salobre, desde las cercanías de Los Marines

puso el puesto de mando a las 7,30 horas (aproximadamente treinta minutos antes de comenzar la acción, lo que hace sospechar que esta no empezaría hasta que él dio la orden).

Hasta aquí la versión oficial del despliegue, que coincide bastante con los hechos, aunque ya no menciona que aquella madrugada y a lo largo de la misma mañana llegaron igualmente camiones con más guardias –que tampoco subieron al cortijo- y quizá ya serían detenidos algunos sospechosos de colaboración, y cesado el alcalde por el propio teniente coronel, que fue a verle a su casa. Tampoco dice nada de que unos minutos antes de amanecer varios guardias civiles irrumpieron en tromba en el molino de Esteban, a unos 300 metros del cortijo cercado, pero en la orilla opuesta del río de El Salobre, donde vivían la hermana y el cuñado de “Poto”, Andrea y Demetrio, con sus hijos. Valentín, el mayor, que tenía 15 años y a esas horas dormía en el tarimón, nos relata que entraron dando golpes, registrándolo todo, encañonando y obligando atenderse en el suelo incluso a los niños, y disparando al techo para que se callaran cuando algunos rompieron a llorar, y que a él le pusieron la pistola en la sien cuando les increpó por el trato a su madre y sus hermanos. Probablemente estaban buscando al mismo “Poto”, y quizá este episodio sea el que diera lugar a la falsa creencia –que nos manifestó la hija de Atanasio- de que este guerrillero se había quedado en el molino mientras que los demás iban a Los Marines. Pero lo cierto es que estaba en El Salobre, como él mismo confiesa al ser interrogado, y como su sobrino nos confirma después, o se había quedado cerca de Bienservida, como al parecer contarían los maquis a “Porrones” y este a Antonio Esteban, que lo afirma en su libro.

Como es natural, el atestado no revela tampoco quién era el confidente que dijo que los maquis vendrían a Los Marines. En cambio, deja claro que dicha confidencia fue bastante anterior a su llegada, y que no fue debida a que alguien les viera llegar aquella noche, contra lo que ellos mismos llegaron a creer, pues sabemos que entraron en casa de Atanasio a eso de la una, cuando la operación de la Guardia Civil estaba en marcha desde la tarde, al menos, y a las doce ya había salido desde Vianos el comando atacante. Tal vez el delator pudiera ser el “Pato” (Miguel Salto Marín), vecino del cortijo, al que todos señalan, con parte de razón, como podremos ver, y que, según nos cuenta el hijo de Atanasio, fue amenazado ya antes por “Atila” si denunciara a este, con quien no mantenía muy buenas relaciones. Pero Miguel no estuvo ese día en El Salobre, y si bajó, no fue, desde luego, esa noche, como pretende Esteban, sino hacia medio día o hacia media tarde, cuando se dio el aviso a Ponce de León. Tampoco es imposible que el soplón fuera un rico cansado de exigencias de comida y dinero, o un guarda que los viera andar por los caminos (difícil, en mitad de una lluvia cerrada), como sospechan otros. Pero tuvo que ser alguien que conociera con cierta antelación que Atila y su guerrilla

llegarían esa noche a Los Marines; quizá alguien del cortijo, donde Atanasio pudo recibir el aviso y haberlo comentado con algún convecino; o acaso de Reolid, donde hubo una reunión en casa de “Palrusia”, como hemos señalado, y donde “Atila”, “Enrique” y “Nicolás” –los de Villapalacios- pasaron el día 7 en la casa de Juan Rozalén Osorio, según confiesa este con posterioridad.

El único testigo presencial de los hechos, al cual entrevistamos en presencia de una sobrina suya en un par de ocasiones, hará unos cinco años, aunque ha fallecido no hace mucho, es Narciso Marín, vecino del cortijo. Un testigo esencial, pues conocía bien a “Atila” y a sus hombres de anteriores visitas (según “Pepa”, su padre, Desiderio Marín, también les ayudaba), mantenía muy buena relación con la Guardia Civil y estuvo todo el día en los centros neurálgicos del drama que se desarrolló aquel 8 de marzo. Nos contó que en la tarde del 7 se hallaba en El Salobre haciendo unas gestiones, aunque, ya anocheado, regresó a Los Cortijos, entre otras razones porque uno de los guardias –se supone que uno de los cuatro que vinieron desde Villapalacios- le pidió que alertara a Atanasio y a sus posibles huéspedes; lo cual no es tan extraño, pues sabemos que en otras ocasiones daban estos avisos, aunque parezca raro en estas circunstancias. Lo primero que hizo, según nos relató, fue hablar con Atanasio pero este le dijo que allí no había nadie (en efecto, llegaron a la una), por lo que se acostó y no se despertó hasta que comenzaron los tiros y las bombas, al alba del día 8.

La versión oficial que se entregó a la prensa -aparece en diario *ABC* del día 11 de marzo y en el *Albacete* del 14- habla de una refriega que se había producido cuando unos bandoleros contestaron a tiros a la “intimidación” de rendición la Guardia Civil, que hubo de repeler esta agresión, y como consecuencia murieron el brigada de la fuerza atacante y cuatro forajidos que habían cometido delitos en Cotillas, Villaverde y Bienservida. El relato de Ponce de León, teniente coronel, es mucho más extenso, pero no más veraz: pasa por alto muchas cosas que conocemos y distorsiona otras de manera que hace difícil comprenderlas, por lo que concedemos más valor al del pueblo (donde pronto se supo, aunque no con total exactitud,



Diario *Albacete* del 14 de marzo de 1947

lo que había pasado), y muy en especial a Narciso Marín, que conservaba lúcidas la mente y la memoria cuando le entrevistamos, a sus 93 bien conservados años, y que estuvo en el foco de la acción. Nos dio tantos detalles sobre la operación, y que cuadran tan bien –antes de conocerlos- con otros testimonios y con ciertos detalles que dan los documentos, que no tenemos dudas de que lo que nos dijo se aproxima bastante a la verdad, aunque se contradiga en algunos aspectos y no nos quede claro su papel en la historia.

Dice Ponce de León en su informe del 12, cuatro días después de los sucesos, que hacia las 8 horas de aquel 8 de marzo el capitán Ruiz Cuerda, con el brigada Briz, el cabo primero Manuel Alonso (del puesto de Alpera, concentrado “actualmente” en Bienservida), el número Manuel Rodríguez Hinarejos y el somatenista de Alcaraz Juan Araque Cañete, entraron en la casa de Atanasio Rodríguez, quien negó que tuviera a nadie oculto en ella, y lo mismo su esposa, que estaba en la cocina, sentada en la tarima -un banco con respaldo- ante la chimenea. Pero en declaraciones que el día 9 habían hecho Alonso, Rodríguez Hinarejos, el voluntario Araque y el propio capitán –y en las que hace el guardia varios años después, al celebrarse el juicio- no se habla para nada de que dicho oficial mandara el grupo que penetró en la casa ni de que interpelara a la mujer, sino que se atribuye esta acción al brigada. Paradójicamente, el día 10 el capitán amplía esta declaración y dice que sí entró y habló con la mujer sentada junto al fuego. Parece que se está retocando “el relato” a fin de que el teniente coronel pueda luego informar de que la operación estaba al mando de este; lo cual puede tener su punto de importancia, pues Narciso Marín, vecino del cortijo y casado después con la hija de Atanasio, que presencié los hechos y estuvo mucho tiempo con el grupo atacante –y conocía bien los grados militares después de haber pasado cinco años en la “mili”- repitió varias veces, ante nuestra insistencia, que el oficial al mando no era un capitán, sino solo un teniente: el “teniente Morata o Moreta”, que fue quien ordenó al brigada que entrara en la vivienda. Puede ser un error, porque nos dice el coronel Galera, del Servicio de Estudios Históricos de la Guardia Civil, que ese nombre no consta en los archivos; pero también nos dice que el brigada Briz, que ejercía de jefe accidental de la Línea de Villapalacios, “*se había hecho cargo del servicio por ausencia del capitán Ruiz Cuerda*”, y el propio teniente coronel dice el 12 de marzo que Briz entró en la casa no con el capitán ni por su orden, sino “*llevado de su impulso valiente y decidido*”. Es verdad que “Morata” no estuvo en Los Marines, pero pudo haber otro que adoptara este nombre; o puede que Narciso se lo haya adjudicado, acaso confundiendo con el de otro teniente que hubiera conocido en su largo servicio militar. Pero estaba seguro –muy seguro- de que era un teniente.

Después de publicar un pequeño trabajo en el que hablábamos de esta declaración de Narciso Marín (cuyo nombre no dábamos entonces porque él prefirió el anonimato), y queriendo seguir el cabo suelto del teniente “Morata”, el 23 de agosto del año 2009 volvimos a su casa -ahora la de El Salobre- en compañía de la misma sobrina, y se ratificó en todos los extremos, añadiendo, además, que los guardias decían que no le conocían, porque había venido desde Villarrobledo. Algo muy importante, pues el único con grado de teniente que había en esta ciudad era César Casado, guardia civil fascista, laureado por méritos de guerra y voluntario luego en la *Blau División* o *División Azul*, que se hará tristemente conocido por sus procedimientos salvajes e inhumanos de lucha contra el maquis; métodos que quizá pudo haber aprendido de la misma *Gestapo*, pues los guardias civiles voluntarios solían encuadrarse en la *Feldgendarmerie*, policía militar que colaboraría con aquella en la eliminación de partisanos en las estepas rusas. Sospechamos, por tanto, aunque lógicamente no podamos probarlo, que de la misma forma que ese cabo primero destinado en Alpera y enviado a Bienservida (de donde solamente se dice que vinieron cuatro guardias y un cabo, y no un cabo primero) aparece de pronto en Los Marines sin que antes constara su presencia, y de la misma forma que sabemos estaba el cura de Alcaraz (que no es mencionado en ningún documento), pudiera haber venido, pues hubo mucho tiempo para hacerle llegar, el famoso teniente, para hacer un “trabajo” –el de exterminador- del que pocos querrían encargarse.



El teniente Casado en el día de su condecoración

Aunque de esto nada dicen los documentos de la Guardia Civil (al contrario, le alaban en su celo y valor), parece que el brigada no puso mucho empeño en encontrar a nadie. De hecho, nos dice el hijo de uno de los miembros del comando atacante que los somatenistas de Alcaraz presumían que él y algunos guardias hacían lo posible para que los cercados pudieran esconderse, metiendo mucho ruido y diciendo en voz alta, antes de inspeccionar, que allí no había nadie. Tras un primer registro, en que no vieron nada, salieron del cortijo –dice nuestro testigo, coincidiendo con otros que lo saben de oídas, y con lo que “Porrones” contaría después- e iban a retirarse cuando otro vecino, Miguel Salto Marín, les dijo que había visto entrar a varios hombres, sin que

ninguno hubiera salido todavía (en efecto, llegaron a la una de aquella misma noche, helados por la lluvia, y a esas horas estaban durmiendo en el pajar, como hacían en otras ocasiones). Por lo tanto, los guardias sacaron a la dueña, Eugenia Cabezuelo, que había estado hasta entonces sentada en la tarima, a su hijo Ramón, de 13 años, y a Lumi, la mayor, de 15 o 16, al molino inmediato, donde antes había trabajado Atanasio y vivían ahora sus parientes María y Miguel. El capitán Ruiz Cuerda, según el atestado -o el “teniente Moreta”, según cuenta Narciso- ordenaría entonces que el brigada, los guardias y el somatenista volvieran a buscar, con lo que estos entraron otra vez con el dueño, Atanasio, en la vivienda.

“Atila”, mientras tanto, creyéndose ya a salvo, había abandonado el lugar en que estaba (según el atestado, un zulo camuflado bajo una tinaja, cuya existencia y uso nos confirma Ramón, el hijo de la dueña, aunque ella declara que los maquis habían dormido en el pajar, desde donde salían mediante una trampilla), y apenas tuvo tiempo de meterse debajo de una cama con su Thompson dispuesta. Al entrar el brigada y descubrirle, le disparó una ráfaga que acabó con su vida (la autopsia, aquí, concuerda con todas las versiones: ráfaga que destroza el brazo y los pulmones y sale por el hombro, en sentido ascendente), siendo muerto a su vez por “*dos certeros disparos*” que hizo el cabo primero, según declaran este y el propio capitán, o dos tiros de aquel y del guardia Rodríguez Hinarejos, como apostilla el último, que al parecer también quiere parte del mérito. Pero la autopsia dice que el cadáver de “Atila” presentaba una única gran herida contusa con fractura de tres costillas sucesivas, con un solo orificio de salida en la espalda, que el médico atribuye a disparos en ráfaga, pero que a nuestro juicio no responden a impactos de munición de guerra, sino, probablemente, a la explosión de una bomba de mano.

El atestado dice que, a continuación, uno de los “bandidos”, que era “el de los fideos” (o sea, Ramón Palacios), lanzó al cabo primero y a sus acompañantes sendas bombas de mano, que hirieron levemente a Rodríguez Hinarejos y Araque (los cuales, en efecto, recibieron heridas ligerísimas en un dedo y el dorso de la mano), y que ellos, pensando que Atanasio les tendía



Metralleta Thompson, como la de “Atila”

una trampa, dispararon contra él “*una descarga*”, causándole la muerte. Pero la autopsia dice que el cadáver del dueño de la casa presentaba una herida contusa en la mano derecha, con pérdida de huesos y de tejidos blandos, y otra mucho mayor en el abdomen, con salida de epiplón e intestinos (Miguel Quílez, que fue quien lo enterró, nos dijo que Atanasio estaba “reventado” y con tal abertura que él metió dentro el brazo al ir a levantarlo), lo que tampoco encaja con heridas de bala, sino con los efectos de una bomba de mano. Por tanto, no es verdad la versión oficial, y creemos que las bombas –la que mató a Atanasio, y también la de Atila– serían arrojadas desde fuera de aquella habitación por el guardia civil y el somatenista para “limpiar” la estancia sin demasiado riesgo (aun así, algún fragmento o astilla de madera pudo haberles herido en las manos). Desde luego, Atanasio no murió por disparos de la Guardia Civil ni del somatenista, como señala Esteban y como al parecer creían los guerrilleros, sino por los efectos de una de las granadas, como, por otra parte, era fama en el pueblo. Y tampoco es verdad que Palacios Banegas escapara corriendo en ese instante y cayera abatido por la fuerza que cercaba la casa, ni que le diera tiempo a ser interrogado, antes de fallecer, por Ruiz Cuerda en presencia de su cabo primero –como declara aquel– o por el cabo Alonso –como dice este último, de manera confusa– sobre las fechorías que había cometido junto con la partida. La autopsia nos revela que murió de una herida de bala con entrada por el segundo espacio intercostal derecho, con salida a la espalda en el tercero. Difícilmente pudo confesar con un tiro atravesando el pecho; pero es que, además, como veremos, sospechamos que al médico le cambiaron el muerto: le dijeron que este era Ramón Palacios, cuando pudiera ser su paisano Ángel Flores, caído un poco después.

Y es que, aunque no lo digan en sus declaraciones el capitán, los guardias ni el somatenista, que presentan la acción como un solo acto, de la muerte de “Atila” y Atanasio, a eso de las ocho o de las ocho y cuarto, a la de los dos últimos, transcurrieron dos horas, más o menos; el tiempo necesario para intentar lograr que los supervivientes se entregaran y pedir instrucciones y explosivos a Ponce de León y al comandante Ortega, su segundo en el mando, que estaban en el pueblo. Lo sabe mucha gente, y nos lo cuenta con pelos y señales el testigo citado: sabiendo que quedaban todavía cuatro maquis armados en la casa, Araque, el cabo Alonso y el guardia Rodríguez Hinarejos salieron de la misma apresuradamente y se parapetaron junto al resto de la fuerza atacante; el oficial al mando –capitán o teniente, da igual a estos efectos– envió a los heridos a El Salobre para que los curaran, y gritó a los cercados que si no se rendían volarían la vivienda usando dinamita. Una barbaridad difícil

de creer, porque había más casas, con mujeres y niños; pero nos la confirman diferentes testigos, además de Narciso, que bajó acompañando al guardia herido a dar la novedad, antes de ver al médico, y vio cómo el teniente coronel enviaba un camión a Alcaraz a traer explosivos.

Narciso regresó en menos de una hora, por lo que pudo ver todo lo que ocurrió después en Los Cortijos, y confirma lo que otros nos habían contado: que llevaron allí, como escudos humanos, a tres “rojos” del pueblo -a Ventura Marín, Maximino el barbero y Pepe el de Balbino, aunque sobre este hay duda, puesto que al parecer no será detenido después, como los otros- para que colocaran dinamita en la casa sin tener que arriesgar guardias civiles, aunque ya no sería necesario ponerla. Nos cuenta Juan Medina, el hijo del herrero conocido por “Churchill”, que también a su padre lo llevaron, a fin de presionar a su cuñado, José Bueno Marqueño, que equivocadamente suponían estaba en el cortijo, aunque este y su grupo se hallaban desde el día anterior en el cortijo de Benito Navarro, quien les llevó a su casa cuando supo que otro confidente les iba a delatar. Pero quizá, a esas horas, los guardias ya supieran que quedaban tan solo cuatro maquis: “Enrique”, “Nicolás”, “el Moreno” y “Porrones”. Este último, que aún no era un guerrillero, escapó de El Salobre pocos días atrás, y creemos que estaría con ellos casualmente, pues no formaba parte de la misma partida (siempre estuvo, más bien, con Paco “el Valenciano”, y aunque es fácil que mienta, por lo menos en parte, en su declaración dice que ni siquiera conocía a los otros pues llevaba con ellos poco tiempo, si bien sabe que al jefe le llamaban “Atila”).

De esas casi dos horas tenemos testimonios, en parte confirmados por el mismo Narciso, del miedo que pasaron las familias que estaban en las casas lindantes con la de Atanasio, incluido el testigo, que pensaba que le iban a volar unos mulos que tenía en la cuadra. Incluso nos contaron que Francisco Bermúdez solicitó y obtuvo –aunque con la advertencia de que nadie se hacía responsable- un permiso para sacar de allí su sobrino Nani, un niño de tres años al que trajo hasta el pueblo atravesando el río por un puente de palos que entonces existía. El médico Membrilla declara, por su parte, que él hubiera subido a Los Marines, al saber que ya había muertos y heridos, pero que no lo hizo porque un practicante venido de Alcaraz le advirtió que su nombre estaba ya en la lista de gente a detener, porque habían encontrado una receta suya. Otros, al escuchar los tiros y las bombas, que muchos percibieron claramente en el pueblo, y ver este tomado por la Guardia Civil, no esperaron a más: Isidro “el de Posones” (o Rodríguez Marín), que había sido enlace, aunque no exactamente de “Atila”, sino de “el Valenciano”, estuvo varios

días en un monte cercano, metido en una cueva, a la que sus parientes le llevaban comida, y a las pocas semanas ya se encontraba en Francia. “Poto”, si es que se hallaba también en El Salobre, como él mismo confiesa, huyó hacia Bienservida. “La Pepa”, la mujer de Francisco Gomar, se esfumó de inmediato, marchándose a Valencia, en donde trabajaba (y donde es de pensar que tuviera contactos), pero también a Játiva y La Pobla del Duc, a casa de sus suegros. Y es de pensar que otros hicieran otro tanto, aunque muchos volvieron al calmarse las aguas.

Entre tanto, los maquis seguían sin rendirse, y mientras esperaban que llegaran aquellos explosivos, los guardias arrojaron varias bombas de mano a la vivienda, que quedó en buena parte derruida. Viéndose ya perdidos, los cercados pensaron que sería mejor no dejarse coger en una ratonera: “Porrones” y Ramón, el de Villapalacios, salieron disparando y corriendo en zigzag, cada uno en una dirección, a fin de aprovechar el efecto sorpresa y dividir entre ambos el fuego de los guardias. Monte arriba, el primero, pese a ser el más viejo, conseguirá escapar, con un tiro en el cuello; cuesta abajo, Ramón logró llegar al río, muy profundo en la zona y muy crecido con la lluvia caída aquella noche. Como ya señalamos, según el atestado, fue herido, interrogado por el cabo primero o por el capitán en presencia de este –las versiones de ambos no encajan por completo- y murió al poco tiempo, tras haber confesado todas sus fechorías. Sin embargo, Narciso, que presencié la escena y decía tenerla grabada en la memoria, nos contó que el muchacho, al que identificó como “el de los fideos, el más joven de todos” –por lo tanto, no hay duda: era Ramón Palacios- fue traído esposado desde el río, sometido a un interrogatorio rápido y despiadado, cogiéndole del pelo y dándole de frente contra una pared de piedra tosca, y al final ultimado de un tiro de pistola en la sien por el teniente de la Guardia Civil, no por el capitán ni por el Cabo Alonso, que son los que declaran haberle interrogado.

Estas lesiones cuadrarán como un anillo al dedo con las que presentaba la autopsia de Ángel Flores –no de Ramón Pala-



Ruinas de Los Marines. Vista desde el río

cios, que era “el de los fideos” y el que los guardias dicen que salió del cortijo tras arrojar las bombas- y que son: una herida contusa de menor importancia en la región lumbar (que pudo ser efecto de algún golpe en la espalda), otra de cuatro o cinco centímetros de anchura en la región frontal, con fractura de hueso pero sin orificio de salida y con gran cantidad de focos hemorrágicos (creemos que resultado de los golpes con la pared de toba), y otra más, que sería la que causó la muerte, por herida de bala con entrada por parietal derecho y salida al opuesto. Como es natural, a estas alturas no podemos probarlo, pero creemos que el médico que realiza la autopsia al día siguiente –que, por cierto, a esas horas ya estaría detenido o preparado a estarlo- se equivocó de muerto (él no los conocía) o se lo equivocaron cambiándole los nombres. El problema, a pesar de que en el pueblo todo el mundo sabía que uno de los muchachos fue sacado del río, golpeado como hemos descrito y al fin ejecutado de un tiro en la cabeza, es que nadie conoce cuál de ellos pudo ser. Baste decir que la hija de Silverio pensaba que el torturado era este, puesto que su cadáver presentaba todavía mayores lesiones en la frente, y tuvimos que ser nosotros mismos quienes le desmintiéramos, con gran alivio suyo, lo que le habían dicho.

Muerto Ramón Palacios, dentro de la vivienda quedaban solamente Ángel Flores Martínez (“Nicolás”) y Silverio, “el Moreno” de Reolid. Según dice el informe de Ponce de León, el capitán Ruiz Cuerda mandó entonces entrar a Eugenia Cabezuelo, la mujer del difunto Atanasio, para que les dijera que, si no se rendían, “*perecerían entre las ruinas del edificio*” (estas palabras suyas cuadran perfectamente con lo que nos contaban Narciso y los vecinos sobre la dinamita, aunque no está tan claro que las dijera él). Por si acaso, Ángel Flores y Silverio León salieron “disparando”, según el atestado, “*siendo entonces muertos por la fuerza, al repeler la agresión*”. Y todavía añade el mando superior que en ese mismo instante llegaba él al cortijo, “*provisto de elementos para volarlo o incendiarlo*”. Pero lo que nos dicen en el pueblo y confirman Narciso y el hermano de Ángel –este solo



Ruinas de Los Marines. Estado actual

de oídas- es que ambos salieron con los brazos en alto, incluso uno de ellos –el “Moreno”, según nos dice su sobrina- agitando un pañuelo al extremo de un palo e identificándose (“No tiréis, soy “el More”). El sobrino de “Poto”, Valentín, que dice haberlos visto desde la orilla opuesta del río de El Salobre –aunque, por la distancia, ofrece ciertas dudas- apunta que los dos enarbolaban sendas banderas blancas, y que inmediatamente se escuchó una descarga. En efecto, parece que los guardias les dijeron que echaran a correr, pero en cuanto salieron cayeron fulminados, apenas unos metros más allá de la puerta.



Silverio León, “el Moreno”

Nos quedan ciertas dudas de lo que sucedió aquel 8 de marzo en Los Marines: de si el que dirigió la operación fue el capitán Ruiz Cuerda o el “teniente Morata” que, en caso de existir, no tendría este apellido, sino el de Casado. Pero estamos seguros de que los testimonios por escrito de los protagonistas, firmados el día 9, y del propio teniente coronel varios días después, no dicen la verdad (ni siquiera concuerdan en todos sus extremos), y tenemos muy claro, en todo caso, que el capitán no entró en casa de Atanasio ni habló con su mujer, como él mismo relata –de manera confusa- al ampliar testimonio el día 10 de marzo. No sería imposible que se hubiera quedado en El Salobre con Ponce de León y el comandante Ortega, o que dejara el mando al teniente en cuestión, del que habla Narciso con total convicción, aunque no es mencionado en los papeles. Y, por supuesto, allí no hubo una refriega, sino una celada en la que el objetivo no era la captura, sino el “exterminio” de toda la guerrilla –no hubo prisioneros- y dar un escarmiento a quienes pretendieran seguir los mismos pasos. El testigo Narciso, tantas veces citado, que les dio de comer después los sucesos, nos contó que algunos guardias jóvenes estaban asqueados de lo que habían visto y decían que ellos no habían disparado. Pero también sabemos que existía -o existe- una fotografía de los somatenistas de Alcaraz, que quisieron tener un recuerdo del día, como quien va de caza, y que en ella está el cura, don Hilario, que es de imaginar acompañara al grupo por si fuera preciso auxilio espiritual, de la misma manera que trajeron también médico y practicante.

Tras hacer el recuento de las armas y efectos que tenían los maquis (un reloj de bolsillo robado en Bienservida, el subfusil de “Atila”, dos rifles, tres pistolas, dos granadas de piña, una escopeta mocha y 35.000 pesetas en bille-

tes), y adecentar un poco el “campo de batalla” (parece que movieron por lo menos un cuerpo, el de Ramón Palacios, según dijo Narciso), a las tres de la tarde, cuando probablemente ya se habían retirado de El Salobre los jefes y oficiales de la Guardia Civil, excepto el capitán y el comandante Ortega, que se quedó instruyendo como juez militar todas las actuaciones, este hizo llamar al médico Membrilla y juntos acudieron al reconocimiento de cadáveres y a su levantamiento, que se hizo a las cinco, remitiéndose entonces a Alcaraz el del brigada Briz –bajado del cortijo en unas parihuelas- y convocando al médico para hacer la autopsia a los demás a las ocho del día siguiente. Después, en varios mulos de vecinos del pueblo, bajaron los cadáveres, atravesando el mismo entre el silencio sepulcral de la gente (salvo algunos aplausos y gritos de alegría al pasar por la calle y casa familiar del Capitán Martínez, fusilado en la Guerra por golpista), y al terminar la autopsia, la mañana del 9, tres de ellos serían inhumados en tres fosas abiertas en la parte de tierra no bendita. Hubo dos excepciones: Silverio, cuyo hermano insistió en que le permitieran enterrarle aparte, y que hoy es el único que tiene cruz y lápida, y Atanasio, que fue sepultado a su lado y quizá no la tuvo porque su esposa fue de inmediato a la cárcel. Aparte de los jóvenes que cavaron las fosas e inhumaron los cuerpos, hubo varios testigos, falangistas y gentes de derechas en su gran mayoría, que los reconocieron, pero ya no nos consta su identificación, salvo el caso citado de Atanasio Rodríguez, ni podemos dar crédito –aunque pueden ser ciertas- a leyendas morbosas que corren por el pueblo sobre estos sepelios.

En ese mismo día serían detenidos Maximino el barbero y Ventura Marín, que al parecer ya fueron sacados de la cama aquella madrugada, con Pepe el de Balbino (que no consta en los autos ni será detenido como ellos), y llevados después a Los Marines por si fuera preciso poner la dinamita. Igualmente lo fueron Eugenia Cabezuelo, la mujer de Atanasio, el médico Membrilla, que



El rincón donde están enterrados los maquis, junto a la caseta de autopsias de El Salobre

acababa de hacer la autopsia de los muertos, el herrero Medina, el comunista Jesús Garrido, y el que había sido alcalde y jefe de Falange, José Antonio Martínez. Todos ellos, y algunos que al final no fueron procesados, fueron interrogados –o sea, apaleados de manera más o menos brutal- en el Ayuntamiento antes de remitirlos a Alcaraz, donde les tomarían declaración formal.

Los vecinos que entonces vivían en la Plaza –y sus hijos, que lo han oído referir- recuerdan con horror los gritos que se oían a pesar de tener las ventanas cerradas, y todo el pueblo sabe que Maximino Cano fue sacado cadáver y metido en la caja de un camión envuelto en una manta. La versión oficial, avalada por un informe médico del reconocimiento que se



La Plaza de El Salobre, donde estaba el antiguo Ayuntamiento

hizo a media noche, prácticamente a oscuras y sin bajar siquiera el cuerpo del vehículo, y por la misma autopsia, que señala además que no presenta contusiones visibles y sí dilatación del ventrículo izquierdo, es que fue remitido a la cárcel o arresto de Alcaraz y que se puso enfermo diez minutos después de salir de El Salobre, llegando ya muy grave. Pero hubo testigos de cómo lo sacaron, y a nadie se ocultaba que la muerte fue a golpes con el astil de un pico; y ante esto no valen los papeles del médico ni las declaraciones del chófer y los guardias. Por otra parte, es muy significativo que el capitán Ruiz Cuerda, en una misma fecha, escriba un documento remitiendo a Alcaraz a Maximino –solo- y otro en el que se engloban los demás detenidos.

Como ya queda dicho, en Los Marines no hubo prisioneros. De toda la partida solamente escaparon Santiago Rozalén, que seguía en Reolid y que ya no formaba parte de la guerrilla, aunque colaboraba todavía con ella, y “Porrónes”, que pudo huir herido, y que probablemente coincidió por azar en Los Cortijos –donde se habría escondido cuando huyó de El Salobre algunos días antes- con la gente de “Atila”. Tampoco estaba “Poto”, que esa noche dormía en el pueblo, como él mismo dirá cuatro días más tarde, o se había quedado en una cortijada de La Mesta, cerca de Bienservida, según Antonio Esteban, al cuidado de una casi hermana, Sebastiana Palacios, que era prima suya, aunque mucho más joven, y que aparentemente fue quien le delató. El atestado

dice que en la tarde del día 12 de marzo hubo una “confidencia” de que en el caserío de Los Lázaros de aquella pedanía se había refugiado un individuo armado, por lo que el comandante de puesto, cabo Damián Díaz López, con Nemesio Martín, guardia segundo, y unos somatenistas de la localidad, de los que solamente se cita a Luis Naranjo, fueron a capturarlo cumpliendo instrucciones del mando superior..., y pusieron un digno colofón a la gran cacería de El Salobre.

La muerte de Emiliano ha dado pie a leyendas más o menos fiables, como la de la cruz que solían repintar los días de difuntos en la piedra arenisca del lugar en el que lo mataron, o la de que el huido fue torturado y muerto por la Guardia Civil al negarse a seguir camino al cementerio, donde se suponía que iban a liquidarle, e incluso que fue el cura quien acabó con él. Los vecinos del pueblo nos confirman al menos las primeras, pero por nuestra parte podemos afirmar que la menos creíble de todas las versiones precisamente es la versión oficial: según el atestado, entrada ya la noche, encontraron a “Poto” en una choza no lejos de Los Lázaros y, tras “intimidarle” –dice la autoridad- para que se rindiera, respondió enarbolando una pistola y una bomba de mano, por lo que “repelieron la agresión” y lograron herirle, aunque “*se dio a la fuga*” y hubieron de seguirle hasta las cercanías de “La Casica” –ya junto al casco urbano, donde arranca el camino al cementerio y a unos cinco kilómetros del punto de partida- en donde le alcanzaron, ya en las primeras horas del día 13 de marzo, y al ser interrogado confesó todo lo confesable, tras lo cual falleció de sus heridas.



La pared y el camino de piedra en que murió Emiliano. “La Casica” se ve al fondo, a la derecha

El relato está bien, si no existiera autopsia. Pero esta señala que el cadáver tenía varios tiros que entraron por la espalda y parte posterior de miembros superiores, saliendo por el pecho después de perforar en todo su espesor los pulmones y el hígado, anegando de sangre el interior del cuerpo. Heridas que, además de no corresponderse con las que pudo haber en un enfrentamiento cara a cara que hiciera necesario *“repeler la agresión”*, no hubieran permitido correr esa distancia y acabar confesando, ni siquiera *“con gran dificultad, por el estado en el que se encontraba”*, como señala el cabo, tantísimos detalles: su participación en los atracos de Cotillas y de la Resinera (Villaverde) y en el de Bienservida; que el día de la muerte de Atila en Los Marines no se hallaba con él porque estaba durmiendo en El Salobre; que tenían una base en el cortijo de Luis de Llano en Cardos, en Povedilla otra en casa de un tal Pedro, otra en Canaleja en la de un tal Alfredo, en Solanilla otra en la de un barbero, y otra más en La Hoz, en casa de Julián (que es Julián Romero, pedáneo de la misma), en Reolid la del sastre al lado del garaje de Picón, y en Los Marines otra donde les atendía Maximino el barbero, que les cortaba el pelo y ponía inyecciones, y donde se veían con un tal Jesús Garrido, encargado de crear el Partido Comunista y repartir propaganda en el pueblo; que el exjefe de Falange, José Antonio Martínez entregó una pistola a Paco el Valenciano; que este se veía con frecuencia con “Chinche”, con Ventura y con “Churchill”, y que el encargado de recabar dinero, noticias y comida para los guerrilleros era un tal “Olivares”... Tras lo cual, dice el cabo, expiró sin llegar a revelar dónde estaba la máquina robada en Bienservida y el dinero obtenido en los atracos. ¡Menos mal que dejó algo por confesar!

No está mal para un hombre enfermo y moribundo, de más de cuarenta años, que acababa de darse una carrera de unos cuantos kilómetros con varios agujeros en hígado y pulmones, el tórax y el abdomen anegados en sangre y el estrés presumible tras la persecución. Otro, en sus circunstancias, no habría dado diez pasos ni tendría la cabeza para tanto detalle. Por eso, aunque nos digan que somos malpensados, nos parece que estamos ante otra confesión completa conseguida mediante una tortura hasta el límite rematada con una ejecución a tiros por la espalda para que nadie viera el estado del preso. Nadie podrá saber quién hizo esos disparos, puesto que los presentes coinciden en el cuento de la persecución, pero probablemente fueran todos al tiempo. Su cuñado, Demetrio, que tenía una cierta amistad con algún mando de la Guardia Civil, intentó indagar algo, pero le aconsejaron que mejor “no se metiera en líos”, como dice su hijo. La presencia del cura es posible y probable, como vimos también en Los Marines, pero nada permite asegurar su intervención

directa, salvo que algún testigo viniera a confirmarla; seguramente es una leyenda más de las que suscitó aquella salvajada. Otra, más truculenta, que nos ha transmitido su sobrino, Valentín Muñoz López, y que ha sido hasta ahora secreto de familia, es la de que los dos cuñados del difunto, Demetrio y Juan Tomás, fueron a Bienservida por la noche, trajeron el cadáver a El Salobre a lomos de una mula y lo inhumaron en el mismo lugar donde estaban los cuerpos de los muertos del día 8 de marzo, cerca de la caseta de autopsias que hay en el cementerio. Sospechamos que pueda ser un cuento para tranquilizar a las hermanas, pero hemos de contarlo, porque los dos sobrinos con los que hemos hablado, Valentín y Araceli, hijos de los citados Demetrio y Juan Tomás, nos lo dan como cierto.

Podemos añadir que el que suscribe junto al cabo Díaz López, Luis Naranjo y Nemesio Martín los atestados de la muerte de “Poto” es el cabo primero Manuel Alonso Padilla, destinado en el puesto de Alpera y ahora concentrado en el de Bienservida; el mismo que decía haber interrogado antes de que muriera a Ramón Palacios el día 8 de marzo, y el que actúa de auxiliar del capitán Ruiz Cuerda cuando este interroga en El Salobre en las declaraciones de algunos detenidos el 15 (y es de creer que también en las del 9, aunque de estas no se conservan las actas, pero sí se recuerdan las torturas con que se consiguieron y el fallecimiento de Maximino Cano). A finales de marzo, este Manuel Alonso, conocido como “el cabo Manolo”, será ya comandante de un destacamento creado en El Salobre, firmando como tal los interrogatorios de los días 29 de marzo y 3 de abril. Al cabo Damián Díaz, comandante de puesto en Bienservida y cabeza del grupo que terminó con “Poto”, lo veremos muy pronto de auxiliar del teniente Casado en Alcaraz, en donde la tortura sería sistemática. De Naranjo nos dicen solamente que llegó a ser alcalde, y no muy apreciado, de la localidad. De Nemesio Martín –que, demasiado tarde, fue expulsado de la Guardia Civil- nos hablan y no acaban sobre su crueldad no solo con Consuelo, la novia de “Atila”, a la que “interrogó” con especial fruición, sino con gente humilde a la que sorprendía haciendo un haz de leña para matar el hambre. Ahora no es cuestión de narrar sus hazañas; pero hemos de observar que se trata de gente de absoluta confianza para el régimen y capaz de cualquier barbaridad para el mantenimiento del “orden” existente. Con agentes del orden semejantes, lo raro es que no hubiera más gente en la guerrilla.

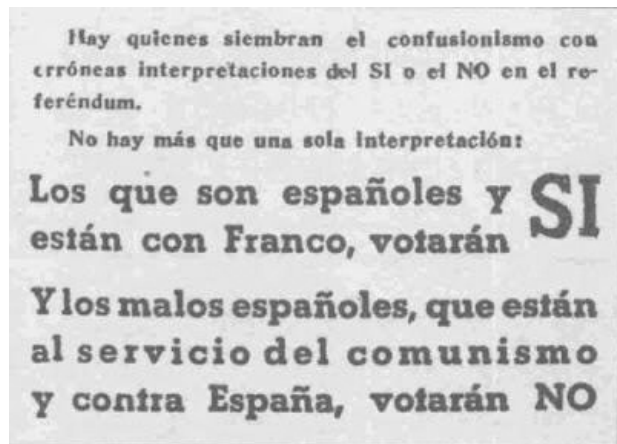
De momento, las siete personas de El Salobre detenidas el día 9 de marzo, y las que lo serían en las fechas siguientes tras las declaraciones de aquellas y de “Poto” (José Julián Maestro, Miguel Ciria, Magdaleno Simarro,

Luis de Llano, José Julián Pretel, Antonio Gracia Mañas y Toribio Martínez, Benjamín Rodríguez, Lázaro Castillo, Valentín Cuenca Maestro, Luis García Muñoz, Antonio Lozano, Eugenia Cabezuelo, Inés Muñoz... y los de Canaleja, Solanilla y La Hoz de los que hemos hablado), serían enviadas a Alcaraz, y después a Albacete, donde se incoaría el primero de los varios sumarios que habrían de seguir, del cual hemos sacado muchas de las noticias del presente capítulo. De estos 29, casi todos serían puestos en libertad pasados unos meses, a excepción de Jesús Garrido y Lázaro Castillo, acusados los dos de comunistas, José Julián Maestro, José Antonio Simarro, Inés Muñoz y Eugenia Cabezuelo, que el día 11 de julio todavía verían denegada la habitual petición de “la condicional”. Y eso que los informes de Emiliano Martínez Valdelvira, y Juan Tomás Rodenas, el alcalde y el juez municipal, suelen ser favorables, o no desfavorables, en el peor de los casos, para los procesados.

Está claro que todos querían pasar página y el pueblo estaba asqueado de la brutalidad de la respuesta de las “fuerzas del orden” al problema del maquis. Lo demuestra el curioso resultado que tuvo, el 6 de julio, el Referéndum que aprobaba la Ley de Sucesión y convertía a Franco en dictador perpetuo: más de un 38% de abstención y más de un 3% de votos negativos; unas cifras insólitas entonces,

que casi cuadruplican las de esta provincia, pese a la propaganda totalmente sesgada y las presiones, y que vienen a ser más significativas en un pueblo que antes de la Guerra votaba a la derecha. Y la prueba es que, habiendo muchos más implicados de los que se llevaron en un primer momento, nadie los delató (aunque cuentan que sí hubo alguna denuncia que

no se tramitó por razones de afecto familiar). Pero votar que no —de manera ostensible en ocasiones como dicen a veces los informes de la Guardia Civil— era ya por entonces la única manera de oposición posible, y tanto los que ya estaban en prisión como que empezaban a salir de la misma y algún vecino más, debían obtener avales e informes no solamente ya de las autoridades



Propaganda franquista. Referéndum de 1947.

¡Que nadie se equivoque!

civil y eclesiástica, sino de los cabos primeros Manuel Alonso y Lorenzo Montoya, que se sucederían desde fines de marzo a la cabeza de un destacamento instalado en el sitio donde hoy está la nueva iglesia de El Salobre. Por supuesto, con ciertas excepciones, los de estos serán mucho más negativos, rayando en el ridículo cuando mezclan los hechos comprobados con simples cotilleos sobre el comportamiento moral y las costumbres de algunas informadas y alguna presunción, como ocurre en el caso de Eugenia Cabezuelo, de que debía ser de conducta dudosa, puesto que su marido estuvo vinculado a partidos de izquierda.

Mientras tanto, seguían regresando, de mediados de mayo en adelante, los menos implicados de los encarcelados, sobre todo la gente de derechas o “de orden” y sin antecedentes reseñables, que decían haber colaborado con los maquis por miedo. Lenta y penosamente, El Salobre volvía a la “normalidad”, entendiendo por tal el silencio miedoso en que había vivido desde 1939, aumentado, si cabe, por los hechos recientes, y con toque de queda desde el anochecer y total prohibición de reuniones y bailes (Valentín Muñoz dice que sus padres tenían que pedir permiso cada día para ir a hacer el pan al molino de Esteban, donde aún poseían una panadería, aunque ellos se habían bajado al pueblo).

El escarmiento fue de los que no se olvidan; pero incluso el fascismo sabía contenerse: no podía encarcelar a media población, y más considerando, como después dirá en sus alegaciones el comandante Prieto, defensor en el procedimiento sumarísimo, que *“resulta imposible exigir los deberes cuando no se conceden los derechos”*, y que sería injusto pedir a un ciudadano *“patente de heroísmo”*, cuando *“no había bastante fuerza pública para salvaguardar las vidas e intereses de sus habitantes y el Porrónes y el Valenciano, bandoleros reconocidos, andaban sueltos libremente por el pueblo”*, sin que nadie intentara apresarlos. ¡Como si hubieran sido solamente estos dos los que habían estado en El Salobre! Pero como ya nadie volvió a ver a los maquis, y si había algún tipo de partido u organización no tardó en olvidarse, pudo considerarse que la inseguridad había terminado y volvía la paz, aunque fuera la paz del cementerio... Hasta el 12 de julio, en el que vuelve a abrirse la puerta del Infierno, como podremos ver.

CAPÍTULO 4. EL REPLIEGUE FALLIDO AL CAMPO DE MONTIEL

La acción de Los Marines, con sus demoledoras consecuencias y su efecto moral sobre la población, fue el punto de inflexión entre las fases de auge y decadencia tanto de las guerrillas como de sus apoyos en toda la comarca que estamos estudiando. De momento, arrastró la rápida caída de muchas de las bases y colaboradores en el sur de la Sierra de Alcaraz, desde La Solanilla y La Hoz a los cortijos del río de La Mesta, aunque aún permanecieron algunas ignoradas (y poco utilizadas, porque apenas quedaron guerrilleros activos). “Líster” se replegó al Campo de Montiel y Paco “el Valenciano”, si es que todavía andaba por la zona, tampoco tardaría demasiado en dejarla. Si bien su esposa dice mucho tiempo después que “a raíz” de estos sucesos llegaron 17 reclutas guerrilleros, que Paco y otros cuatro fueron a recoger en Albacete, creemos que se trata de hechos anteriores (acaso de mediados a finales de enero), aunque puede que fuera por entonces cuando, con estos mismos o con parte de ellos, robara sus fusiles y pistolas a los guardias civiles de Vianos antes de retirarse de este espacio quemado. Es raro que después no se culpe de esto a ningún procesado, pero pudiera ser que las autoridades lo hubieran silenciado para no echar por tierra el prestigio del Cuerpo, sobre todo después de no haber descubierto a los autores; porque de “El Valenciano” y de sus actuaciones no supieron prácticamente nada, a pesar de que ya la confesión de “Poto” daba todas las pistas para considerarle alma de la guerrilla.

Todavía a mediados de julio de este año, al decretar la prisión preventiva para el mismo Gomar y su amigo “Porrones”, el capitán Solano, instructor de la causa por lo de Los Marines, aunque algo despistado, afirma que este huyó de El Salobre en febrero, al saber que se había detenido a los atracadores de Vianos, y que se fue a la sierra “*donde en la actualidad se encuentra formando parte de la partida de bandoleros que continúan merodeando por los alrededores de dicho pueblo*”, lo que puede indicar que en el verano aún quedara algún resto de las viejas partidas y de la Resistencia que las había amparado (dice Anastasio Vázquez que Francisco Garrido no aceptó formar parte de la organización que él dirigía en Vianos hasta que no murió el jefe de la suya, que creemos era “Atila”); pero no es de creer que ni “Porrones” (que ya por esas fechas se encontraba en el Campo de Montiel, aunque en julio vendrá en el mayor secreto como guía de los ejecutores del supuesto chivato, Miguel Salto) ni Paco “el Valenciano” anduvieran por esta zona plagada de soplones y de guardias civiles. Es de creer que el último regresara a Valencia, llevándose tal vez a algunos compañeros, y que los naturales de la misma

comarca que pudieran estar comprometidos se quedaran camuflados en casa o huyeran igualmente, pues las muertes de “Poto”, “el Moreno” y los de Villapalacios enseñó brutalmente a “los del llano” que, por mal que estuvieran las cosas en los pueblos, echarse al monte ya no era ninguna opción, lo cual impediría renovar las guerrillas.

Según Moreno Gómez, Gomar se había ido en el mes de febrero a ocultarse en su casa de La Pobla del Duc; pero es muy posible que saliera más bien en el de marzo y no fuera directamente allí; incluso que se hubiera quedado por un tiempo, forzosamente breve, intentando frenar la desbandada que sin duda se habría producido en las heterogéneas partidas creadas poco antes. Según el ya citado *Dictionnaire...*, cuando le abandonaron los dos últimos hombres que quedaban con él, hubo de dirigirse a la sierra de Gredos, donde anduvo con otros cuatro maquis –de ellos, dos comunistas, “Eusebio” y “Pepín”- durante un año más, antes de regresar a La Pobla del Duc; pero esto es muy dudoso, pues su hijo nos dice que pasó un par de años escondido en casa de sus padres, donde había construido un subterráneo, recibiendo entre tanto numerosas visitas sospechosas de “primos” de Valencia o de Fuente la Higuera –suponemos que antiguos guerrilleros escapados como él- hasta que le cogieron en el 49. Durante algunos meses pudieron quedar restos de la organización de resistencia y los grupos armados de la zona, pero solo sabemos que el herrero “Linares” ya no estaba en su casa, en Solanilla, a finales de marzo, cuando llega el sargento de Alcaraz a prenderle, y que entre mediados de este mismo mes y el de junio José Bueno Marqueño todavía iba por Peñascosa –un territorio que conocía bien- con otro compañero, provistos de armas largas y pistolas, pidiendo alojamiento a José Arias Andreu y Donato Lorenzo, de la aldea de Arteaga

También hay desbandada en el mismo Albacete. Veremos ausentarse no solamente a Moya, que va y viene a Valencia y al Campo de Montiel, y que en abril o mayo sería relevado de la secretaría general por cierto personaje que llegó de la ciudad del Turia, pero fue detenido en ella al poco tiempo (Moya también caerá en la estación de Alcázar, como podremos ver), sino al mismo Juan Ramos Abiétar, que desapareció en mayo de su casa, según dice su padre, sin llevarse siquiera el rifle Tigre –una copia española del conocido Winchester- que le había traído dentro de un haz de leña Juan Antonio, el enlace de El Jardín, y que había escondido en la falsa del techo, donde lo descubrió, pasado cierto tiempo, un hermano menor. Parece que escribió desde Teruel enviando unos papeles que se había llevado a la agencia en la que trabajaba, pero probablemente fuera una pista falsa y estuviera en Valencia, que por

entonces era el destino habitual, casi siempre de paso para Francia, de los que conseguían escapar en toda la comarca (en noviembre detienen en esta capital al mismo Juan Antonio, y en diciembre declara Juan Moya que el atraco a la Cámara Agraria de la calle Colón lo habían dado Eusebio García y Narciso Fernández, del grupo de manchegos que él había organizado, con otros cuatro más, que caerán igualmente, como tantos, en aquella ciudad).

La desaparición del grupo de “Atila” y de las mucho peor conocidas partidas que andaban por la sierra de Alcaraz comportó, en cualquier caso, la reunificación, bajo el mando de “Pepe” y sus lugartenientes de los últimos restos de las mismas, aunque es de suponer que la gran mayoría de sus miembros hubieran escapado a Valencia o en otras direcciones, o hubieran reemprendido –los menos conocidos- una vida normal. Otros ya no podrían: con sus 42 años a las espaldas, “Porrónes”, que había estado en la órbita de Paco “El Valenciano” y sin moverse mucho de El Salobre y Reolid, huyó de Los Marines, con un tiro en el cuello, y se escondió en algunos cortijos de la zona: en el de Cantarranas, propiedad de Inocente Martínez, de Alcaraz, donde le atendería el barbero Eleazar de la Rosa, que pronto pagaría el gesto con su vida, y creemos que en Cardos, puesto que él mismo dijo que le había curado una “marquesa”, que no pudo ser otra que la caritativa María Luisa de Llano. No tardó en verse a salvo en Villanueva, ya de Ciudad Real, y después seguiría junto al grupo de “Líster” y “Fernando” el camino habitual de Santa Cruz de los Cábanos, desde donde llegó al domicilio de Dionisio Castillo, en Almedina, en el cual pasó un mes, según la hija de este, escondido en un hueco en la escalera y al cuidado del médico Lecanda, de La Puebla del Príncipe, que venía a visitarle. Desde luego, tendrá que someterse al mando comunista (aunque él mismo asegura que su jefe, “Fernando”, confiaba muy poco en su lealtad y no le permitía alejarse del resto) y viajar mucho más de lo que nunca hubiera imaginado: Antonio Esteban habla de las dificultades de este nuevo recluta cuarentón, que será conocido en adelante por “el Viejo” o por “Pancho”, para seguir la marcha.

Previamente se había incorporado “Chichango”, que hasta principios de año vivió en El Salobre en la casa de Paco “el Valenciano”, y después unos días en las de “la Pastora” y Demetrio Muñoz, pero fue trasladado, convaleciente aún, de Cardos y El Altillo al cortijo del Pollo, Santa Cruz de Los Cábanos –“la base de La Sorda”- como él mismo declara, y en febrero parece estar en Villahermosa, en “casa del Pintor”. Algo más tardarían en hacerlo el socialista José Bueno Marqueño, que andaba desde marzo, parece que hasta junio –tiempo en que todavía se hace llamar “Paulino”- por la zona de Ar-

teaga y Peñascosa; y Girón, el antiguo libertario –conocido también como “Donaire”- al que vimos en casa de Gomar y después algún tiempo por los alrededores de Alcaraz. Ambos acabarán en la partida que mandaba “Regalo” o “Pocarropa”; pero Girón, al menos, tendrá serios problemas, como podremos ver.

Como ya queda dicho, desde marzo venía produciéndose un rápido repliegue a tierras más seguras. Parece que en principio “Pepe” pensó volver hacia Villarrobledo, El Provencio y Socuéllamos, y buscar nuevas bases hacia Los Hinojosos, donde se pretendió, sin demasiado éxito, rehacer el Partido y la ANFD, y hacia Pedro Muñoz y La Mota del Cuervo; pero, con la presión de la Guardia Civil en esta comandancia, poco a poco empezó a centrarse la parte principal del esfuerzo en la comarca del Campo de Montiel. Una zona, en principio más difícil, por carecer de sierras comparables a las de Alcaraz, como ha visto Javier Hernández Pérez, pero que mantenía, incluso mejorada en los últimos tiempos, la primitiva red de colaboradores y escondrijos levantada por “Líster” y “Fernando” con ayuda de algunos izquierdistas históricos, como eran Luis Arias y Luciano García, de La Puebla del Príncipe, y Dionisio Castillo, de Almedina. En el mes de febrero Castillo les había presentado a Ramón Matamoros Castellanos, un antiguo ugetista que vivía en Santa Cruz de los Cañamos, el cual acompañó a estos guerrilleros a una cita en Montiel –una noche a las 11, al lado de la fábrica de harinas de Luis Gómez- con Vicente Gallego, socialista, y su cuñado Pedro Fernández Amador, comunista, que estaban en contacto con Manuel Pérez Montes, responsable de la organización del Partido de Infantes, quien les proporcionaba Mundo Obrero y otras publicaciones, para organizar la ANFD en esta población. Mientras tanto, Castillo reclutaba igualmente a su paisano Isidoro Matamoros, quien ocultó en su casa de Almedina a varios guerrilleros –entre ellos “Enrique” (o Francisco Gallardo), que estuvo más de un mes, aquejado de su tuberculosis- y concertó con ellos que, en el caso de verse descubierto, se uniría a la guerrilla en los Baños del Relumbrar.

Como ya queda dicho, en Infantes, cabeza de partido del Campo de Montiel, existía previamente un núcleo comunista importante, que servirá de base para la creación del comité local y comarcal de Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, con la finalidad, según se dice, de tomar el poder municipal cuando se produjera la inminente caída del franquismo. Quizá por esta causa, y porque aquí no había líderes socialistas o anarquistas comparables a Paco “el Valenciano”, o por las diferencias surgidas en el seno de la ANFD bajo el gobierno Llopis, e incluso entre los mismos libertarios “colaboracio-

nistas” y “apolíticos”, que aumentaban la fuerza del PCE, prácticamente el único partido organizado, aquí el protagonismo será más comunista de lo que hemos visto en El Salobre o Vianos. Habrá representantes de las distintas fuerzas, incluso las burguesas, como Izquierda Republicana, siendo su portavoz Ángel Vicedo, exalcalde y hombre de prestigio; pero el número uno fue Manuel Pérez Montes, “el Pelao”, un comunista histórico poco antes salido de la cárcel, siendo el número dos y el depositario de las recaudaciones Juan Antonio Bustos Lérica (“Cascabel”), secretario de Organización. No menos importante fue Jesús Migallón, el secretario de Agitación, Propaganda y Estafeta, comunista también y en permanente relación con Juan Moya y con el Comité Provincial de Albacete –no de Ciudad Real, paradójicamente- que será el impulsor de la organización. Migallón informaba al tiempo a la guerrilla sobre los efectivos de la Guardia Civil y de la policía en la zona de Infantes y coordinaba viajes y estancias adecuadas para los guerrilleros con ayuda de un tal Juan Antonio Romero (“el Estopero”), que actuaba de correo y ofrecía igualmente su casa como albergue.



Pérez Montes, el jefe de la organización de resistencia del partido de Infantes, y Jesús Migallón, secretario de Agitación y Propaganda del PCE y ANFD

Probablemente ya desde principios de año, Pérez Montes, Romero, Migallón, los hermanos Amores y el guerrillero “Líster”, sobre todo, se habían encargado de organizar el viaje de un importante cargo del Partido que vendría de Albacete para dar instrucciones y extender la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas. Hacia el 10 de febrero, y haciéndose pasar por un representante de pinturas, llegaba a Villahermosa Juan Moya, todavía secretario general del PCE de Albacete, a quien acompañó Ramón Amores a casa del pintor Ignacio Rubio Rubio, en la calle del Agua. Allí conferenció con

“Líster” y “Chichango” sobre la situación en general y sobre otras cuestiones de organización, recibiendo 200 pesetas para el Comité Provincial y pidiendo a su vez le dieran dos pistolas con las cuales robar sus metralletas a la guardia del Campo de Aviación de Albacete. A principios de abril, Moya llegaba a Infantes, donde se entrevistó con Manuel Pérez Montes –a quien seguramente conocía de la cárcel, como a Manuel Amores- diciendo, según este, “*que venía a organizar la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas de la República*” (y en efecto, por esas mismas fechas Bustos y Migallón consiguen que el maestro Ángel Vicedo, exalcalde de Infantes, condenado a 20 años por haber sido miembro del Consejo de Defensa y de FETE-UGT, se integre en el primer comité de la Alianza en representación de los republicanos). También se entrevistó con Jesús Migallón, que a finales de mes recibe ya a su nombre, por el ferrocarril, un bulto con 70 ejemplares de periódicos, como *Nuestra Bandera*, *Mundo Obrero*, *UGT*, y diversos panfletos, que guardaron en el taller de Montes y que luego serían repartidos por el hijo de “Juanete” en la Puebla del Príncipe, en Montiel por “Alcudia” (o Ramón Pérez Moya), en Cózar por Segundo Castilla, y por Luis Poblador Patón en Villahermosa.

Desde Infantes, Juan Moya marchará a Tomelloso, en donde tratará con el enlace Emiliano Espinosa Triviño –cuya casa también será una base para los guerrilleros- de las mismas cuestiones; y en Socuéllamos vio a Pedro Morales (conocido más tarde por “Cantinflas”), que era por entonces, antes de echarse al monte, “*jefe de bandoleros del Llano*”, según la policía. Luego volvió a Albacete, y desde aquí a Valencia, desde donde, a principios de junio, y una vez relevado de la secretaría general, le enviaron otra vez, como dijimos, al Campo de Montiel junto a un nuevo recluta, “Mariano” (Antonio Esteban), con la misión, entre otras, según relata este, de rearmar moralmente a la guerrilla y atajar la tendencia a la depredación que en estas fechas ya presentaban algunos de sus miembros, con el fin de evitar dar la razón al régimen, que solía presentarles como simples bandidos, así como la pérdida de apoyo popular. Y de paso, obviamente, aumentar el control por el Partido de estos grupos armados, utilizando algunos dirigentes formados que se habían “quemado” en Albacete pero aún podían ser útiles para dicha función; y de los comités de ANFD por parte de sus miembros más activos, que eran los comunistas.

En efecto, poco antes se había presentado Andrés María Picazo (que luego se llamó “Jorge”, “Migajas”, “Practicante” o “el Gafas”), de 25 años, nacido en Tarazona de la Mancha, miembro hasta poco antes, y enlace con Valencia, del mismo Comité Provincial del PCE. Como la policía le seguía la pista, habían decidido que cambiara de aires y ayudara con sus conocimientos

sanitarios y experiencia política a “Pepe” y sus guerrillas, aunque, como veremos, su principal papel será de orientador en materia ideológica, y más tarde encargado de editar, con la multicopista que desde el mes de enero funcionaba ya en casa de Ramón Matamoros, y que pronto sería trasladada a un sitio más seguro, propaganda y un efímero periódico. De momento, sería instalado en “La Mora”, una huerta situada a dos kilómetros de Infantes, en dirección a Cózar, que era de Juan Alfonso Rodríguez Guerrero, “el Cañamero”; una base habitual, que es sin duda la que él recuerda en sus memorias, por más que se confunda en fechas y lugares. Desde aquí, Migallón le llevó a Villahermosa, aunque él, que no conoce nada de aquella zona, cree que todavía se encontraba en Infantes. Son solo dos errores de los muchos que hay en su autobiografía, que tiene su interés, pero no es de fiar por su mala memoria.

A principios de junio salían de Valencia los jóvenes Juan Moya (ahora llamado “César”) y Antonio Esteban (“Mariano”). Tras pasar algún tiempo en esta capital pensando incorporarse a una de las guerrillas de la AGL, tal vez en Castellón, recibieron la orden –quizá solicitada por el propio Juan Moya– de integrarse en la 5ª Agrupación, que operaba en el Campo de Montiel. Según relata Esteban, pasaron por Alcázar de San Juan y fueron a Socuéllamos, donde hallaron a Rafael Pacheco –“Mariote o “Carmelo”- y “Antonio”, que sin duda era Manuel Guerreiro, que solía actuar de enlace entre Madrid y la ciudadrealeña 2ª Agrupación, y era hermano de “Julio” (Ramón Guerreiro Gómez, comisario político y dirigente de esta), lo que acaso pudiera apuntar hacia un intento de conciliar las órdenes que traía de Valencia y de la AGL con las de esta 2ª Agrupación y del mando central, que había puesto a “Pepe” al frente de la 5ª.



Antonio Esteban, “Mariano”

Desde allí llegarían a Infantes hacia el 8 de junio; dejaron las maletas en una casa amiga –eso nos dice Esteban, aunque parece fue en la Pensión Moderna- y se fueron derechos a hablar con Pérez Montes, máximo responsable comunista en la zona. Este les dirigió a Villahermosa, donde vieron a “Pepe” en la casa y comercio de tejidos que tenían los Amores (que sin duda es la misma a la que antes llevaron a Picazo, aunque este la confunde y cree que está en Infantes), y según dice Esteban, “Pepe” y Moya tuvieron una larga entrevista, en la que discutieron, tal vez sobre el papel que este pretendiera tener en la guerrilla (ni siquiera podemos descartar que el recién llegado pre-

tendiera imponerse como jefe o asesor político). Fuera por lo que fuera, el de Albacete, que venía a incorporarse, hubo de desistir: un enlace llamado “El Posadero”, le condujo en unión de Antonio Esteban a “casa del Pintor”, Ignacio Rubio Rubio, y allí se despidieron: Esteban se quedó ya con los guerrilleros (“Pepe”, “Líster”, “Fernando”, “Peque”, “el del Interior...”) mientras Moya salía, llevando la famosa máquina de escribir que había conseguido “Atila” en Bienservida. Parece que en principio iba a venir por ella una joven de unos veinte años que se haría pasar por la novia de Amores, pero al final fue Moya el que se la llevó de Villahermosa con destino ignorado..., al que no llegaría, como podremos ver.

Hasta este momento, y una vez sorteado el peligro que habían significado las denuncias de Fernández Palacios (el de La Tinajilla), Villahermosa era un pueblo hospitalario, casi puede decirse que un refugio y cuartel general, para los guerrilleros: actuaban de enlaces José Rubio Camacho y Luis Poblador (que tenía el encargo de indicar los lugares donde pudiera haber municiones y armas), y la correspondencia llegaba al domicilio de Manuel y Ramón, los hermanos Amores, que además les surtían de ropa y medicinas, traían desde Infantes propaganda que les daba Manuel Pérez Montes y atendían enlaces de los pueblos vecinos, como un tal Ventura que vivía en Cañamares, cortijada a mitad de camino a Villanueva de la Fuente, o “El Manquillo”, Jesús Chueca Fresneda, el de la base del Cortijo del Pollo. Cerca de Villahermosa, pero dentro del término, había por lo menos otros cinco escondrijos: la finca del marqués de Valdeguerrero, donde el guarda “Juanete” –que era Juan Ruiz Arroyo- colaboraba ya desde diciembre del año anterior como guía y enlace de los maquis, avisando si había o no peligro para entrar en el pueblo, mientras que su mujer les lavaba la ropa; la del veterinario don Manuel Martínez, de la que era casero el yerno de “Juanete”, Arcángel Sánchez Rubio; la de La Matogila del río de Carrizosa, cerca del santuario de La Carrasca, donde estaba de guarda Juan Francisco León; las Casas de Las Cuevas –propiedad del alcalde- y de La Capitana, a cargo de Tomás Castro Bellón y Victorio Bellón, excenetista este y antes azañista, y la de Arcángel Álamo, hacendado y católico, que podríamos llamar socialcristiano, pero simpatizante de la izquierda (él mismo dice que era de ideas socialistas). Precisamente en marzo, según declaraciones de Juan Francisco León y Arcángel Sánchez Rubio, ambos colaboraron con “Juanete” y con dos guerrilleros buscando nuevas bases en Carrizosa, en casa del antiguo azañista Lope Rodríguez Parra, y en Ossa de Montiel, en la de un tal “Chuscas”, lo que viene a indicar que la nueva expansión, aunque tuviera notorios precedentes, era en buena medida consecuencia del repliegue iniciado a raíz de Los Marines.

En casa del “Pintor” de Villahermosa (Ignacio Rubio Rubio), se encontró Antonio Esteban con Picazo, su viejo camarada del PCE albacetense, enviado, como él mismo, para fortalecer la moral guerrillera, ejercer el papel de comisarios y quizá agilizar la propaganda, pues ambos poseían experiencia al respecto. Parece que ya entonces hablaron de editar una hoja informativa con la multicopista que tenían en casa de Ramón Matamoros, antes utilizada –quizá infrautilizada- para hacer panfletos por las noches, aunque acontecimientos posteriores y el destino de ambos a guerrillas distintas hicieron que la idea fuera modificada. Según cuenta Picazo, cargando con la máquina además del fusil, “Chichango” le condujo a una huerta cercana donde le recogió otro llamado “Antonio”, quien le llevó a otro pueblo que él cree erróneamente sería Bienservida, donde le encomendaron la misión de matar a un soplón que había ocasionado el desastre de un grupo guerrillero muerto en las cercanías de El Robledo (se equivoca otra vez: habla de Los Marines). No llegaron a hacerlo, según dice, porque le habían salido ampollas en los pies y porque el tal “Antonio”, que era su compañero, no vio las condiciones adecuadas para ello, aunque poco después el delator fue muerto por Chichango (de nuevo se confunde, porque fue Eugenio Sánchez, junto a Esteban). Esta contradicción, que pone de relieve el mismo Esteban, puede tener acaso alguna explicación, pues las declaraciones posteriores de Juan Ángel Bellón dicen que ya se habló en la casa de Rubio, durante el mes de mayo, de matar al chivato de El Salobre, y aunque luego serán otros los encargados, puede que se pensara en un primer momento enviar a Picazo con “Antonio”, cuyo nombre tal vez sea otro error de Picazo.

Como se puede ver, la memoria le falla, pero Picazo da noticias de interés: dice que a mediados de junio estaba en “Bienservida”, casa de un matrimonio sin hijos –ella, sorda y él alto y delgado, dedicado al comercio con sus mulos- desde donde saldría otra vez para Infantes, a encontrarse con Lister y con sus guerrilleros. En realidad no estaba en Bienservida, sino acaso en Santa Cruz de los Cáñamos (donde “La Sorda” era Dolores, la mujer de Quiterio Castellanos, el tío de Ramón Matamoros, que ya albergó a “Chichango”); o más probablemente en La Puebla del Príncipe, calle del Toledillo, donde estaba Sagrario García, también sorda, casada con Luciano García, que en efecto era un hombre alto y de pocas carnes, que vendía vinagre y vino por los pueblos con sus caballerías. En este domicilio se reunía Luis Arias, cuando el suyo no era seguro o suficiente, con varios guerrilleros, sobre todo “Fernando”, pero en general con casi todos ellos, e incluso su mujer y sus hijas, Adelina y Luisa Arias, solían visitarles. Luis Arias actuaba, además, como

guía, recaudaba dinero y traía a La Puebla propaganda que le daba en Infantes Pérez Montes, al tiempo que servía como enlace entre los guerrilleros, el partido y la organización de Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas.

Desde luego, La Puebla era también un sitio acogedor. Además de en las casas de Arias y Luciano, veremos a “Fernando” en la vivienda de Juan Manuel Muñoz, en la cual convocó a Juan Rodríguez y a Melitón Rubio Moya, como simpatizantes comunistas que podrían servir como organizadores, y aunque este, prudente, no acudió, sí mandó 100 pesetas con su hija. En la de Reyes Moya se reunía el comité de la ANFD, compuesto por PCE, CNT y JSU, siendo Arias secretario general de la misma, Juan Manuel Muñoz secretario sindical, Reyes de Agitación y Propaganda, Rodríguez de Finanzas, habiéndose fijado una cuota inicial de dos pesetas y otra cada semana. Pero incluso los jóvenes estaban implicados: José Rodríguez, hijo de este Juan Rodríguez, acompañó a “Fernando”, junto con Reyes Moya, desde Villamanrique, donde había fracasado la base que tenían, a La Puebla del Príncipe, y después le llevó a Navalcaballo, al Collado del Alambre, donde se encontraría con un tal Cayetano, panadero de aquella población, y Francisco, el antiguo alguacil de La Puebla, que serán encargados de rehacer dicha base. Luisa, la hija de Arias, que solía acudir con su hermana Adelina a casa de Luciano y Sagrario García, recibía a su nombre, subrayado como una contraseña, las cartas dirigidas a Eugenio Sánchez Diéguez por Aurelia, su novia, que –dice– vivía en Siles (en realidad, en Reolid), y otras que llegaban para los guerrilleros, que Adelina llevaba algunas veces hasta Villamanrique; pero Luisa, además, les lavaba y planchaba los monos que vestían y el resto de la ropa, y pasará con ellos muchas horas de charla en casa de Sagrario.

Parecía que todo marchaba sobre ruedas, pero este despliegue del Campo de Montiel iba a venirse abajo en unos pocos días (entre el 23 y el 26 de junio), por culpa de un descuido que produjo la gran redada general. Antonio Esteban cuenta la caída de la famosa base del “Pintor”, que es la de Ignacio Rubio, en Villahermosa (no en Infantes, como dice Picazo), de donde la guerrilla tendría que escapar por la ventana y pasar todo un día sin moverse en un bancal de trigo, a unos 200 metros. Pero no dice nada –o dice poca cosa, porque no le conviene– de que este desastre pudo ser consecuencia directa de un error cometido por él y por Juan Moya al dejar sus maletas en la casa de un matrimonio de amigos, que fueron detenidos, como escribe..., o más probablemente en la Pensión Moderna de Infantes (calle de José Antonio, 16), donde la policía se apoderó de ellas. El caso es que, a raíz de este hallazgo fortuito, que provocó también la caída de Moya en la estación de Alcázar, se produce un alud de detenciones en Infantes y todo su partido. Puede que no le

falte su punto de razón a Ezequiel San José cuando, en conversación mantenida con él, dice que tanto Esteban como Juan Moya eran dos hombres muy valientes -demasiado valientes, según él- y que sus imprudencias ponían en peligro algo más que sus vidas.

El 22 de junio, en efecto, detienen en Montiel a Vicente Gallego y su cuñado Pedro Fernández Amador, por haber albergado guerrilleros desde principios de año y haber organizado en abril el comité de Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, integrado por Francisco Matamoros Gallego por JSU, Ramón Moya Gallego del PCE, Juan Antonio Gallego Flores por JSU y Vicente Gallego Triviño, por el Partido Socialista; personas que, además de esta actividad, y en contacto habitual con Manuel Pérez Montes, servían como guías y enlaces a los maquis. Y lo mismo sucede en otras poblaciones: el día 24 remite Mompó Blanco, funcionario del Cuerpo General que había dirigido aquella operación, al tribunal de Represión de la Masonería y Comunismo de Madrid, a los presos Ignacio Rubio Rubio, José Rubio Macho, Luis Poblador Patón, Ramón Amores, Juan Ruiz Arroyo, Victorio Bellón Patón, Tomás Castro Bellón, Juan Ángel Bellón Martínez, Luis Migallón Sánchez, Manuel Pérez Montes, Juan Antonio Romero Hernández, Antonio Bustos Lérida, Juan Alfonso Rodríguez Gutiérrez, Castilla Rico, Juan Antonio Gallego Flores, Vicente Gallego Triviño, Ramón Moya Gallego, Pedro Fernández Amador, Juan Francisco León Merino, Lope Rodríguez Parra, Eugenio Garrido León, Bruno Torrijos Chaparro, José Rodríguez Rubio..., con la solicitud de que se les prorrogue la estancia en prisión para efectuar los careos oportunos con otros que serán detenidos muy pronto. Se acompañan efectos incautados y la recaudación del Partido Comunista en el pueblo, y se anuncian gestiones que se están realizando para la detención en Villahermosa del “Hijo de Palizas” (que es Arcángel Álamo), y de un tal “Ventura” en Cañamares, de Modesto Patón en Fuenllana, Luis Arias en La Puebla, Ramón Matamoros en Santa Cruz de los Cáñamos, Arcángel Rubio Sánchez el de la Matogila, uno al que apodaban “Manquillo” –Jesús Chueca- que vivía en Villanueva de la Fuente, y otro de Villahermosa del que solo se sabe es albañil y tuerto (José Antonio Patón, el “Tuertercillo” o “Valenciano”, izquierdista que ya fue condenado a doce años al acabar la Guerra, pero seguía siendo rebelde contra el régimen).



José Antonio Patón,
“el Tuertercillo”

Con esto ya podían empezar a temblar otros muchos enlaces de los pueblos cercanos, como “Chuscas” en Ossa de Montiel (que tenía una base guerrillera en su casa), o Modesto Patón, que en la Guerra pasó de UGT a CNT, y no obstante se dice que estaba levantando “la organización comunista” en Fuenllana (quizá no fuera otra que la ANFD); o Segundo Castilla (que hizo lo mismo en Cózar, y recaudó dinero); o Francisco Garrido y Eugenio León, que serían acusados de ocultar guerrilleros y formar el “Partido Comunista” en Carrizosa, aunque los que intentaban extenderlo hacia Alhambra eran el azañista Lope Rodríguez Parra y un tal Bruno Torrijos, socialista, lo que indica que acaso no era tan “comunista”. O Ramón Pérez Moya, apodado “Alcudia”, que había recogido y llevado a Montiel propaganda entregada por Manuel Pérez Montes en Infantes; o Isidoro Matamoros y Florentino Gómez, su yerno, de Almedina, y Ramón Matamoros Castellanos, de Santa Cruz de los Cañamos, que recaudaron fondos e hicieron propaganda; o su tío Quiterio Castellanos, que tenía en la misma Santa Cruz “la base de la Sorda” (por su mujer, Dolores) y una choza o cuco en el camino de esta a la Puebla del Príncipe, donde los guerrilleros se solían reunir.

Matamoros, que estaba acusado, además, de cierto “sabotaje” cometido en Infantes y albergaba en su casa guerrilleros que hicieron propaganda con la multicopista, intentará fugarse el 25 de junio, cuando fue detenido por el cabo primero Justo Suárez, por lo que recibió un disparo en un brazo; y menos mal que fue a entregarse a Luis “Chuscas”, el alcalde, lo que probablemente le salvara la vida. Pero no será el último en caer en la red: el día 26 la policía ingresa junto a él en la prisión de Infantes a Modesto Patón y a Arcángel Sánchez Rubio, además del maestro Ángel Vicedo, que había sido alcalde. Y aunque no todos ellos pasaron por la cárcel —lo que quiere decir que su “interrogatorio” se hizo en el cuartel o en otro sitio *ad hoc*, como vemos ocurre después en Alcaraz— el día 3 de julio irán a la Prisión Provincial de Albacete 28 personas, incluidos los citados, Luis Arias, Pérez Montes, Migallón, Bustos Lérida, Rubio, Luis Poblador, Juan Rubio y Victorio Bellón, Ramón Amores, Lope Rodríguez Parra, los Gallego y el resto de la gente que habían detenido a raíz de las redada de los días 24 y 25 de junio. Definitivamente, se han desarticulado la ANFD y el PCE en Infantes y todo su partido.

Para entonces también se han perdido otras bases como la del llamado “Macario”, “Manuel”, “Manolo”, “Pozo”, o “Castillo” (el apellido auténtico de Dionisio Castillo, el de Almedina), que había sido enlace y colaborador válido para todo: acompañante, guía y suministrador de alojamiento y víveres. Joaquina, su mujer, y su hija, Francisca, habían arreglado y lavado la ropa

de muchos guerrilleros. Como dice Francisca (que más tarde sería procesada por leer la propaganda que les llevaba “el Gafas” y aprender de memoria el himno guerrillero que “Chichango” le dio escrito en un papel), las mujeres cumplían *“otra función no menos importante: ser tontas, sordas, ciegas... En mi casa, mi padre nos dejaba la ropa como si fuera*



Joaquina, la mujer de Dionisio Castillo, y su hija Francisca, en el tiempo en que este aún estaba en la cárcel

suya, y veía pasar a distintas personas: “Líster”, “Gafas”, “Chichango”, “Timochenko”, “Antonio Esteban”, “Eugenio Sánchez”..., sin saber, sin oír, sin preguntar”... Pero, además, Francisca nos habla de un tal Moya (que puede ser “Chichango”, puesto que no parece que Juan Moya llegara a estar en Almedina), y nos dice que algunos, como Eduardo Martínez Carmona (o “Porrones”), serían visitados en su casa por Enrique Lecanda, alcalde y médico de La Puebla del Príncipe.

La casa de Castillo tenía, como tantas en los pueblos manchegos, la puerta principal en la Calle Mayor de Almedina, y otra por el corral, que daba a un quiñón desde el que se accedía a la cuesta de las Cascarronas, por lo que se prestaba para entrar y salir discretamente, accediendo después al cuerpo superior mediante un ventanuco. Nadie había sospechado hasta el momento, pero las confesiones de vecinos como Ramón Amores, o Luis Poblador, que dijo haber llevado cartas de la guerrilla a la Calle Mayor de Almedina, a casa de un tal “Pozo”, o de algún otro enlace detenido, hicieron que en la noche del día 24 de junio llegarán a su puerta guardias municipales y civiles de Infantes con sus máximos jefes, policías del Cuerpo General procedentes de Alcázar y de Ciudad Real, los alcaldes y los somatenistas de Alcubillas e Infantes y algunos voluntarios y vecinos del pueblo, incluido un alférez que estaba en la reserva, que a saber qué pintaba en el evento. Un “discreto” despliegue, al que solo faltaba una banda de música, que tuvo la virtud de alertar a Dionisio, quien volvía de casa de su hermana política, lo vio desde la esquina..., y ya no regresó. Su mujer y sus hijos perdían marido y padre; la guerrilla ganaba

un “combatiente”, aunque siempre fue más hombre de pluma que de monte y pistola y a su edad no sería demasiado temible.

Otro tanto se puede decir de José Antonio Patón (“el Tuertecillo”), y “el hijo de Palizas” o “Diego” (Arcángel Álamo, quien declara después que escapó por temor a que le detuvieran, ya que pertenecía al Partido Socialista), que tampoco esperaron a que les capturaran o a que les dispararan al huir, como hicieron con otros. A tenor de un informe policial citado en el sumario, no se había podido capturar, por no hallarse en sus casas, a Castillo, Patón, “Ventura” y el “Manquillo”, por lo cual se dictaba orden de detención, poniendo sobre aviso a la Guardia Civil del Campo de Montiel, y en particular Villahermosa e Infantes. Pero no son los últimos: pronto podremos ver unirse a la guerrilla a Juan Pedro Ortiz “el de Moreca”, anterior responsable de la organización de resistencia en Villanueva de la Fuente, Montiel y Santa Cruz; y veremos también por El Cubillo junto a los guerrilleros a uno de los Amores, Manuel, que consiguió huir de la redada, aunque al parecer no llegó a incorporarse.

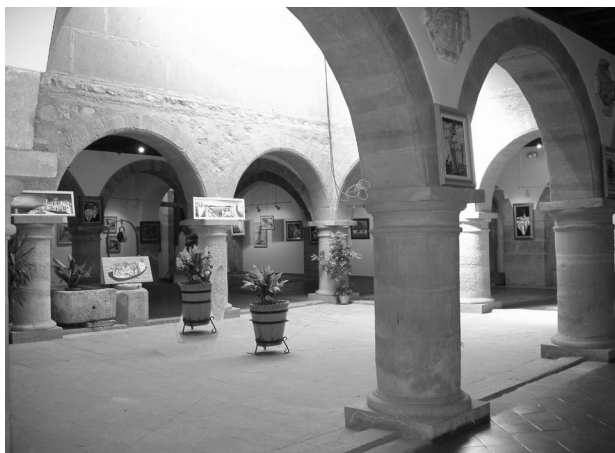


Arcángel Álamo, propietario, católico, izquierdista, y al final, guerrillero.

Una vez desprovista de su apoyo económico y social con la caída de numerosas bases y colaboradores, la guerrilla tenía mal futuro. Los escasos amigos que no estaban todavía en la cárcel tenían tanto pánico que ya no consentían en abrirle sus casas ni en servir como enlaces o correos. En La Puebla del Príncipe seguían encontrando acogida en casa de Luciano y Sagrario García, donde ella declara con posterioridad que varios guerrilleros -entre ellos, Castillo, “Fernando” y otro llamado “Olivo”, no identificado- pasaban muchas horas conversando y jugando al parchís con las hijas de Arias, Luisa y Adelina, que venían a verles. La madre de estas últimas, y la misma Adelina, todavía llegaron a acogerles en un par de ocasiones, aun después de que el padre quedara detenido, y llevaron mensajes a Antonio “Papachín”, el de Villamanrique, que era el enlace y guía del secreto escondrijo de la Huerta Porrina; pero el miedo se impuso: a las pocas visitas les hicieron saber que no eran bien venidos y quemaron las cartas que llegaban a Luisa para ellos; incluso ayudarán a la caída de esta importante base y de la última partida, como podremos ver. Y no digamos nada de las casas de menos confianza, que además ya tenían tanto miedo a los maquis -y a las consecuencias de prestarles

ayuda- como a quienes se hacían pasar por guerrilleros para desprestigiarles. Cuentan en la comarca del río Guadalén que una contrapartida llegaría a secuestrar a dos muchachas jóvenes, las hermanas Algaba, diciendo que las iban a violar, echándolas a suertes, dentro de la casilla de peones camineros (algo de lo que nadie acusó nunca a un maqui en el procedimiento sumarísimo, lo que indica que estos no fueron los autores). Era otra manera de desgastar el crédito que pudiera quedar a la guerrilla y socavar el poco apoyo que tuviera.

Si poco antes los maquis infundían respeto a las fuerzas del orden (los de Villamanrique nos dicen que una noche entraron unos guardias en el bar y al ver en la trastienda a varios de ellos juntos no dijeron palabra y salieron los unos por delante y otros por detrás), ahora no encontraban más que puertas cerradas. Mantenían aún la estratégica base de la Huerta Porrina, un lugar escondido y casi inaccesible, propiedad del pintor Trinidad Escudero, a unos dos kilómetros de Torre de Juan Abad, y otra en el mismo pueblo, visitada tan solo por “Líster” y “Mariano”, cuya puerta trasera permitía acceder al patio y al pajar desde un callejón, y donde un matrimonio se prestaba a ayudarles a encontrar nuevas bases y extender por los pueblos del contorno las organizaciones de lucha antifranquista. De vez en cuando daban algún pequeño golpe para poder comer, pero hubo que plantearse, después de cada uno, retirarse algún tiempo a refugios seguros, en la sierra; y la sierra también estaba rastrellada: añade el mismo Esteban que había sensación de asfixia e inquietud, al hallarse revueltos en un pequeño espacio guerrilleros y guardias, somatenes, delatores y amigos. Y encima, la actuación en aquella provincia del famoso teniente coronel Eulogio Limia Pérez y sus subordinados, que se especializaban no en matar guerrilleros, sino en “reconvertirlos” en chivatos y colaboradores en la lucha contra sus compañeros, llenó de detenidos, previamente pasados por “interrogatorios” en los ayuntamientos y cuarteles de la Guardia Civil de cada pueblo y de la misma Infantes, la cárcel de partido, instalada en la Alhóndiga, aunque sus condiciones no eran las adecuadas, (al acordar, con fecha 24 de



La Alhóndiga de Infantes, donde estaba la cárcel de Partido

junio, su remisión al Juez para la Represión de la Masonería y comunismo de Madrid, el Sr. Mompó Blanco, jefe de policía, recomienda el traslado de los presos en la última redada, pues, según él, la cárcel no reúne *“las mínimas condiciones de seguridad e higiene”*).

Había que pensar en el traslado de las actividades principales a otros puntos, lo más cerca posible del límite geográfico entre Ciudad Real y Albacete, a fin de aprovechar los resquicios de orden burocrático entre las respectivas comandancias, y a las sierras vecinas. Pero ante todo habría que emprender la recuperación, desde Villarrobledo y Socuéllamos, pues allí seguía habiendo una organización, aunque muy desgastada, de los pueblos conquenses, donde ya desde mayo “Pleitista” y “Panizares”, dirigidos por “Pepe”, habían creado refugios y nuevos comités de Alianza Democrática en Tomelloso y La Mota del Cuervo. Y también, obviamente, aprovechar las bases, prácticamente intactas, comprendidas entre el río del Jardín, San Pedro y el denominado “Campo de Montiel de Albacete”; sobre todo en la zona de Lezuza y Tiriez, donde “Regalo” y “Lister” habían encontrado más refugios seguros.

Los dos pueblos más grandes, sin embargo, eran más refractarios: en El Bonillo solo sabemos de Agustín, que había sido alcalde y seguía siendo amigo de Márquez Barriopedro, y también de un tal Roque, según declara luego el sastre de Reolid, José Morales, que era de esta villa. En Munera tenían domicilio la novia del guerrillero “Andrés” (Abelardo Alarcón, natural de La Roda), y un tal Julián Palacios, de Socuéllamos, tío de “Panizares”, el hombre de confianza de “Pepe”, que vivía con su esposa, Isabel Ramos, y su hija Angelita, cuyo marido estaba desde el fin de la Guerra refugiado en Francia. Sin embargo, después de unas cuantas visitas de ambos guerrilleros a estas y otras personas, como un tal Manolo “el de María del Señor”, o José Antonio Arenas (“Chimenea”) y Francisco Blázquez Rubio, para solicitar su integración en *“un grupo de resistencia para colaborar con los bandoleros en dicho pueblo y limítrofes”*, parece que, ya en mayo, se impuso la opinión del último de ellos, de que *“en el pueblo no había ambiente y que por tanto fracasaría”*.

Al contrario, en Tiriez –donde también sabemos que el herrero Abraham arregló algunas armas- ya se había creado a finales de abril, en la Calle de la Fuente, en casa de Juan Cuenca (que era Juan Sánchez Cuenca), un *“grupo de resistencia y colaboración con los bandoleros”*, dirigido por este y José Córcoles (“Pepe el de la Posada”), e integrado entre otros por Juan López, Fernando Calderón, José María Calero, Antonio Córcoles, Joaquín Valero, Juan Antonio Redondo y el barbero Manuel Martínez Sánchez (o “Manolo el de Arturo”). Este último, antiguo dirigente local de CNT pese a ser de familia

de derechas, acudía a la Casa Corazón -Casa del Corazón en los mapas antiguos- a atender a los maquis que allí se guarecían o cortarles el pelo; y parece que fue un primo suyo, que vivía en Albacete, en el barrio de Carretas, el organizador de este colectivo en una estancia previa de unos pocos días. Por lo menos los jefes –cuyas casas servían, además, como bases- y Calderón, que era natural de Lezuza, pero estaba afincado en Tiriez, actuaban además como guías de algunos guerrilleros hasta las cortijadas de La Venta de Segovia y Casa Corazón; pero prácticamente todos los menciona-



Casa del Corazón, base de la guerrilla

dos ayudaban en todo lo posible, y en la también citada Casa del Corazón, situada junto a la carretera de Tiriez a Lezuza, pero completamente invisible desde ella, Natalio Rubio Céspedes mantenía el escondite principal de toda la comarca, donde “El Gafas” (Picazo), llegará a publicar el primero de agosto el primer número de *Combate*, Órgano de la 5ª Agrupación, con la multico-pista que antes estuvo en casa de Ramón Matamoros y que ese mismo mes le había traspasado el grupo de “Fernando” a través de “Cantinflas”.

En la misma Lezuza, donde uno de los maquis llegará a tener novia, y donde nos comentan que alguna vez les vieron jugando en el casino por las fiestas de mayo, tres jóvenes habían preparado la organización clandestina del pueblo (suponemos, sin gran seguridad, que serían Abilio, que acabará en la cárcel, y Paco el de Joaquín y Pedro el de Braulio, que huyeron luego a Francia) y es de pensar que hubiera alguna base más. Lo que ya no sabemos es si sería cierto lo que dice “Pepa”, la mujer de Paco “el Valenciano”, al ser interrogada en Alcaraz el día 17 de septiembre, de que quince días antes –por lo tanto, a principios de mes- iban hacia Lezuza nueve o diez guerrilleros. Ella, que ya llevaba mes y medio en la cárcel, y muchos más ausente de la zona en que había actuado su marido, no podía conocer los movimientos de la gente de este –si es que quedaba alguna- y todavía menos de “Líster” o “Regalo”, por lo que sospechamos que su declaración tuviera como objeto desviar la atención hacia estas guerrillas, acaso aprovechando los rumores que habría

en la prisión respecto a la captura o muerte en la citada Casa del Corazón, el 8 de septiembre, de tres o cuatro maquis. Aunque tampoco sea por completo imposible que los últimos restos de las viejas partidas del río del Jardín fueran de retirada por aquellos parajes, no es muy verosímil que ella lo supiera.

En la zona del río del Jardín y El Robledo seguían existiendo todavía bases tan importantes como la del activo José Juan Rozalén en El Jardín, o las de Villaverde y Los Chospes (sobre todo, “Ladridos”, el cortijo de Alfredo, y el también mencionado Ventorrillo), donde, como dijimos, solían contac-

tar los enlaces de toda la comarca con los de Albacete y con el exalcalde de Alcaraz, Tomás Márquez, que les daba consignas y consejos. Por las declaraciones posteriores de Rafael “Pajares”, vecino de El Robledo, y de Isidro Redondo, el de Los Chospes, sabemos que en la casa de Alfredo hubo también reuniones de este Tomás Márquez con Pilar y Desiderio Redondo, un tal Enrique “Cábila”, José Jaén, y Amador Martínez, en las que se leía y comentaba un periódico que recibía aquel; y que habían formado una organización en la que figuraban un tal Ángel Andújar y Ceferino Torres, con Antonio Marqueño y algún otro vecino.



Ventorrillo de Los Chospes, en el que se reunían amigos de los maquis de toda la comarca

En julio y en agosto el abogado se reunirá también en la base de Alfredo con varios guerrilleros, en presencia de este, de Jaén y los Redondo (Isidro y Pilar), para hablar de las últimas noticias de la ONU y de las intenciones de “los anglosajones” hacia Franco y España, que explica el susodicho con mucha claridad en su declaración exculpatoria. También se habló de planes de actuación guerrillera a cual más delirante: un posible atentado contra el “señor obispo” (que sería el arzobispo, puesto que Alcaraz pertenece a Toledo) cuando este viniera la ciudad para la fiesta de la Virgen de Cortes; o el secuestro en la finca de El Arquillo –ya que en El Palomar era más complicado– de Samuel Flores Flores, el rico ganadero, y otro nuevo atraco al pagador de la empresa ABC.

Márquez respondería a estas disparatadas y atrevidas propuestas, según declara él mismo con posterioridad, negando que la ONU fuera a actuar contra Franco, vista la desunión entre los dirigentes del gobierno exiliado y los distintos líderes de las fuerzas políticas y el anticomunismo de los americanos y británicos, y menos si se dieran ataques a la Iglesia, que a su juicio había sido el error principal de la República. También les explicó que tanto El Arquillo como El Palomar eran dos fortalezas defendidas por gente de los Flores, y que los pagadores iban bien protegidos por la Guardia Civil, por lo que a su juicio no había más remedio que olvidar el secuestro y los golpes mayores, y dar otros pequeños para irse manteniendo hasta ver qué decían las Naciones Unidas en septiembre, y disolverse entonces de forma paulatina, si no era favorable. Un análisis frío y muy bien informado, que contrasta bastante con el gran nerviosismo que –según dice él mismo– tenía la guerrilla, obsesionada por la cuestión logística y por tener noticias de radios extranjeras sobre las decisiones de las grandes potencias y la comunidad internacional, en las que ya cifraban todas sus esperanzas. Algunos asistentes a estos conciliábulos de la casa de Alfredo y de Los Chospes, incluidos el mismo Alfredo Frías, Desiderio Redondo y el maestro Joaquín López Arenas, acusarán más tarde a Márquez Barriopedro de ser el impulsor de aquellos despropósitos, pero la mayoría se retractó ante el juez, alegando haber sido coaccionados, por lo que sospechamos, conociendo además el tono moderado

en que este se produce, y sus antecedentes, que la Guardia Civil tuviera un especial empeño en inculpar a este intelectual, que verdaderamente tuvo un papel importante en la organización de apoyo a la guerrilla.

En cualquier caso, es bastante sorprendente la gran actividad y politización que se ve todavía en esta zona, donde, pese al momento que vivía la guerrilla, tampoco le faltaban apoyos entusiastas: Ildefonso Jiménez, de El Cubillo se ofreció a ir con los maquis a atracar el cortijo “Los Mirones”, del que les describió las salidas y entradas durante una entrevista en El Jardín (casa de



Asamblea General de la ONU en 1947

Rozalén), aunque luego no fue, por puro miedo. El propio mayordomo de esta finca informó a Ángel Soriano (que tenía un nueve corto prestado por los maquis, aunque se lo pidieron para darlo a un nuevo guerrillero), de que en ella hallarían tres pistolas, un rifle y varias escopetas. Y en El Ballestero, Salustiano Romero recogía para ellos las armas que podía (Gabriel Gómez Morcillo dice que le entregó una bomba de piña de la Guerra Civil que tenía en su casa, según él, coaccionado, aunque esta amenaza no parece real), y una sobrina nieta de Márquez Barriopedro recuerda que en el sótano del antiguo molino familiar de Cantarranas vio en su infancia unas cuantas cajas de dinamita, que es de suponer fueran de las que aquel requisó cuando era alcalde de Alcaraz y sin duda guardó para los guerrilleros. José Juan Rozalén, el de El Jardín, les ofreció irse al monte, como ya señalamos, pero “*no le quisieron*” porque era más útil organizando bases; y algún tiempo después, cuando se desmantela la de “La Cacharrera” de San Pedro, no se fue porque no vinieron a buscarle como “el Pocarropa” le había prometido en caso de peligro. Pero queda patente en las declaraciones de Márquez Barriopedro y del maestro Arenas que la gente informada, culta y con perspectiva, ya tenía muy pocas esperanzas. Como diría Prieto, presidente del PSOE y partidario de abandonar la lucha

y replegarse a Francia, ante el III Congreso del PSOE en el exilio, “*camino no hay otro que el de servir los deseos de las potencias occidentales reduciéndonos a lo que las dichas potencias quieran conceder-nos...*” Y, traicionada ya la causa antifranquista, ni

el PCE, ni el PSOE, ni la CNT, ni los republicanos, ni los simples demócratas, tenían nada que hacer. El utópico sueño de “extirpar el franquismo” no duraría más de lo que perviviera la ilusión y las fuerzas agotadas de los abandonados a su suerte.



Prieto en San Juan de Luz, con unos guerrilleros socialistas regresados de Asturias en octubre de 1948

CAPÍTULO 5. LA HECATOMBE FINAL: SANGRE, TERROR Y LÁGRIMAS

A finales de junio de 1947, las guerrillas se fueron concentrando –con algún incidente, como el que cuenta Esteban de un diluvio de tiros de la Guardia Civil en una casa aislada, al que no respondieron por no agravar las cosas– en torno a las Lagunas de Ruidera, a fin de celebrar una asamblea plenaria. Esta tendrá lugar en el monte de Cinco Navajos, donde el guarda de una finca próxima les traería comida desde Alhambra y estarían a cubierto de cualquier emboscada. Asistieron a ella 22 guerrilleros y, además de cuestiones propiamente políticas y tácticas (“Líster” fue criticado por su supuesta falta de combatividad, y Antonio Esteban dice que se pensó extender la organización y las bases del Campo de Montiel hacia Sierra Morena, lo que puede explicar la presencia inicial del “Comandante Antonio”, Manuel Guerreiro Gómez, enlace entre Madrid y la 2ª Agrupación), se abordaron asuntos de moral guerrillera y relaciones con los no combatientes: a “Chichango”, recién recuperado de sus fiebres palúdicas, le será confiada la tarea –¡quién lo iba a decir después de haberle visto extorsionando gente con Paco “el Valenciano”!– de levantar las bases que se habían perdido por “inmoralidades” (se supone que robos) y errores cometidos. Al tiempo se acordó dividir la 5ª Agrupación en tres nuevas guerrillas que estarían dotadas de cierta autonomía y territorios propios y tendrían una doble dirección militar y política –comunista, obviamente– bajo el mando supremo de “Pepe”, y “Antonio” (Manuel Guerreiro Gómez) como jefe político, según indica Esteban.

La primera de estas tres guerrillas, mandada por “Chichango”, y llevando con ella, de momento, a “Pepe” y “Antonio”, que iban a Madrid a establecer contacto con el Comité Central (aunque “Pepe” volvió, y Guerreiro sería detenido mucho tiempo después en Piedrabuena), estaría integrada por “Carmelo” (Rafael Pacheco Olmos), “Chapuelas” (o “Zavala”, Daniel López Delgado), “Polvorilla” (Eugenio Palacios, conocido también por “Panizares”), “Pancho” (Eusebio García) y “Andrés” (Abelardo Alarcón, natural de La Roda) y andaría por la zona originaria de Socuéllamos, Villarrobledo, San Clemente, Belmonte y Tomelloso, aunque antes pretendía liberar a Juan Moya de la cárcel de Alcázar de San Juan en un golpe de mano, de lo cual desistió, según Antonio Esteban, al ver que alrededor había mucha gente trasnochando en las calles por el fuerte calor de aquel verano. La segunda, mandada por Evaristo Rubio (“Pocarropa”, “Regalo” o “Regalito”) y por el comisario político Picazo (“Jorge”, “Gafas”, etc.), llevaría a “Jacinto”, “Piti”,

“Joaquín”, “Cantinflas”, “Modisto” y “Donaire” (Girón), y andaría por tierras de Alcaraz, El Bonillo, Munera, Lezuza y San Pedro, y de allí hacia Albacete y Tarazona. La tercera, a las órdenes de Eugenio Sánchez Diéguez (“Arruza” o “Fernando”), que más tarde sería relegado al papel de segundo por “Líster”, más fiable y experimentado, y con Antonio Esteban (“Mariano”) en el papel de orientador político, contaba con “Vicente”, “Porrones”, “Cantinflas”, y los tres recién incorporados: José Antonio Patón (“Carlos”), Arcángel Álamo (“Palizas” o “Diego”) y Dionisio Castillo (“Almedina”, “Castillo” o “Manuel”). Debería mantenerse en la parte del Campo de Montiel, desde Villamanrique, Torre de Juan Abad y La Puebla del Príncipe a Ruidera, Villanueva de la Fuente y Reolid. Prácticamente ya se daba por perdida la zona de Salobre y Bienservida, antes bajo el control de “Atila” y su guerrilla, aunque aún vemos a Eugenio Sánchez Diéguez pasar por los cortijos del río de La Mesta en dirección a Riópar, y aún se proyectaran incursiones en ella, a tirar propaganda o ejecutar “chivatos”.



Eugenio Sánchez Diéguez
 (“Arruza” o “Fernando”)

En efecto, otro acuerdo del plenario, que a la larga tendría fatales consecuencias, fue “ajusticiar” a aquellos a los que se tenía por “chivatos” o colaboradores en la muerte de “Poto” en Bienservida y las de Los Marines. El primero fue “el Pato”, Miguel Salto Marín, al que se atribuía la delación de “Atila”; y aunque sobre su muerte hay distintas versiones, casi todas –excepto la increíble de Andrés María Picazo– parecen concordar en que el ejecutor fue Eugenio Sánchez Diéguez (“Arruza” o “Fernando”). En la Huerta de Porrina (Torre de Juan Abad) discutió la guerrilla si sería conveniente ir todos a El Salobre a cumplir la misión, pero al fin decidieron que fueran solamente aquel y Antonio Esteban –que lo cuenta en su libro– guiados por “Porrones”, que conocía bien las salidas y entradas de su pueblo (este dirá más tarde que no pudo ser él, porque no le dejaban abandonar la base, pero miente, obviamente, en su defensa). Salieron de una base situada cerca de Villanueva de La Fuente (“Cortijo de Tomás Plin”, que es el de los Fresneda, muy cerca del castillo de los Baños del Cristo, donde habrían de esperarles los reclutas Juan Pedro “el de Moreca” y “Cantinflas”); pasaron varios días vigilando a la presa ocultos en el monte que hay sobre Los Marines y, al anochecer del día 12 de julio, Eugenio Sánchez Diéguez, tras identificarle –intentaba engañarle fingiéndose

su hermano- y decirle la causa por la que iba a morir, le disparó dos tiros, dejando sobre el cuerpo dos hojas de cuaderno, escritas con mayúsculas, que decían: *“Por asesino y traidor a las fuerzas de la Resistencia, es sentenciado y ejecutado por el mando guerrillero”* y *“Este es el camino que seguirán los chivatos”*. Hecho esto, regresaron al punto de partida, quizá dando un rodeo en dirección a Vianos, como señala Esteban, pasando todo el día siguiente en una cueva y observando de noche, desde una cuneta, al norte de Reolid, el constante trasiego de camiones de la Guardia Civil y el Somatén que volvían de dar una batida inútil.



El castillo de Los Baños del Cristo, al que regresarían “Fernando” y “Esteban” tras matar al supuesto delator

Más que a una venganza, este tipo de acciones responden a la idea – expresada por “Grande”, jefe de la AGL- de que *“no ajusticiar a un chivato inmediatamente a su delación es dar permiso al resto para que continúen dando informes al enemigo”*. Pero, además de un crimen, la ejecución de Salto fue un error garrafal por distintas razones: porque alejó a los maquis de su base social al romper el tabú de matar a un vecino de El Salobre y convertir al tiempo en verdugos y jueces a quienes ni siquiera poseían elementos de juicio (de hecho, nosotros creemos que quizá no fue aquel el principal culpable de la muerte de “Atila” y de los suyos); porque dará argumentos a quienes motejaban de asesinos a toda la guerrilla y a sus encubridores..., y porque, al remover de nuevo el avispero, dejará indefensos ante la represión a muchos salobreños que hasta entonces habían escapado de ella. Y en el peor momento, porque, como veremos, habrá una gran reacción de la Guardia Civil, y porque el mismo día en el que muere “el Pato” el capitán Solano, instructor del sumario incoado por lo de Los Marines, se había dirigido al alcalde del pueblo pidiendo antecedentes de Paco “el Valenciano”, “la Pepa”, su mujer, y su amigo “Porrones”, que se hallaban huidos y que serán objeto de una requisitoria y de una petición de prisión preventiva el día 19, y a los pocos días dicta el procesamiento no solamente de estos, sino de los que estaban ya de vuelta en sus casas con “la condicional”. Pero, además, reaviva la sospecha de que aún pudiera haber guerrilleros ocultos, porque hay diferentes referencias

a partidas que siguen andando por la zona –cosa que nos parece difícil de creer- y siempre se pregunta a dichos procesados si entre los fallecidos el día 8 de marzo se encontraban aquellos que les pidieron víveres, a lo que ellos contestan, obviamente, que no pueden decirlo, pues no han visto los cuerpos. Aún dos años y medio después de estos sucesos, cuando por fin capturan a Francisco Gomar, el juez intentará hacerle confesar su participación junto a “Fernando” y “Líster” en la muerte de Salto, lo que nos da una idea del despiste que tiene, pero también del riesgo en que habían quedado los que colaboraron con él o con “Atila”.

Afortunadamente para Paco Gomar, nadie supo jamás el verdadero alcance de sus actividades, pues la Guardia Civil, buscando comunistas, no llegó a ver que había otra organización y otra u otras guerrillas. El favor principal, paradójicamente, se lo hizo, sin querer, el exalcalde Luis García Muñoz, declarando ante el juez, el 16 de julio, que “Porrones” y el mismo “Valenciano”, que le eran “perfectamente conocidos”, actuaban como “enlaces” de “Atila” y su guerrilla, que eran los que *“habían cometido toda clase de robos y saqueos en el pueblo y sus aldeas”* (los muertos, por lo tanto, se llevaron las culpas, y Gomar se quedó en un segundo plano). Al procesarle, el día 19 de julio, el capitán Solano todavía dirá que “el Valenciano” era un “dirigente” –no solamente enlace- de la misma partida, y que muy a menudo estuvo en El Salobre, donde *“sembró el terror entre la población a fin de conseguir víveres y dinero”*; pero es evidente que no puede probarlo e ignora que hubo otra. Ni tan siquiera sabe de su actuación en Vianos, ni una sola palabra respecto a la presencia de reclutas foráneos en su casa, y está muy despistado en todo lo demás: hasta cree que Gomar estaba con “Atila” el día de de Los Marines, como si fuera parte de la misma guerrilla.

Por otra parte, Paco fue siempre tan discreto..., que no le conocían. Miente con tal aplomo, buscando siempre al muerto para echarle la culpa, y dando una de cal y cinco o seis de arena, que parecen verdad sus invenciones: cuando, años después, se le pregunta *“si en alguna ocasión fue jefe de guerrillas y quiénes componían la misma, dijo que no fue nunca jefe de guerrillas, pues aunque se lo propuso Líster, el declarante se negó y quedó designado jefe un tal Vicente Bueno, que es de Villapalacios y que ya murió”*, con lo cual entremezcla una sola verdad, que José –no Vicente, como dice, para hacer ver, sin duda, que no le conocía- ya está muerto, con varias falsedades, y se vincula él mismo a la organización comunista de Líster, pero con el papel de simple guerrillero poco significado; y por supuesto ignora quiénes son los demás, porque dice que esta guerrilla se creó cuando él estaba ya en casa de sus padres (vuelve a mentir diciendo que se fue de El Salobre a finales de octubre

del año anterior, tras el golpe a la empresa ABC, por cuya causa ya estaba condenado, y de paso se exculpa de todos los sucesos que tuvieron lugar desde noviembre a marzo, cuando nosotros sí hemos documentado su presencia en El Salobre y Vianos). Obviamente, también le ayudaría la ineficiente y pobre burocracia de la judicatura militar española: en la requisitoria del capitán Solano del día 19 (publicada en el BOP del 23) se ordena se presente “Francisco Gómez Torró” –que no Gomar Torró- y algún tiempo después el alcalde de Infantes responde sorprendido que “Francisco Gomar Toro” –esta vez no Torró- no es ni natural de esta población ni conocido en ella (al parecer le habían confundido con José Patón Moya, el otro “Valenciano”, del que tampoco saben si es natural de Infantes o de Villahermosa). Pero incluso el alcalde de La Pobra del Duc dice –rectificando el apellido “Gómez”- que no consta que haya nacido en este pueblo, quizá porque sus padres residieron en Francia algunos años (y así era, en verdad: nació en Decazeville). Desde luego, es un tipo hábil y escurridizo, pero, además, con suerte.

Menos suerte tendrían las personas que habían ayudado a las guerrillas: el 14 de julio –solo dos días después de la muerte de “el Pato” en Los Marines- se había producido una reunión de mandos de la Guardia Civil de Albacete, Jaén y Ciudad Real en la que se acordó mejorar los servicios de información local, crear más destacamentos en lugares donde antes no existían, y sin duda actuar más contundentemente, si no era ya bastante, con familias, enlaces y colaboradores de los maquis, contando para ello con el Decreto Ley de 18 de abril, de Represión de delitos de Bandidaje y Terrorismo, que aumentaba las penas y dejaba a los mandos más libertad de acción contra los guerrilleros, sus familias y enlaces, el eslabón más débil.

El primero de agosto, para colmo, tras hacerla seguir por guardias de paisano en Játiva y La Pobra, detienen a “La Pepa” en casa de sus suegros. Trasladada en septiembre a Alcaraz y torturada al límite (cuentan que el director de la prisión celular de Albacete se negaba a admitirla, pues decía que allí no aceptaban cadáveres), consiguió no decir nada sobre su esposo, pero sí delató a los que le apoyaban e iban por su casa o daban donativos. Como luego veremos, este será el origen de una nueva redada y un nuevo sumarísimo contra “Nino”, Veridiano González, Magdaleno Simarro y el resto de los miembros de la organización “socialista” del pueblo, que se habían escapado hasta el momento, o que estaban a punto de salir a la calle: el 15 de agosto José Antonio Simarro verá denegada su petición de libertad condicional, que es concedida a otros, y cuando la consigue, año y medio después, mientras la misma “Pepa” sale de la prisión, no será excarcelado durante varios meses *“por encontrarse encartado en otro procedimiento”*.



“Nino” (1), “Olivares” (2), Damián (3) y Veridiano (4), miembros del comité del “Partido Socialista” de El Salobre, con otros compañeros, flanqueados por “Chinche” (5), a la izquierda, y por Ramón de Llano (6) a la derecha. Prisión Provincial de Albacete, 24 de diciembre de 1947

Ajenos por completo a aquellas novedades, el día 25 de julio “Pocarropa” (o “Regalo”) y su guerrilla habían asaltado el cortijo llamado “Los Mirones”, no lejos de Viveros, aunque en término ya de El Ballestero. Además de su jefe, participan Picazo (“Migajas”, “Jorge” o “Gafas”), José Díaz Estévez (“Piti”), José Bueno Marqueño (“Modisto” o “Celestino”), Fabián Buedo Pacheco (“Joaquín” o “Cavavegas”, aunque este era más bien el mote de su hermano) y Manuel Pastor Navas (“Cagaferias”, “Maroto” o “Jacinto”), que se llevan 16.250 pesetas, tres pistolas, un rifle y un par de escopetas, entre otros efectos. Andrés Picazo cuenta que este golpe, bastante improvisado, se dio gracias a informes que –hemos visto– tenían, y que fueron exactos; que incluso se explayaron explicando su causa a unos campesinos explotados y pobres, y que los mismos dueños habían reconocido, *“al menos, de palabra”*, lo justo de la misma y expresado una cierta simpatía hacia la Resistencia. Añade que la fuerte represión que esperaban *“quedó prácticamente abortada, pues nosotros pudimos retirarnos y mantenernos inactivos en una base alejada de aquel territorio quemado”*; pero este optimismo no encubre su opinión de que aquellas acciones podrían provocar *“el principio del fin”*.

Desde luego, muy pronto iban a comenzar las delaciones, detenciones y nuevas confesiones, que expondrían a la luz la complicada red de bases y

amistades del río del Jardín, en el peor momento: cuando el gobernador y la Guardia Civil habían visto llegada la ocasión no ya de terminar con unos guerrilleros que no eran enemigo desde el punto de vista militar, sino de propagar el miedo en la comarca y extirpar de raíz cualquier oposición. Al tiempo, Eulogio Limia, teniente coronel destinado en agosto a Ciudad Real, pondrá en marcha su táctica, ya empleada en Toledo, de aterrorizar a todo el que pudiera amparar a los maquis y convertir a estos en colaboradores mediante todo tipo de presiones y ofertas; táctica que también seguirá su colaborador Germán Sánchez Montoya, capitán del cuartel Alcázar de San Juan, y –aunque de manera menos sofisticada y mucho más brutal- el teniente Casado, que pasó desde Villarrobledo a mandar el cuartel y la línea de Villapalacios, sin duda para estar más cerca de Alcaraz, donde investigará desde septiembre la organización de ayuda a la guerrilla.

Para colmo, parece que había diferencias –acaso derivadas de su misma heterogeneidad y de las instrucciones socialistas y ácratas de abandonar la lucha- dentro de las guerrillas, que aumentaron su grado de descomposición y pudieron privarlas de apoyo popular y cohesión interna. Hacia el día 27 de julio salieron de la base del cortijo de Alfredo en Los Chospes, donde habían tenido una disputa por razones que nadie ha llegado a saber, “Pocarropa”, “Joaquín”, “Piti”, “Cantinflas”, “Modisto” y “Donaire” (Girón), y al llegar al paraje de El Arquillo este último fue muerto, al parecer por “Modisto” y “Cantinflas” (aunque tenemos dudas sobre estas autorías), que arrojaron su cuerpo a una sima cercana: la de La Chaparrosa. No está clara la causa de esta ejecución, al parecer ordenada por “Pepe”, pero algunos suponen que el antiguo anarquista pretendiera ejercer mayor protagonismo en las bases que él mismo había conseguido, o que incurriera en una falta de disciplina, o quién sabe si de ética, al



La base de “Ladridos” o cortijo de Alfredo

haber intentado extorsionar a ciertos ganaderos. Al lado del cadáver encontrarían luego seis cucharas grandes, es de creer que de plata, lo que hace pensar que fuera por un robo y en aplicación de las recientes normas de moral guerrillera... O tal vez por sospechas de que hubiera pensado desertar, o bien por una purga de tipo estalinista que se disimulara bajo esta apariencia; porque parece claro que la gente que estuvo vinculada a Gomar empezaba a estorbar (“Porrones” reconoce que su jefe, Fernando Sánchez Diéguez, no confiaba en él y en los últimos tiempos ya no le permitía abandonar el grupo bajo ningún concepto), y la condena incumple, desde luego, todos los requisitos de sentencia por un tribunal guerrillero prevista en estatutos como los de la AGL, que se fechan poco tiempo después, pero sin duda parten de normas preexistentes. Sucesos semejantes tampoco son tan raros, como han recordado Aguado y Marco, ni faltan deserciones de antiguos cenetistas, por la marginación en que se les tenía, en las mismas guerrillas de Levante, como se ve en la obra de Fernanda Romeu. Son los inconvenientes de las ideologías entendidas de manera sectaria: mientras que los franquistas no tenían problemas en usar al Ejército y a la Guardia Civil junto con la Falange, el Somatén, musulmanes traídos desde África y nacionalcatólicos, la oposición seguía discutiendo si galgos o podencos y se esterilizaba enfrentando a unos hombres que serían fusilados contra las mismas tapias en caso de caer en manos enemigas.

En cualquier caso, estaban ya contados los días de las guerrillas en la zona que estamos estudiando. En la noche del 4 al 5 de agosto, en un apostadero de la Guardia Civil junto a Los Hinojosos, escapó de milagro “Panizares” (Eugenio Palacios), y quedó muerto a tiros “El Gitano” o “Pleitista” (o Juan Manuel Moreno, del grupo de “Chichango”), sobre cuyo cadáver hallarán, además, un escrito que tendrá consecuencias, como podremos ver. De inmediato será desmantelada la ANFD en este mismo término y el de Mota del Cuervo. Por otra parte, el 12 es apresado no lejos de Alcaraz, en el cruce de Vianos, donde seis meses antes lo fueron seis vecinos de esta localidad, Santiago Rozalén (“Palrusia”), a quien Germán de Llano, el hijo de Ramón, traía desde Reolid escondido en un carro. Dirán que iba a entregarse en el cuartel de Vianos, pero se hace difícil de creer que no fuera buscando la salida a un lugar donde no le conocieran, como tantos que huyeron a Valencia o a Francia. Se comprende el desánimo que cundía entre los maquis, y más teniendo en cuenta que nunca había existido un plan de retirada, salvo la desbandada y el sálvese quien pueda. En este mismo mes, estando en El Cubillo, “Enrique”, que ya en julio pretendía buscar un trabajo en Valencia, pues le habían “jubilado” por demasiado viejo (por lo menos llegó hasta Albacete, en donde le

alojó José Morales, sastre, cuya casa seguía siendo base habitual), maduraba la idea de irse a Baleares; Manuel Amores habla de ir a Barcelona y hasta el mismo “Chichango” no tardará en pensar en la Ciudad Condal, donde tenía gente que podía ayudarle. La “moral de combate” estaba por los suelos, y más con instrucciones como la que impedía disparar contra la fuerza pública salvo en caso de acoso. Instrucciones que eran, obviamente, conocidas por la Guardia Civil, que no tenía empacho en emplear sus armas.

Aún dará la guerrilla del Campo de Montiel algunos golpes más: el 20 de agosto, siete hombres armados entran en el cortijo de Fontes (Villahermosa), a solo 3 kilómetros del límite de Albacete, donde seis años antes se produjo otro atraco fracasado; encierran en un cuarto a la nuera y la nieta de 9 años de D. Ramón Calabria -un famoso usurero al que todos llamaban “Robarriendo”, según Antonio Esteban- y se llevan de allí una pistola Astra, entre otras armas y municiones, jamones, embutidos y 35.000 pesetas en concepto de “multa”. Igualmente robaron algunas escopetas y cartuchos, dinero y comestibles en el Molino Nuevo, término de Montiel, en un hecho que cuenta con detalle “Mariano” (Antonio Esteban), que fue protagonista junto a “Lister”, “Fernando”, “Tuertecillo”, “Porriones” y el resto de su grupo. Poco antes habían dado otro hacia Villamanrique, y casi al mismo tiempo, cuando iban por tomates a una huerta cercana, tuvieron que salir corriendo perseguidos por la Guardia Civil, como dice Moreno Gómez en su libro, y dividirse en dos: “Lister”, el “Tuertecillo”, “Diego”, “Mariano” y “Castillo” se irán para La Torre de Juan Abad, y “Fernando”, “Porriones”, “Vicente” y “Cantinflas” a la Puebla del Príncipe, donde Enrique Lecanda les dio 2.000 pesetas y prometió ayudarles. Se trataba de acciones a la desesperada de unos guerrilleros que iban preguntando a todos sus enlaces dónde pudiera haber armamento o dinero, pero no planeaban muy bien la retirada ni podían enfrentarse con las fuerzas del orden. Aunque algunos aún eran capaces de proyectar acciones en lugares lejanos (es curioso observar cómo “Fernando” escribe desde Puebla del Príncipe a su novia en Reolid preguntando si iba por allí mucha Guardia Civil, y en concreto el famoso teniente de Alcaraz, y al parecer aún estaba extorsionando a alguien de Bienservida), los más viejos del grupo no eran ya capaces de seguir esta marcha y solían pasar mucho tiempo en la cueva de la Huerta Porrina o en Navalcaballo.

No sería muy raro que los maquis hubieran decidido replegarse a sus mejores y más lejanas bases y enviar avanzadas a buscar otras nuevas en tierras no quemadas, como eran, al oeste, las de Villamanrique y Torre de Juan Abad, y al este, las montañas de Riópar, Paterna y Bogarra. Poco antes de la

feria de Fábricas de Riópar (25 de agosto), Candelario Rodenas y Macario Garrido declaran que pasaron por sus casas del río de La Mesta “Fernando” y otro más, camino de aquel pueblo, donde quizá esperaban hallar algún contacto, regresando dos días después de dicha fiesta. Por ese mismo tiempo, estando la guerrilla, seguramente



Las ruinas del cortijo de Macario Garrido. Foto E. Quijano

huyendo, en San Pedro, en la base de “la Cacharrera” (también vemos allí a “Jacinto” y “Regalo” en casa de Francisco Elías Macía García, que llevará a Albacete una carta de estos para Ángeles Ortiz anunciando su próxima visita), se había destacado a “Joaquín” y “Celestino” –Fabián Buedo y José Bueno Marqueño- a crear otras nuevas a partir de las casas de Donato Lorenzo y de Fabián Delgado, de la aldea de Arteaga (Peñascosa), que se consideraba el centro de expansión por las sierras cercanas, según declaraciones de Vicente Gisbert (“el Cojo de Juan Ran”). El camino hasta allí, por Peñascosa, estaba asegurado por una base antigua, en casa de “Fardache” (Pedro González Arcas), y la de “Pedro Ánimas” (Pedro González Alfaro), que había sido captado por Fabián en agosto, así como Teodosio Martínez, que había sido el que captó a Donato. Desde aquí, José Arias, o “José el del Molino”, natural de Santiago de La Espada, condenado ya antes a 12 años porque había servido de guía a las milicias, había sido buscado por Donato como propagandista informador y quedará encargado por “Modisto” de extender la organización y buscar escondites de confianza para otros compañeros por la Sierra del Agua.

Por entonces también se entablaban contactos en Bogarra con este mismo fin y se creaba otra base en “Los Batanes” (que bien pudiera ser la casa de Julián, hermano de Fabián, en el Batán de Casa Pablo, aún en Peñascosa, del que habla Gisbert, o quizá el de Bogarra). Tenían, además, en Masegoso, la de un yerno de “Pepe el de la Pepa”, la de un tal “Pisoto” en Peñarrubia, y la de “Perifollo” en las Casas de Lázaro, y en su pedanía de Navalengua la de “Antonio el de Marcos”, “el hijo de Marquete”, que suponemos fuera el antiguo secretario de *Agitprop* del PCE, Antonio González Rosa, ahora

dedicado al estraperlo entre Arteaga y Hellín, que será detenido en octubre, aunque se fugará y pasará unos días huido por el monte antes de presentarse a la Guardia Civil de Alcaraz. Parece que la red llegaba hasta El Pozuelo, donde el excenetista oriundo de San Pedro Rogelio García Pedrón albergaba a los maquis y guardaba un fusil que le dejaron, e incluso a los cortijos de Elche de La Sierra, como el de Buenavista, donde el guarda ayudaba; y Ayna, donde lo hacía un tal Ruperto, que residía en Híjar. Desde luego, los maquis buscaban escondites en sitios más tranquilos y alejados que los habituales, pero tanto Donato como Fabián Delgado o su hermano Julián y José Arias, que eran, al parecer, los encargados, fracasaron en muchos de los casos, pues se dice que ya no se encontraba gente “de garantía” (Juan Matías González Oliver les podrá como excusa que vivía con su suegro, que no era persona de confianza).

Desesperadamente, la guerrilla convocaba reuniones de la gente de izquierdas de la zona, como la celebrada en casa de Fabián, y mentía diciendo que “*estaban en contacto con el extranjero, y al gobierno de Franco le quedaba muy poco*”, por lo que todo el mundo debía cooperar, como declara luego González Oliver; pero ya no era fácil soslayar la evidencia: aunque todos mostraban “*el mayor entusiasmo*”, era ya muy difícil que nadie se engañara. Y muy pronto, además, todo se vendrá abajo por culpa de una serie de errores culminados en una detención que será el detonante de la ruina final:

A finales de julio llegaban a Albacete, guiándose por la vía ferroviaria de Baeza-Utiel, Esteban y “Fernando”, que se había ofrecido voluntario –quizá con la intención de mantener su rango de jefe de guerrilla, perdido frente a Líster– para llevar a cabo otra de las sentencias de muerte decretadas contra los confidentes. Aunque Evaristo Rubio ya no pudo encontrar al prudentísimo somatenista Araque, que escapó de Alcaraz, dejando a su familia (huirá a Venezuela y Argentina, según dice un informe de la Guardia Civil), “Fernando” sí que había eliminado a Salto, y ahora llegaba el turno a Sebastiana Palacios, la culpable de la muerte de “Poto”, que fue localizada en Albacete a través de la madre de Madrona y una paisana suya. Allá fueron, por tanto, “Fernando” y Esteban, dispuestos a matarla, y se alojaron en la Huerta de Casado (la de Tomás Madrona); pero cuando el primero encontró a Sebastiana traía un niño pequeño, o bien se “escabulló”, como el propio “Fernando” reconoce en un informe a “Pepe”, o tuvo algún escrúpulo, porque era “una niña”, de manera que no se atrevió a dispararle. Los dos ejecutores frustrados recogieron, por tanto, alguna dinamita que tenía enterrada el padre de Esteban, y volvieron al punto de partida, cerca de Villanueva de la Fuente, donde esperaban Líster y el resto de su grupo (así se lo contó Eugenio Sánchez Diéguez a su novia en Reolid y a la Guardia Civil en su declaración).

No solo fue un fracaso, sino que dio lugar a un gravísimo error, porque “Fernando”, ufano de haber matado a “el Pato” y de haberlo intentado con “la niña”, escribía en el dorso del informe a su jefe: *“Amigo Pepe: aquí te mando lo que esperabas impaciente, las señas del regional José García del Pino, c. Moreno Ucedo, N° 13, Valencia... y estafeta del nuevo provincial, Juan Martínez Monje, calle Labradores, Barrio del Sepulcro N° 10, Albacete...”* Un perfecto regalo para la policía cuando, días después, encuentren esta nota en el cadáver de Juan Manuel Moreno (“Pleitista”), muerto, como dijimos, por la Guardia Civil en Hinojosos (Cuenca), pues aunque Juan Martínez, detenido el día 25, no “cantó” de inmediato, por el hilo sacaron unos cuantos ovillos en ambas capitales.

No parece creíble la versión de Picazo (“el Gafas”, “Jorge” o “el Practicante”), que atribuye a José Díaz (“el Piti”) el no haber conseguido matar a Sebastiana; pero a fines de agosto este sí fue culpable de un desastre mayor, también en Albacete. Los dos habían ido a establecer contacto con el reorganizado Comité Provincial en Albacete, llevarle 1.000 pesetas y alguna propaganda editada con la multicopista de la Casa del Corazón, adquirir material para la misma, atracar la taquilla de un cine de verano en el que los informes indicaban que habría un buen dinero y, según la versión que da Picazo (probablemente falsa, salvo que se tratara de una nueva misión), a matar a la tal Sebastiana Palacios, que se había escapado de “Fernando” hacía casi un mes. Pero el día 31 de agosto, mientras “Jorge” esperaba en la “Huerta del Cojo Zapatero” (que estaría más o menos donde hoy el Hospital del Perpetuo Socorro, o quizá el Seminario), “Piti” fue con “el Cojo” a tomar unas copas –demasiadas– por los bares de la Plaza Mayor, y exhibió una pistola de manera imprudente (o bien se le cayó, como dice Picazo), lo que provocará la detención de ambos, la caída de la base y la huida de “Jorge”. De milagro, este pudo esquivar la emboscada que le habían tendido en la citada huerta, lanzando una granada para crear confusión y corriendo delante de una nube de tiros (alguno de los cuales parece haber matado a un policía armada de forma accidental, si bien, como es normal, le colgaron la muerte al fugitivo), y acabó en La Gineta, al día siguiente, y después en La Roda, desde donde escapó con dirección a Francia, puesto que la guerrilla, como él mismo dice, estaba condenada a desaparecer.

En la comisaría, “Piti” habló sin parar. Ya el día 3 de septiembre detienen a Gabino López García, natural de El Salobre, enlace comunista, que vivía en la Casa de los Molinicos, a unos 5 kilómetros de Albacete ciudad, y asimismo cayó la base de San Pedro con todos los enlaces y depósitos de

armas que tenían en sus casas. Al tiempo detuvieron a Márquez Barriopedro, el abogado, bajo la acusación de haber favorecido la resistencia armada, organizado otras en torno a Los Chospes e instigado proyectos como el del atentado contra el arzobispo de Toledo o el secuestro del rico Samuel Flores. Igualmente cayó el nuevo Comité Provincial del PCE de Albacete, con Rafael Jiménez, José Madrona Izquierdo, José Resta Molina y Carmen Izquierdo, con la que estuvo Esteban apenas un mes antes, y medio centenar de militantes más en toda la provincia. Y el daño se extendió al Campo de Montiel, donde fue capturado también Manuel Amores (que al parecer estuvo un tiempo con los maquis, aunque no se atrevió a seguir sus pasos). En Socuéllamos, fue detenida Manuela, la Mujer de “Cantinflas”, y cayó buena parte de la organización, presidida por Claro Martínez Alcolea; y en Villarrobledo, será desmantelada la base de “Zumaque” y estuvieron muy cerca de coger a “Chichango”, oculto en una casa de la calle San Antón.

No menos importante fue el golpe recibido el 8 de septiembre en la llamada Casa del Corazón, la base principal de la comarca de Lezuza y Tiriez (que no es la del Sagrado Corazón de Jesús, cerca de Balazote, que los guardias habían registrado el día anterior al confundir el nombre). La acción, que nos recuerda a la de Los Marines, comenzó al clarear día con el cerco habi-



Casa del Corazón, vista desde los juncos en los que se metió Evaristo Rubio Collado, “Pocarropa”

tual y el interrogatorio, a eso de las siete, del dueño y su familia, que negaron que allí hubiera nadie oculto. Según el atestado, en el primer registro el brigada Ismael Cuenca y el guardia Guillén encontraron papel para multicopista y el boceto de una hoja de propaganda, y al intensificar la búsqueda en la casa, salieron disparando, por la puerta de atrás, tres de los guerrilleros, de los cuales cayeron abatidos Abelardo Alarcón, llamado “Andrés”, natural de La Roda, y Manuel Pastor Navas, conocido por “Jacinto” o “Maroto”, mientras que “Panizares”, natural de Socuéllamos, logró escapar herido. El jefe, “Pocarropa”, se metió entre los juncos de un vallejo cercano y entabló un duelo



Evaristo Rubio, “Pocarropa”, y el brigada Ismael Cuenca, que logró capturarlo. Debemos ambas fotos a la familia de este.

a tiros con el suboficial, pero fue capturado, bien en un cuerpo a cuerpo, o bien porque enviaran a una hija del dueño a convencerle, según otra versión. También fue detenido el amo de la casa, “el Mudo de Ramoncillo” o “Mudo de Garranchón”, Natalio Rubio Céspedes, y sus hijas Juliana y Dolores, de 18 y 26 años. Luego también lo fueron los hijos, Rafael y Antonio Frutos Rubio, que ni estaban allí ni tenían ningún antecedente, aunque según informes del alcalde serían enemigos del régimen franquista por *“las ideas marxistas inculcadas por su padre”*, e incluso algún vecino del mismo caserío, como Víctor Ortega, de quien dice la misma autoridad que le extraña que hubiera ocultado a los maquis.

La guerrilla perdió, además de tres hombres, el subfusil del jefe y cuatro escopetas, tres pistolas y cinco o seis granadas, una multicopista, una cartera en que iban varias fotografías, e incluso su bandera, tricolor -quizá de las que hizo Constanza en El Salobre- y con una inscripción que decía: *“Ejército Nacional Guerrillero, Quinta Agrupación”*. Pero lo peor sería que Evaristo Rubio aceptó confesar para salvar su vida, y este hecho produjo una nueva cascada de muertes y prisiones, torturas, confesiones, y más inculpaciones, casi siempre obtenidas de manera brutal. Francisco Alcázar Rubio se refiere al “suicidio” en interrogatorio del citado Natalio Rubio Céspedes; al de Isabel Ramos, tía de “Panizares” en el depósito de presos de La Roda, y al de un tal Eleazar de la Rosa en Alcaraz, del que a continuación volveremos a hablar.

En efecto, muy pronto llegaría a Alcaraz, y con plenos poderes, el tristemente célebre teniente de la Guardia Civil César Casado, del que ya hemos hablado, pero del que además podemos afirmar, por muchos testimonios, que era un personaje chulesco, avinagrado, que iba siempre exhibiendo un pisto-

lón enorme, que a veces disparaba contra unas monedas como demostración de puntería, y que muchos describen como enfermo mental o desequilibrado (aunque no hemos podido comprobarlo, ya entonces se decía que estaba expedientado por su depravación). Oficialmente adscrito al Parque Móvil, donde siempre estaría disponible para ir a donde hiciera falta, en el año anterior llegó a Villarrobledo como jefe de línea y se hizo famoso por su arbitrariedad con una población que estaba amedrentada (cuentan que en el casino dio un par de bofetadas a un conocido médico por incumplir la orden que impedía disfrazarse en carnaval) y hasta con los caciques y personas “afectas”, a las cuales pedía sus vehículos –por entonces artículo de lujo- incluso con un chófer, y otras prestaciones nada reglamentarias, porque “*había que llevarse bien con él*”, como escribe José M^a Collado. No hay que decir siquiera cómo se portaría con los maquis y colaboradores, muy en particular con los que sospechaba pudieran conducirlo a “Chichango”, su auténtica obsesión. Este mismo Collado, amigo de sus hijos y protegido suyo, nos relata en un libro autobiográfico la espeluznante escena que presencié de niño, cuando entró a curiosear con el hijo de un guardia por los patios traseros del cuartel, en una habitación detrás del muladar: la de un hombre desnudo suspendido por los pies y las manos de cadenas, al que le iban colgando peso de los testículos mientras el oficial le interrogaba y él gritaba llorando que tenía cinco hijos y no sabía nada. Eso, con sus variantes medievales y siempre acompañado de golpes con vergajos o astiles de herramienta, se llamaba “el avión”, y era, al parecer, su forma favorita de interrogatorio.

No podemos decir que este elemento –tan digno de pasar a la historia del asco y de la infamia como Jiménez Reina, Gómez Cantos o Martínez Machado- fuera el mismo teniente “Morata”, o “Moreta” que Narciso Marín vio en Los Marines el día 8 de marzo. Por supuesto, a tenor de los papeles, jamás estuvo allí; pero de los papeles no nos fiamos mucho –ya hemos visto en ellos demasiadas mentiras, adiciones, omisiones y tergiversaciones- y creemos, obviamente, que si allí hubo un teniente, y de Villarrobledo, como dice el testigo, no podía ser otro. Desde luego, es curioso, cuando menos, que después de estos hechos fuera a Villapalacios como jefe de línea y quedara encargado en Alcaraz de la investigación de los delitos de ayuda a la guerrilla, que se había iniciado en El Salobre. En cualquier caso, era todo un especialista en trabajos oscuros y “especiales”, y contó en Alcaraz, donde el 10 de septiembre instalaría su terrible “oficina” en la planta más alta de la histórica Casa Consistorial (debajo se hacinaban de dos a tres docenas de hombres y mujeres, que se iban renovando conforme terminaba los “interrogatorios” e

iba remitiendo remesas a la cárcel), con buenos auxiliares, alguno de los cuales nos es ya conocido: el cabo Damián Díaz, el mismo que intervino en la muerte de “Poto”, que actúa de secretario, alternando con Bartolomé Borjas Descalzo, y que parece haber progresado bastante desde aquel mes de marzo en Bienservida (por lo menos, no tiene que ir de madrugada a perseguir a tiros a maquis con pistola, mucho más peligrosos que la gente colgada y maniata-da).

Del resto de los guardias solamente sabemos que bebían coñac para animarse, y que hacían bueno al jefe, pues solían tomarse o tirar por el suelo los cafés que traían las familias para los detenidos, y al menos uno de ellos incitaba a los presos a arrojarlos por alguna ventana para ahorrar sufrimientos (así lo deja escrito una víctima suya en un largo poema en que relata sus horribles vivencias, publicado en facsímil en el citado artículo “El Salobre y los maquis”). Desde luego, parece que Anastasio, el de Vianos, seguirá este consejo, pues al mismo acabar su interrogatorio se arrojó, el 17 de septiembre, aunque sobrevivió, según dice Casado, porque él logró agarrarle de un pie y forzar su caída en el balcón de abajo, donde únicamente produjo lesiones en el cráneo y un brazo. El 19, en cambio, “saltará” por la misma ventana el barbero Eleazar de La Rosa, sin que el mismo teniente ni su cabo primero auxiliar pudieran evitarlo. Al menos, eso dicen en una diligencia con la que se concluye el interrogatorio; pero esta

vez sí hubo quien los vio comprobar que era ya cadáver y tirarlo entre varios a la Calle Mayor, y la verdad corrió entre los detenidos de la misma remesa y de las sucesivas. Uno de ellos lo deja escrito en un poema: *“Calle Mayor de Alcaraz/ quién lavará la vergüenza/ del hombre matado a palos/ que estrellaron en tus piedras”*.



Casas consistoriales en la Calle Mayor de Alcaraz.
Por la última ventana tiraron a Eleazar,
y en el balcón de abajo cayó Anastasio Vázquez

Con estos elementos y con la impunidad de un verdadero sátrapa, Casado se encargó de la investigación en toda la mitad oeste de Albacete desde Villarrobledo, en el norte, hasta Villapalacios y Bienservida, al sur. Había prohibido a los paisanos detenerse en la acera de la Calle Mayor de Alcaraz, donde él “trabajaba”, y cuenta una vecina, que entonces era niña, que en una ocasión mandó que le subieran a dos mujeres jóvenes que se habían parado a charlar de sus cosas y les proporcionó una tanda de buenas bofetadas como recordatorio, sin que nadie protestara por ello, lo que indica el terror que había en la ciudad. Como es natural, nadie preguntó nada, ni escuchó ningún grito, ni vio caer a nadie por la última ventana; ni protestó, siquiera cuando el “héroe” maltrataba a la gente “respetable” –es decir, de derechas- como el farmacéutico don Ramiro Castillo, al que también pegó sin el menor motivo. Pero en el vecindario se cuenta todavía con cierto regodeo la anécdota del día en que halló en otro César la horma de su zapato: pretendía humillar a un parroquiano y cerrar el casino sin motivo cuando se opuso un hombre vestido de paisano y, al dirigirse a él de manera grosera, se identificó como César Muñoz, teniente coronel médico de la Armada, le conminó a cuadrarse y le hizo estar un rato en posición de firmes.

Sin embargo, Muñoz se marcharía, y Casado siguió un tiempo en la ciudad, para desgracia de muchos detenidos: en septiembre y octubre pasaron por sus manos casi dos centenares de personas, aunque de algunos de ellos no quedará constancia al no haber declarado por escrito (por ejemplo, Constanza Martínez, de El Salobre, con 17 años, sería liberada en unos pocos días, tras un par de palizas colgada de las cuerdas, y lo mismo ocurrió con la mujer de Silverio León y con su convecina María Cruz de Reolid, por citar solamente las mujeres más jóvenes), y sería necesario otro libro mayor y más morbosos que este para contar las cosas que ocurrieron allí. Sin embargo, no vamos a ocuparnos de ello, en parte porque ya lo han hecho José Bono (en su obra *José Bono se presenta*, p. 99), y Ezequiel San José (en sus *Apuntes...*, p. 172), y en parte porque todo se puede resumir con la palabra *horror*. Solamente diremos que, además de los casos que cita San José, un testigo muy próximo nos dijo que Casado y sus monstruos de uniforme, además del “avión” y los vergajos, que era sus preferidos, usaban otros métodos de interrogatorio –ahogamientos, “chispazos”, quemaduras, pinzamientos, astillas en las uñas, colgamientos del pecho a las mujeres- y constantes torturas psicológicas. La mujer de Francisco Gomar “el Valenciano” conservó cicatrices el resto de su vida, y nos cuenta la hija de Silverio León, el guerrillero que murió en Los Marines,



Presos antifranquistas -entre ellos algunos de El Salobre- en la Prisión Provincial de Albacete, en día de visita. Navidad de 1947

que a su madre, que entonces le estaba dando el pecho, la amenazarían, además, con quitarle a la niña, y se la retiraron, en efecto, devolviéndola negra, al poco tiempo, por haberla tenido en una carbonera. Seguramente habría muchos más testimonios, pero es demasiado penoso conseguirlos y no vale la pena hacerse mala sangre.

Interesa, no obstante, constatar que Casado, mucho más eficaz por su brutalidad que por su inteligencia, y con escasas dotes de investigador, no consiguió sacar toda la información, ni siquiera inculpar de comunismo, como él pretendía, a muchos encartados, ni detener a todos los que habían ayudado a la guerrilla (conocemos a algunos que no fueron siquiera molestados, aunque estaban metidos hasta el cuello), ni –menos todavía- sacar información sobre los guerrilleros, que estaban muertos ya o escondidos en sitios que nadie conocía, o a cientos de kilómetros, en el caso de Paco “el Valenciano”. Quizá por su obsesión de cazar comunistas, no llegó tan siquiera a sospechar que hubo más de una idea y más de una guerrilla actuando en la zona que él investigaba, y eso que hay confesiones que apuntan claramente en esa dirección. Eso sí, vacunó contra la rebeldía a toda la comarca: sin duda, el objetivo no era ya combatir a un enemigo armado o investigar los hechos, sino escarmantar y erradicar, a través del terror, cualquier oposición, y para eso estaba muy bien capacitado.

Hacia el 10 de septiembre llegarán los primeros detenidos de Los Chospes, el río del Jardín y El Robledo, a los que seguirán los del mismo Alcaraz, Vianos, Lezuza..., que irán multiplicándose conforme se produzcan desarticulaciones, nuevas declaraciones y caídas de enlaces. Por lo común, Casado los tenía en su poder menos de una semana -salvo que precisaran un poco más de tiempo para estar presentables después del tratamiento- y los iba enviado a la Prisión Provincial de Albacete por paquetes de doce o quince presos. Por ejemplo, el 18 de septiembre remite a Desiderio Redondo, Juan Dionisio Soto, Benito Maestre Herrera, Pedro Cabezuelo, Ángel Martínez Mesas, Joaquín Henares López, José Martínez, Francisco Martínez, Gabriel Gómez Morcillo, Tomás Márquez, Bibiano Piqueras, Anastasio Isidro Vázquez, Camilo Navarro, Francisco Garrido, Daniel Clemente Pozo y José Antonio Roldán. La relación completa no añade demasiado, y por tanto dejamos solamente los nombres de los que hablamos antes como dueños de bases o colaboradores. En octubre llegaron más de Vianos, Alcaraz y El Salobre, que habían escapado al sumario iniciado a consecuencia de lo de Los Marines, pero ahora se vieron implicados por las declaraciones de nuevos detenidos (otros, prudentemente, se encontraban ya en Francia, o trabajando cerca de

la frontera, como hicieron Miguel Ciria en El Salobre o Rufino Castedo el de Vianos), y ya ni tan siquiera tenían el recurso de unirse las guerrillas, como probablemente hubieran hecho algunos cuando estas existían. Serían capturados de forma paulatina, para no abarrotar la checa de Casado; uno a uno o por grupos, de manera que no pudieran avisarse: a “Nino”, por ejemplo, fueron a detenerle el 4 de este mes, mientras estaba trabajando en el campo; no le fue permitido entrar a despedirse al pasar por la puerta de su casa, en la Calle Mayor, y solo en el camión que le llevó a Alcaraz vio al resto de sus “cómplices”, que serían “convenientemente interrogados” en los mismos días que él, aunque se desdijeron alegando “presiones”, como es natural, cuando se vieron ante el juez militar, quince días después.

Los que ya estaban libres, o amparados por “la condicional”, y también los que aún seguían en prisión, pero ya no al alcance del teniente Casado, se alegraron entonces de esta circunstancia, y aunque algunos aún vieron agravarse sus culpas con las declaraciones de otros detenidos, su situación ya no podía empeorar mucho, sin contar con que otros se encontraban ya en Francia, como Isidro Rodríguez. Pero hay que destacar que el capitán Solano, instructor del proceso, trató correctamente a cuantos prisioneros llevaban ante él, tomándose el trabajo de conseguir las pruebas, dándoles el derecho de mentir en su propia defensa sin hacerles objeto de torturas; actitud honorable –dentro de

la injusticia que supone servir a las leyes franquistas- que contrasta, y es justo reseñarlo, con la que mantuvieron Casado en Alcaraz, el capitán de Alcázar y otros oficiales y sargentos de la Guardia Civil en los pueblos del Campo de Montiel. De todas formas, ya no era



“Nino” (1), Damián (2), “Chinche” (3) y Veridiano (4), con otros compañeros, presos en Albacete, y los hijos de éstos. Navidad de 1948

necesaria más investigación: la Resistencia estaba del todo aniquilada y nadie actuaba ya, ni hablaba, ni pensaba, no se fuera a enterar el famoso Casado.

CAPÍTULO 6. EL FINAL DE LA 5ª AGRUPACIÓN: CAZADORES Y BUITRES

Durante aquel otoño de 1947 el miedo se extendió, si cabe más que antes, entre los guerrilleros y colaboradores, y con él el peligro de nuevas delaciones por los ya detenidos o por parientes suyos que quisieran ahorrarles por lo menos algunos sufrimientos, sin contar con algunos infiltrados que la Guardia Civil tenía ya en las guerrillas. Con muy poco dinero, pues no daban un golpe para no delatar su situación, y roídos por el hambre y las enfermedades, apenas se atrevían a llamar a una puerta y pedir medicinas o comida; entre otras razones porque no les abrían, ya que era frecuente que guardias disfrazados fueran por los cortijos para poner a prueba la lealtad de la gente. Cuenta Tomás Morcillo que cerca de Los Chospes, en Casas del Campillo, denunciaron a dos merodeadores, y en el cuartel dijeron que habían hecho bien, porque eran de la contrapartida. La desbandada estaba a punto de empezar: “Chichango” hablaba ya de irse a Barcelona; “Panizares” y “Pepe” se fueron a Madrid, a casa de Manuela, la novia de este último, cometiendo el error de dejar pistas. Fabián Buedo (“Joaquín”) declara que, al saber el desastre de Casa Corazón, se marchó con “Modisto” a Pedroñeras, en donde se encontraron con “Enrique” y “Tereso”, que debe ser “Zavala”, pues sabemos que estos se fueron a Valencia, pero volvieron pronto con dos sacos de arroz para venderlos y conseguir dinero. Es posible que en tanto los otros se ocultaran en Quintanar de la Orden, pues “Modisto” envió desde este pueblo, a principios de octubre, a “Laura”, una señora de unos 60 años, con una nota suya, a pedir a su tío Eleuterio Muñoz, en El Jardín, las 4.000 pesetas que le había dejado, *“porque las estaban esperando los bandoleros que paraban en su domicilio”*; dinero que Eleuterio no pudo devolver, pues lo había gastado en comprar una casa en Albacete. “El Modisto” y “Joaquín” intentarán reunirse con los otros en casa de Emiliano Espinosa, en la calle de Oriente, en Tomelloso, pero Ángel Alarcón, “Saludador”, y Sebastián Lozano Collado, “El “Mojón” o “Monjón” (este, hermano de “Juez” o “Veinticinco”, José María Lozano), que estuvieron un tiempo en la guerrilla, colaboraban ya con las autoridades y habían delatado esta vivienda, convirtiéndola en una ratonera.

El 8 de octubre fuerzas de policía, de la Guardia Civil y el Somatén, al mando de Germán Sánchez Montoya, el capitán de Alcázar, cercaban en la casa de Emiliano Espinosa a cuatro guerrilleros, que entablaron un fuerte tiroteo, tras haber debatido si rendirse o luchar. José Bueno Marqueño se suicidó allí mismo, como había prometido a sus hermanas al marcharse a la sierra;

Daniel López Delgado (“Zavala”) y Fabián Buedo (“Joaquín”), salieron disparando y lanzando granadas para romper el cerco, lo que costó la vida a un guardia civil. El primero murió, pero el segundo logró escapar herido, a tiros por las calles; huyó a Villarrobledo y de allí a Pedroñeras. El último, “Enrique” (o Francisco Gallardo), impedido por la tuberculosis, quedará detenido y colaborará con las autoridades –que le compensarán con 5.000 pesetas y un favorable informe del propio Eulogio Limia– contando la manera de llegar hasta el grupo de “Lister” y “Fernando” e indicando el lugar en el que se ocultaban en Madrid “Panizares” y “Pepe”, que murieron el 22 de octubre, con la novia del último, dicen que peleando con la Guardia Civil, en una portería de la calle Gravina. Previamente, el 14, había fallecido en el Ayuntamiento del mismo Tomelloso el médico Cicuéndez, que atendía a Gallardo, como a otros enfermos, “suicidado” en su celda, y el 29 muere, “al querer escapar”, Martínez Alcolea, responsable en Socuéllamos de la organización de toda la comarca. Un camino que pronto seguirán otros dos del mismo Tomelloso: Pedro Ruiz y José Heras. Octubre estaba siendo un mes muy productivo para los cazadores.



“Panizares” y “Pepe”, muertos en tiroteo con la Guardia Civil

La guerrilla de “Lister” y “Fernando” se había retirado hacia Navalcarballo y la Huerta Porrina (Torre de Juan Abad), el mejor escondite que tenían aún, por estar situada en un lugar aislado de las vías de comunicación, aunque con un magnífico dominio de las mismas, y contar con un túnel de salida y una cueva escondida, indetectable para quien no supiera cómo llegar a ella

(de hecho, necesitaban a un enlace llamado Antonio, o “Papachín”, que venía como guía desde Villamanrique). Desde allí habían dado otro golpe menor -3.000 pesetas, ropa y cosas de comer- en la finca de campo “El Roblecillo”; pero prácticamente salían ya muy poco, sobre todo “Porrones” y Dionisio Castillo, por su edad, aunque a veces aún podremos verles en casa de Luciano, en la Puebla del Príncipe. “Fernando” que en teoría seguía siendo el jefe, aunque muchos declaran que lo era solamente cuando no estaba “Líster”, había comenzado a explorar las salidas hacia Riópar, mientras “Líster” y Esteban intentarían hacerlo en otras direcciones. Un tal David Calzada les había asegurado que podría ayudarles a crear el Partido Comunista y la organización antifranquista en Valdepeñas, desde donde tal vez no sería difícil contactar con la guerrilla giennense de Francisco Expósito, “El Gafas”; y allá fueron los dos, ocultos en la caja de un camión que llevaba a la Guardia Civil en la cabina, como relata Esteban, a tratar de encontrar nuevas bases de apoyo y comprar unas botas para sus compañeros, que tenían las viejas destrozadas.

Por recomendación de “Fernando”, se alojaron en casa de Tomás Ortiz Ramos, al que todos apodaban “el Blanco”, puesto que era albino: antiguo libertario, había dirigido la “Filial” (Sociedad Filial de Trabajadores de Todas Clases) de su pueblo, Villanueva de La Fuente, por lo que fue a la cárcel, pero al salir de ella todavía siguió ayudando a “Fernando” y a otros guerrilleros, según el mismo Esteban, aunque después se había venido a Valdepeñas, donde seguía siendo, como allí, zapatero y colaborador de la causa común. “El Blanco” aconsejó a “Líster” y “Mariano”, alejarse del Campo de Montiel y adentrarse en Jaén, como ellos ya pensaban; pero antes intentaron, guiados por



Tomás Ortiz, “el Blanco”, un anarquista que sirvió a la guerrilla en Villanueva y Valdepeñas

Calzada, crear un comité comarcal del PCE en Valdepeñas. Un retraso fatal, porque en la noche del día 24 al 25 de octubre todo se vino abajo: una contrapartida de la Guardia Civil al mando de un teniente –tal vez José Ginel- les detuvo durmiendo en la casa de Ortiz, en una operación que cuenta el mismo Esteban, continuación de otra que se había producido la mañana anterior.

En efecto, ese día, 24 de octubre, se había producido igualmente la caída de la base de la Huerta Porrina, sin duda a consecuencia de las informaciones de Francisco Gallardo, las cuales llevarían a la esposa y la hija de Luis Arias,

que querrían eludir responsabilidades o rebajar sus penas y habrían convenido al guía “Papachín”, el de Villamanrique, para que delatara el escondite (eso dice después su defensor en el procedimiento sumarísimo seguido contra ellas). Una contrapartida de la Guardia Civil dio pronto con el rastro, y uno de sus hombres, haciéndose pasar por un supuesto huído, se acercó hasta la cueva y durmió un par de noches con los maquis; se fue, y al tercer día, antes de amanecer, se establecía el cerco. Muy temprano, detuvo a la familia que vivía en la huerta y rodeó la cueva que servía de “cuartel general” a la guerrilla. La resistencia fue la que era de esperar en unos hombres que en su vida pensaron verse de guerrilleros, y algunos de los cuales eran ya muy mayores hasta para escapar, pero sabían bien que disparar un tiro era darse por muertos, como había ocurrido en Los Marines y en la ya mencionada Casa del Corazón. Con los brazos en alto, serían capturados Eugenio Sánchez Diéguez (“Fernando” o “Arruza”, natural de Socuéllamos), Eduardo Martínez Carmona (“Porrones”, de El Salobre), Dionisio Castillo (“Manuel”, de Almedina), y los de Villahermosa: Arcángel Álamo (“el Palizas” o “Diego”), y José Patón Moya (“Tuertecillo”). El dueño de la casa, Trinidad Escudero, escapó por el túnel que habían construido, pero fue a Valdepeñas, a casa de un hermano, oficial de la Guardia Civil, que le llevó al cuartel para que se entregara. Fueron recuperadas *“diversas metrallas, pistolas automáticas, escopetas, tercerolas, revólveres, y muchas municiones”*, y de las confesiones de los presos sobre el propio terreno salió también el sitio donde estaban ocultos “Líster” y Antonio Esteban, que fueron capturados aquella misma noche, como ya queda dicho. Quizá en otro momento les hubieran pegado cuatro tiros, pero Limia sabía que matar guerrilleros no era tan productivo como cogerlos vivos y obligarles a ser traidores a los suyos. Además, siempre habría tiempo de ejecutarlos: Eugenio Sánchez Diéguez sería fusilado en Madrid un par de años más tarde, pero no sin hacerle padecer nuevas dosis de cárcel, sufrimiento y vergüenza, mientras que sus consortes serían condenados por el famoso juez Enrique Eymar Fernández a 30 años “Porrones” y “Mariano”, Arcángel Álamo a 25, Castillo a 20, y solamente a 12 Trinidad Escudero.

Eso no significa que se hubiera renunciado a matar, sobre todo después de interrogar al preso, y todavía más si este hubiera venido desde el maquis francés, como “Líster” y “Piti”: el 28 de octubre, cerca de Valdepeñas, junto a La Aguzadera, cayó muerto el primero al pretender huir de la pareja que iba conduciéndole a un reconocimiento en busca de un supuesto depósito de armas, y dos días después el segundo intentaba escaparse también, con igual resultado, mientras iba escoltado reconociendo bases por tierras de Socué-

llamos. Una mala costumbre, la de echar a correr delante de las balas, que también se extendía a colaboradores detenidos: pocos días más tarde (3 de noviembre), cuando otra pareja conducía al juzgado de Infantes, amarrado a la cola de un caballo, a Luciano García (el de la base de La Puebla del Príncipe), llegando ya a Almedina, en el Barranco Hondo, cerca de la casilla de peones camineros, este quiso escapar... y murió por secuelas “postraumáticas” como muy bien apunta la partida oficial de defunción. Blas Mejía lo llevó hasta el pueblo en un carro, y lo enterró el vecino Antonio Talavera, en tierra no sagrada, como mandan los cánones... Y año y medio después, Segrario, su mujer, aún no estaba informada de manera oficial: durante un careo celebrado en la cárcel de Valencia, declara que la Guardia Civil se llevó a su marido de su casa, “y según rumor, ha muerto”.

Los que quedaban vivos no tenían demasiadas salidas. “Cantinflas” y “Joaquín” (Fabián Buedo Pacheco), que huyeron de Socuélamos y buscaron refugio en la Huerta Porrina, se encontraron con que esta estaba ya “quemada” y presa la guerrilla que habitaba su cueva. Volvieron a Socuélamos, pero habían caído casi todas las bases y tuvieron que ir de casa en casa, antes de trasladarse a Pedroñeras –en donde les dijeron que habían visto a “Chichango” que intentaba escapar con el pelo teñido- y a la huerta del padre de “Joaquín”, donde el hermano de este llevaba algunos meses oculto como “topo”; pero en una ocasión en que salieron, a fin de que “Cantinflas” visitara a su esposa, fueron tiroteados por unos cazadores, que hirieron a “Joaquín” en una mano. Ya no solo tenían que correr delante de los guardias, sino de los paisanos y de los aspirantes a una recompensa o de los propietarios que ya no solamente no les daban comida, sino que rechazaban a tiros los atracos. Otros dos conocidos, los hermanos López Duro, fracasarán en mayo de 1948 en Nava de Campaña, pedanía de Hellín, con “Monguerre” y “El Guindo”, e incluso matarán por error a “Benito”, otro de sus compinches, durante un tiroteo con el dueño de una finca y sus hijos, cuando sin duda ya iban de retirada a Alicante o Valencia, desde donde parece que escaparon a Francia.

No hay que ponderar el miedo que tendrían los pocos fugitivos que quedaban aún, sabiendo cada día de una detención o la muerte de un viejo conocido: si en noviembre cayó “Antonio el Andalúz”, que será fusilado, y pereció a tiros en el Grao de Valencia “Pancho” (Eusebio García), en febrero sería detenido en la misma ciudad “Tarzán” (José Sahuquillo), que también correrá la misma suerte, aunque hay quien le da como muerto en abril, mientras soñaba ya con cruzar la frontera. Se comprende que algunos parientes de “Cantinflas” creyeran las promesas de la Guardia Civil y buscaran la forma de

que este se entregara con ciertas garantías, pero el capitán Germán Sánchez Montoya, discípulo de Limia, puso por condición que lo hiciera en unión de los hermanos Buedo. Los tres se presentaron el día 17 de enero, y como consecuencia de sus declaraciones serían detenidas 144 personas solamente en la zona de la Mancha conquense, sin contar las limítrofes. Durante algunos meses quedarían en libertad en Socuéllamos, sirviendo como anzuelo por si acaso picara algún incauto más, pero en mayo volvieron a enviarlos a la cárcel y en el año siguiente los juzgaron: doce años de prisión para Fernando Buedo, 25 a “Cantinflas” y la pena de muerte a Fabián, aunque fue conmutada. De hecho, él y “Cantinflas” se salvaron por que la fiscalía y la defensa contemplaron el hecho de haberse presentado como una atenuante, y sin duda también porque colaboraron con la Guardia Civil.

Paradójicamente, también se salvaría, por razones distintas, y creemos que en parte porque no se enteraron de una buena parte de su largo historial, Paco Gomar Torró, “El Valenciano”, que se había escondido y tardó un par de años en salir a la luz (como ya señalamos, se dice que se fue a la sierra de Gredos, antes de regresar a su pueblo natal, pero no hemos podido comprobarlo, y su hijo nos dice pasó ese tiempo escondido en casa de sus padres). “La Pepa”, su mujer, abandonó El Salobre quizá el 8 de marzo –aunque ella declara que fue el 7, para no complicarse con lo de Los Marines- y se marchó a Valencia, en donde trabajó de limpiadora, aunque también estuvo en La Pobla del Duc y en la vecina Játiva, donde guardias civiles de paisano la estuvieron siguiendo por si les condujera al fugitivo, antes de detenerla, en casa de sus suegros, el primero de agosto de 1947, con arreglo a la requisitoria dictada días antes. Torturada a conciencia, como ya queda dicho, delató a las personas que iban por su casa y solían tratar con su marido, pero no reveló dónde se hallaba este. Sin embargo, después de interceptar una conversación que tuvo en la Prisión Provincial de Albacete con su cuñado Blas, detuvieron a este y a los niños, que traía con él a la visita, y le hicieron llevarles hasta Paco. Le cogieron durmiendo, el 9 de enero de 1949, y no pudo esconderse



“El Valenciano” y “Pepa” mucho tiempo después de salir de la cárcel. Fondo A. Téllez

en el túnel que había construido; pero al escurrir y hábil “Valenciano”, pese a ser torturado, como era de esperar (intentó suicidarse rebañándose el cuello), no lograron sacarle prácticamente nada de sus actividades. Aunque había limpiado su expediente mientras estuvo preso y a cargo del archivo en la prisión de Játiva, según dice su hijo, sería condenado a la última pena, pero esta le fue conmutada muy pronto por la de 30 años, que al final fueron 10, con lo que él y “la Pepa” pudieron disfrutar juntos de su vejez, si bien muy quebrantados de salud, después de las sevicias que habían padecido.

No tuvo tanta suerte el famoso “Chichango” (Sebastián Moya Moya), convertido en un mito para sus partidarios y todavía más para sus enemigos, que veían en él a una especie de diablo capaz de cualquier crimen. También llegaron a él vigilando a su novia, detenida en octubre, que había concertado una cita a través de una amiga, Matilde Vargas Grande –muerta en el cuartelillo, por “asfixia”, según la versión oficial, pocos días después de su captura- en la estación de Silla, provincia de Valencia. Aunque intentó escapar a tiros por las calles, acabó capturado (31 de marzo de 1948), torturado hasta el punto de quedar casi inválido, y al final fusilado en Albacete el 27 de agosto de este año. José M^a Collado, que es de Villarrobledo, ofrece otra versión un poco diferente sobre esta detención, según él conseguida mediante delación de otro guerrillero, apodado “El Tuerto”, al que el mismo Casado engañó prometiéndole el perdón y el reingreso en la Guardia Civil, en la que había estado durante la República. Así –dice- atrajeron a “Chichango” a una cita en un bar, a la cual asistieron el teniente Casado con un guardia, Peral, y un cabo de Silla, vestidos de paisano, incluso disfrazado el primero de ellos, por ser más conocido, con peluca y bigote. Añade que el traidor también fue detenido y fusilado el mismo día que él, lo que acaso permita suponer que este “Tuerto” pudiera ser “Regalo” o “Pocarropa” (Evaristo Rubio Collado, que murió en esa fecha); o bien “Juez”, “Veinticinco” o “Ciquelo” (José María Lozano Collado, cuyo hermano también fue un infiltrado), capturado La Médica un par de años atrás y al final fusilado. No sabemos si es una leyenda más de las que surgirían en torno a la figura del famoso “Chichango”, o si acaso este autor pudo tener acceso a fuentes no oficiales, pues comparte con ambos su apellido, Collado, y con “Juez” el apodo familiar de “Ciquelo”, aunque también fue amigo de los hijos del teniente Casado y protegido de este. Desde luego, está claro que con “Chichango” muere una de las figuras del maquis español y sin duda la presa más buscada del “heroico” teniente.

Algo muy semejante le ocurrió al que fue jefe de la 6^a Agrupación guerrillera en la primera etapa, Alfonso Ortiz Calero, conocido también como

“Vicente” o “Magro”. Casado interceptó una carta que le enviaba su esposa, Tomasa Pastor Navas (hermana de “Jacinto”, el que murió en la famosa Casa del Corazón), y fue él mismo, en persona, a la calle Palencia de Madrid, donde “Vicente” fue capturado al fin el día 8 de mayo de 1948, traído a Villarrobledo a modo de trofeo y después fusilado en Albacete el último de julio del siguiente.

Probablemente, este éxito reportara al teniente más menciones de honor y premios en metálico, como los que le dieron por “Chichango”, sin contar los regalos de los agradecidos propietarios y personas “de orden” de la zona afectada, comunes en la época. Su colaborador, el sargento Eduardo Panadero, que estuvo destacado como jefe de puesto en El Salobre y era reconocido como un especialista por su *“conocimiento de quienes convivían con el bandolerismo”*, seguiría, por su parte, la pista del papel que encontraron al difunto “Pleitista”: en marzo interrogaba a Juan Martínez Monge, responsable del PCE de Albacete sobre sus relaciones con “Tarzán” y su grupo. Igualmente intervino en la captura del citado “Chichango” y en la muerte, año y medio posterior, de Cándido Jiménez y Andrés Lara (“Larica”), dos huidos bastante inofensivos, a los que acribillaron entre Hellín y Jumilla tras haberlos atraído, disfrazados de maquis, a una falsa entrevista, lo que habría de valerle 1.500 pesetas por cada uno de ellos. Como se puede ver, el “servicio” quedaba en manos competentes, ya que no escrupulosas ni desinteresadas.

Mientras tanto, la colaboración entre Sánchez Montoya, el capitán del puesto de Alcázar de San Juan, el teniente Casado, instructor de la causa abierta en Alcaraz, y otros oficiales de Cuenca, Albacete y Valencia, consiguió todavía algún éxito más, aunque no tan sonados como los anteriores: la captura en febrero, en la ciudad del Turia, de “Tarzán”, y la entrega “mediante artimañas” –dice Moreno Gómez- de Francisco Castillo (“Maravillas”), otro miembro del grupo fundador, y de aquellos que había “repescado” y enviado a la Sierra de Alcaraz el inquieto Juan Moya. También cayó en febrero, por una delación, Alejandro Gallego (“el Liebre”) que se había escondido en Peñarrubia, junto a Casas de Lázaro, y en Madrid, a mediados de 1949, David Cuerda, “el Bizco”, que era de Masegoso, del que dicen estuvo vinculado al grupo de “Chichango”. Pero las cosas fueron volviendo poco a poco a su cauce habitual: sometimiento y miedo, pero con menos sangre.

Paradójicamente, los que fueron responsables políticos de dos de las guerrillas, Picazo y Esteban –este último, fugado en el año 50- escaparon a Francia y después nos legaron sus memorias, en las que hay, por cierto, varias contradicciones sobre el protagonismo de uno y otro en acciones tan poco

valerosas como la ejecución de los chivatos. También acabó en Francia el anarquista Juan Ramos Abiétar, el hombre que mandaba guerrilleros a Paco “el Valenciano”: puede que se escondiera un tiempo junto a él, en la Pobla del Duc, pues allí encontrarán en un registro un documento suyo, y quizá se enrolara en alguna guerrilla de la AGL; pero no tardaría en cruzar la frontera, y treinta años después escribirá desde Clermont-Ferrand pidiendo al director de la Prisión Provincial de Albacete la certificación de su paso por ella, para solicitar una indemnización. Los demás guerrilleros se quedaron “colgados de la brocha”, como suele decir la expresión popular; cumplieron sus condenas, y muy pocos de ellos pudieron ver crecer o estudiar a sus hijos (entre otras razones, porque muchos quedaron en la ruina y alguno no llegó a salir de la cárcel, como José Patón, que padecía una tuberculosis, aunque luego murió, según se certifica, de “cirrosis hepática”).

En cuanto a los que dieron apoyo a la guerrilla, los menos implicados en los varios sumarios que se habían abierto, enredados y a veces confundidos, como es natural en causas tan extensas, salieron tras dos años de prisión “preventiva”, por el agotamiento de los medios de prueba, vista la manifiesta imposibilidad de aceptar como tales unas declaraciones logradas con torturas por la Guardia Civil (el único favor que les hizo Casado), y porque ya llevaban en la cárcel más tiempo del que era previsible que les correspondiera. A otros –por lo común a los más pobres y menos preparados- les cayó mucho más, y a otros, por “reincidentes”, les fueron anulados de forma retroactiva parte de los indultos que tenían concedidos de las penas impuestas al acabar la Guerra. Pero, salvo los muertos y la barbaridad de tener a la gente pendiente de sentencia durante tanto tiempo, por lo común las penas no fueron tan terribles (no podían tener tanta gente en prisión durante muchos años), aunque sí marcarían a dos generaciones, y a las que sucedieron, con la señal del miedo, que no se borraría mientras Franco vivió, y hasta de la vergüenza por haber padecido la tortura o la cárcel. Aunque la mayoría nunca se avergonzó de haber luchado en contra de un régimen inicuo, muchos procurarían no contar a sus hijos demasiado, “para no envenenarles”, como decía “Nino” a su único hijo (en su casa se hablaba del “hotel”, para que el niño no supiera que el padre había estado en la cárcel); y, como consecuencia, los hijos aún ignoran lo que hicieron sus padres o prefieren creer que fueron “inocentes” que hubieron de pagar por las culpas ajenas, cuando en otros países esos antecedentes son motivo de orgullo para los descendientes de maquis, partisanos y demás resistentes.

Con las declaraciones de unos y de otros se abrió un nuevo proceso en que se mezclaría gente de diferentes pueblos y situaciones, de La Puebla del Príncipe a Lezuza, del río del Jardín a Vianos o El Salobre, y desde los que ya estaban procesados a los que se escaparon en un primer momento: Ramón Caldera, José y Antonio Córcoles, Juan Sánchez Cuenca, Marcelino Cuartero, Pedro Ramos, Constantino Rodenas, Teófilo Rodríguez, Ángel Aroca, el tal Enrique o “Cábila”, Joaquín Valero, el de Constantino, José Vicente Jiménez, Ángel Andújar, Rufino Castedo, un tal Francisco “el Crilluco”, Rufino Frías, Ramón Llanos “el Rojo”, Amador Martínez, Juan Matías, Isidro Rodríguez Marín, José Antonio Simarro, Ceferino Torres, Jesús Alcolea, Luisa Arias, una tal Cristina, Pedro Chacón Hernández, Antonio Marqueño, Juan Moya, Francisco Ortega Flores, Pedro Ortega Matilla, Juan Pedro Ortiz, José María Sepúlveda, Magdaleno Simarro... Y los que todavía se irían añadiendo, hasta totalizar más de medio millar de detenidos en solo un par de meses, aunque algunos tuvieron ya la suerte de haber sido juzgados con anterioridad, o de caer en un tiempo en el que la guerrilla era solo un recuerdo. Se trata de personas implicadas en delitos distintos y en diferentes grados, pero acusados todos



La antigua Prisión Provincial de Albacete

de ser encubridores o colaboradores de una organización “*dedicada al mero-deo bandidaje y subversión social que ha perpetrado en la provincia de Albacete varios delitos de robo a mano armada, atentados contra las personas y las vías y medios de comunicación y transporte, agresiones a la guardia civil y otros desmanes con el fin de causar malestar social y cambiar por otro el gobierno de la nación legalmente constituido*”.

Por lo tanto, más leña para el fuego, más trabajo a la máquina de picar carne humana del interrogatorio y la prisión, más papel y más pólizas para la burocracia militar y jurídica de los procedimientos que ya estaban en curso, y mayor escarmiento, sobre todo, para aquellos que hubieran pensado rebelarse. Por lo común no fueron condenados a demasiados años, pero quedaron ya

marcados por la cárcel y la brutalidad. Y otro tanto pudiéramos decir de los pueblos del Campo de Montiel, donde aún el 21 de noviembre de 1947 eran interrogados en Infantes León Gila, Jesús Chueca y Agustín Fresneda, entre otros, de los de Villanueva de La Fuente; Melitón Rubio Moya, de Puebla del Príncipe, y otros encartados, que entran en la Prisión Provincial (Ciudad Real) mediado ya diciembre (casi todos serían condenados después a 12 años, excepto Melitón, León Gila y Juan Sánchez, que lo fueron a tres). De los inculpinados con anterioridad, Manuel Amores, Pérez Montes y Jesús Migallón serían condenados a 15 años de cárcel; Ignacio y José Rubio, Ramón Amores y Luis Poblador a 12 años y un día de reclusión menor, y los demás incurso en su mismo proceso a entre 4 y 2, a excepción de Victorio Bellón, al que correspondieron 6 meses y un día.

El triunfo del Franquismo era ya incontestable y llegaba la hora del silencio y el rechinar de dientes para la mayoría, la de las recompensas para los cazadores y la del gran festín para los carroñeros que suelen acudir cuando acaban los tiros en una cacería. Lo primero, las cruces y medallas: el día 19 de octubre de 1948, en presencia del capitán de Alcázar, Germán Sánchez Montoya, del teniente Casado y otros oficiales de la Guardia Civil, se imponía al teniente José Ginel García (que sería de las contrapartidas que Límia destacó al Viso del Marqués, como apunta Solís) la cruz al Mérito Militar por haber detenido a siete guerrilleros –los dos de Valdepeñas y los cinco de la Huerta Porrina- que actuaban en este partido judicial; medalla que debía costar un dineral, porque fue costeadada mediante suscripción por los agradecidos ciudadanos de varios municipios, a propuesta del alcalde de Infantes. De la misma manera, el teniente Casado será recompensado en este mismo año por haber capturado a “Chichango”, como consta en el libro de Fernanda Romeu. El diario *Albacete* del 1º de abril de 1949, décimo aniversario del triunfo del Franquismo, daba cuenta, además, de la cena-homenaje ofrecida la noche anterior, para conmemorar el primero del día en que cayó “Chichango”, a este mismo oficial, *“paladín en la lucha contra el comunismo, ya en la Cruzada como en las heladas estepas de Rusia y contra el bandolerismo”*. Asistieron al acto los alcaldes de Albacete y de Villarrobledo, políticos del régimen, compañeros del cuerpo y otros militares, y enviaron su adhesión desde el general Camilo Alonso Vega a las corporaciones religiosas e institucionales de toda la provincia. A los postres, después de unos discursos del más puro fascismo, le fueron entregadas, a modo de recuerdo, unas réplicas -de oro- de la Cruz Laureada que le fue concedida en la Guerra Civil, en reconocimiento por haber conseguido la captura de aquella *“pandilla de criminales”* que

había “*sembrado el pánico en la hidalga población albacetense*”. Demasiados honores y agradecimientos para un personaje como él: al final terminó confundiendo su empleo con el derecho a hacer lo que se le antojara y abusar en su propio beneficio de sus prerrogativas, lo que le haría ser expulsado del Cuerpo, siendo ya comandante, por corrupto y amigo de los bienes ajenos (véase lo que dice José M^a Collado, amigo de sus hijos y protegido suyo).

Hasta aquí, más o menos comprensible, porque los vencedores suponían –nueve años después de “la Victoria”- que seguían en guerra, aunque no muy gloriosa por la desigualdad entre los contendientes y los procedimientos empleados, que llenaron de cruces de otro tipo, o de tumbas sin cruz, los cementerios. Pero había otra especie de buitres más rastroeros, puesto que ni siquiera se manchaban las manos de sangre de sus víctimas. Aunque también hay jueces y alcaldes honorables, como los de El Salobre, Juan Tomás Rodenas y Bernardo González, que los hacían gratis e intentando ayudar o no perjudicar, hay numerosos casos de chantajes y venta de favores e informes positivos, o de viles venganzas, delaciones e informes negativos mucho más inspirados en hechos del pasado que en los que se juzgaban. A Dionisio Castillo le sacan, por ejemplo, hasta el cargo que tuvo en la “Filial” de incautación de fincas en los tiempos del Frente Popular y el hecho de haber sido condenado por ello a 12 años de cárcel, lo cual, por otra parte, le valdrá cumplir parte de aquella pena cuando, por reincidente, le anulen el indulto que le habían concedido. José Antonio Patón, que morirá en la cárcel, verá cómo le sacan, a pesar del indulto, que fue carabiniero y persona de izquierdas durante la República, al igual que otros muchos, que volvieron a oír relacionar sus reales o supuestas responsabilidades en la quema de santos –los que no habían sido fusilados por ello- o como milicianos de UGT o CNT.



Dionisio Castillo en el penal de Burgos, vestido de penado

Por supuesto, también habrá postergación de aquellos que pudieran aspirar un trabajo –incluso de sus hijos al sentarse en la escuela- por otros más afectos, que iban a proclamar las veleidades “rojas” de sus competidores; y negocios oscuros que ningún izquierdista se atrevía a denunciar por evitar problemas. Otras veces serán las “fuerzas vivas” las que hagan la vida imposible a un vecino, como le ocurriría a Melitón Rubio Moya, de la Puebla del

Príncipe, que vendía bebidas por los pueblos y llevó unas botellas a los maquis del Cortijo del Pollo –también dio 100 pesetas por mano de su hija, aunque esto no se supo- y tuvo que acabar vendiendo su camión ante el hostigamiento de un guardia de Villamanrique, después de haber conocido la cárcel y pasado por “interrogatorios” como los mencionados, en los que llegarían a dejarle por muerto. O a bastantes vecinos que emigraron de todos estos pueblos por causas semejantes (además, claro está, de la pobreza de la vida rural, aunque algunos poseían patrimonio bastante para no tener que irse). Paradójicamente se produce primero un abandono de las casas de campo y cortijos y una concentración en los cascos urbanos, pero estos tampoco tardarán en perder población a raudales, cosa que no se explica solamente por causas económicas. Habría que evaluar la cantidad de gente que se marchó a Valencia –a Francia, en muchos casos- al salir de la cárcel, o por no entrar en ella, o por no ver a diario a los torturadores y a sus allegados reírse impunemente de las penas pasadas; pero ya anticipamos que la cifra sería sorprendente.

Pero, con un ejército vencedor e influyente, aunque inútil para su cometido, al que se permitían pequeñas corruptelas, siempre que no quedaran demasiado a la luz, para complementar los menguados salarios, los buitres más visibles, o más documentados, serán los militares. Un caso excepcional sería el del teniente coronel don Otilio Fernández: tras haber ampliado su acusación a otros presuntos implicados cuando supo que estaban detenidos, será indemnizado por los daños sufridos en su finca –la de La Tinajilla- tan generosamente, que dejó en la miseria a las familias que no podían pagar, o acabará quedándose –dice Moreno Gómez- con las fincas de otros, como Arcángel Álamo, que acabó de barbero en Carrizosa después de haber tenido bastantes propiedades e incluso un escudo de armas nobiliario, según Antonio Esteban. Y si el tal don Otilio pudo obrar por venganza –cosa más que evidente- o por ideología, o quizá por haberse sentido amenazado por el supuesto intento de acabar con su vida (la sentencia de muerte de Eugenio Sánchez Diéguez dice que “al parecer” querían fusilarle, aunque no aporta pruebas), no es el caso de otro militar, el comandante Sixto, instructor de la causa de El Salobre, que será condenado por haberse quedado con parte del dinero cogido en Los Marines a “Atila” y su guerrilla. Al menos esta vez, el Ejército hizo honor a su deber.

Pero el más llamativo, porque sería cómico, si no fuera tan triste, es el caso de Alberto Fernández, comandante destinado en la Caja de Reclutas, que solía pasar por El Salobre -y es de creer que también por otros pueblos- vendiendo sus favores a la gente que tenía parientes en la cárcel o seguía

pendiente de juicio sumarísimo. Tanto iba y venía el cántaro a la fuente, que su constante trato con personas de izquierdas y “marxistas” -aunque, como veremos, pocas de ellas lo eran- atrajo la atención del Gobierno Civil. Se conserva el informe policial, fechado en Albacete el 22 de mayo de 1948, que demuestra, primero, que el agente encargado del caso no tenía ni idea, ya que se limitaba de forma rutinaria a acusar de marxismo y comunismo a personas de todas las tendencias, incluidas bastantes de derechas, y que el objeto auténtico de su investigación le traía sin cuidado. Según él, don Alberto, al que solía verse en Albacete con “conocidos rojos” como Vicente Sol o Arturo Cortés (que fue líder de Acción Republicana, pero nunca marxista), solía ir a El Salobre llevando tres o cuatro maletas de vacío, que volvían repletas de regalos, “*suponiéndose que también le habrán facilitado dinero*”; pero lo que preocupa al probo funcionario no son estos cohechos, sino el rumor que corre de que asiste a reuniones “*en las que se comenta el asunto internacional y se hacen manifestaciones contrarias al Régimen*”. Dice que el comandante estaba en relación con Toribio Martínez, “*elemento comunista*” (que siempre fue apolítico, o más bien de derechas) al que había ayudado cuando fue detenido en Alcaraz su yerno, José Antonio Martínez (exalcalde y exjefe de Falange al acabar la Guerra), sacándolo de allí, tras presentarse vestido de uniforme, y llevándolo él mismo en un taxi a El Salobre, donde su suegro dio una fiesta en su honor. En esta misma casa se hacían otras “juergas” a las que concurrían “rojos” tan conocidos como Cándido Quílez o Benigno Maestro (que habían sido alcaldes del Frente Popular, pero nada extremistas, aunque ambos tenían a sus hijos en prisión esperando sentencia), o el médico Membrilla, que estaba procesado por auxilio a los maquis... Y –el colmo- dos mujeres: Juana María Marín y su hermana (Justina), que tenían en prisión a sus maridos (aunque las conocimos y podemos jurar que ni eran “juerguistas” ni de izquierdas); y Francisco Bermúdez, de quien luego se dice que regaló a Fernández 56 kilos de aceite de su propia cosecha por librar de la mili a su hijo mayor.

Lo peor es que sabemos que no son casos únicos: por lo menos algunos familiares de aquellos mismos presos irían a Valencia, bien provistos de fajos de billetes, a ver al defensor o al fiscal de sus deudos; o a la misma prisión provincial de Albacete, a encontrarse con ciertos funcionarios “amigos” para hacerles patentes sus “respetos”. Con eso, y trabajando en la administración de la propia prisión, se podían conseguir algunos privilegios: paquetes de comida, tabaco, cafetera, e incluso hacerse fotos de chaqueta y corbata para tranquilizar a las familias sobre su situación. Lo cual, por otra parte, nos lleva a detenernos en otra observación: las personas con medios o influencias sue-

len salir indemnes, o no muy afectados, como ocurre con Márquez Barriopedro, por quien intercedió su sucesor en la decanatura del Ilustre Colegio de Abogados (aunque la policía seguía considerándolo como “peligrosísimo” y dispuesto a volverse contra el régimen si tuviera ocasión); o con Ramón de Llano, que tampoco estaría mucho tiempo en la cárcel (su hermana María Luisa, que se inculpó a sí misma y exculpó a los demás de la ayuda prestada a los maquis en Cardos, también saldría libre, pero por padecer un cáncer incurable), o el médico Lecanda, que saldrá en libertad condicional y no será juzgado, a pesar de los múltiples indicios de que colaboró con la guerrilla. “Culpables” o “inocentes”, los que pasan más tiempo entre rejas



De izquierda a derecha, el secretario, tesorero y vicepresidente del llamado “Partido Socialista” de El Salobre en la cárcel, Septiembre de 1948

suelen ser los más pobres y peor relacionados, como Jesús Garrido (condenado a cuatro años, pero al que anularán el indulto que ya tenía concedido de su anterior condena de 14 y le denegarán los que hubiera debido recibir en el 47 y el 49), o Eugenia Cabezuelo, la mujer de Atanasio, cuyo delito fue negar que hubiera maquis dentro de su vivienda, y que fue condenada por ello a 8 años y un día, y a indemnizar, encima, mediante la imposible subasta de los bienes que ya no poseía, a los perjudicados por su “acción criminal” (la mujer del brigada que penetró en su casa y murió poco antes de que sus compañeros mataran a su esposo y hundieran su morada).

Pero aún hubo víctimas más inocentes que estas: niños y adolescentes que no habían tenido ocasión de “pecar” y que sufrieron más, porque ni se podían defender ni entendían siquiera lo que estaba pasando, ni entonces ni después, durante muchos años. Si, por ejemplo, Eugenia, la mujer de Atanasio Rodríguez perdió la libertad y el derecho a tener sus propiedades, su hija Lumi se tuvo que poner a servir para poder llevarle un poco de comida, y aún hoy es incapaz de admitir que su familia ayudaba a los maquis. Y podríamos

narrar otros muy semejantes del Campo de Montiel: Juana, la de La Puebla, daba el pecho a su hijo en la prisión de Infantes, porque le dijo el médico –quizá para asustarla, puesto que su delito no era para tanto- que lo siguiera haciendo todo el tiempo posible, pues mientras fuera así no la fusilarían (luego, el niño sería conocido como “el del Penal”). La hija de Vicedo, el exmaestro y exalcalde de Infantes, murió de la miseria en que cayó su padre –condenado otra vez por ser republicano e integrarse en Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas- y uno de sus hermanos acabó en el psiquiátrico. La de Castillo, absuelta, tras estar año y medio encarcelada y algunos más pidiendo por favor que le dieran avales para seguir gozando de “la condicional”, pasará mucho tiempo haciendo a sus hermanos camisas con las sábanas para poder pagar las indemnizaciones impuestas a su padre, pues habían vendido hasta el ajuar que tenía la madre para poder comer. Niñas de quince años, como Adelina Arias, pasarían un par de ellos en prisión, y menos mal que a esta le tuvieron en cuenta la atenuante de ser menor de edad, y sin duda también que su madre facilitó la caída de la Huerta Porrina. Pero sin duda hay centenares de casos semejantes y otros mucho peores, que no relataremos por respeto a las víctimas.

Son cosas de la España miserable y oscura de Cervantes, Quevedo, Valle Inclán y Solana, aún ennegrecida en los años cuarenta por la sangre y el miedo, que fueron los pilares del Franquismo triunfante; un primer anticipo de lo que duraría bastantes años más. Afortunadamente, hoy está superado, pero no resarcido, ni siquiera explicado. Y esta es la razón por la que hemos creído necesario escribir este libro, porque para olvidar, antes de pasar página, primero hay que leerla, saber, reconocer y honrar a unas personas que fueron perseguidas, marginadas, vejadas..., sin delito mayor que sus ideas. O, ni siquiera eso: sin delito mayor que haber sido leales a su propia familia, como lo fue la hija de Dionisio Castillo, que aceptó ir a la cárcel y pagar por las “culpas” de toda la familia. Y con la dignidad de Isabel León, la hija de Silverio, que tiró por el suelo, con rabia, las monedas que a ella y a su hermana les ofrecía un guardia, compadecido al ver que esas niñas de luto eran las de “el Moreno”, que murió en Los Marines. No sabemos muy bien si mereció la pena tal lección de lealtad, dignidad y heroísmo, porque, como escribía la heroína resistente francesa Germaine Tillion, a la que mencionamos al comienzo del libro, *“las patrias, los partidos y las causas sagradas no son eternas; lo único eterno es la pobre carne sufriente del ser humano”*. Pero aquí están sus nombres, en negro sobre blanco, porque la Historia pone –o debiera poner, aunque no siempre lo haga- a cada uno en su sitio, y es justo que lo haga.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUADO SÁNCHEZ, F.- *El Maquis en España*, San Martín, Madrid, 1975.
- ALCÁZAR RUBIO, F., Y HERNÁNDEZ PÉREZ, J., “La lucha armada anti-franquista en la postguerra de Albacete”, *II Congreso de Historia de Albacete*, IEA, Albacete, 2002, T. IV, pp. 349-357.
- ALCÁZAR RUBIO, F., HERNÁNDEZ PÉREZ, J., Y ESCOBAR MORENO, T., “La V Agrupación guerrillera de La Mancha”, en Díaz Díaz, B. (Coord.).- *La Guerrilla en Castilla-La Mancha*, Almud, Ciudad Real, 2004, pp. 161-235.
- ALÍA MIRANDA, F.- “La guerrilla antifranquista en la provincia de Ciudad Real”, *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 19 (1990), pp. 59-74.
- AMADOR FRESNEDA, J. A.- *La II República Española en Villanueva de la Fuente*, Ciudad Real, 2008.
- ARÓSTEGUI, J (Coord.).- *Franco, La represión como sistema*, Barcelona, 2012.
- ARÓSTEGUI, J. y MARCO, J. (Eds.). *La resistencia armada antifranquista en España (1939-1952)*, Madrid, 2008.
- BROTO VILLEGAS, C. y BERGÈS SAURA, M. A.- *La Lleida anarquista. Memòries d'un militant de la CNT durant la República, la guerra civil i el franquisme*, Lleida, 2006.
- CAVA, S. F., “Los guerrilleros de Levante en Cuenca y Guadalajara”, en Díaz Díaz, B. (Coord.).- *La Guerrilla en Castilla-La Mancha*, Almud, Ciudad Real, 2004, pp. 237-320.
- COLLADO HERREROS, J. M^a. *Ezequiel, el Ciquel, el Ciquelo*, Ed. familiar, Valencia, 2005.
- DÍAZ DÍAZ, B (Coord.).- *La Guerrilla en Castilla-La Mancha*, Almud, Ciudad Real, 2004.
- ESTEBAN GARVÍ, A.- *Lucha por la libertad. Memorias de un luchador albacetense contra el franquismo*, IEA, Albacete, 2006.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, J.J.- “Análisis, para su conocimiento, de las características distintivas de una agrupación desconocida, V Agrupación de guerrilleros de La Mancha”, en *Jornadas del Maquis de Santa Cruz de Moya*, octubre 2003.
- HERRERÍN LÓPEZ, A.- *La CNT durante el franquismo: Clandestinidad y exilio (1939-1975)*, Madrid, 2004 y 2005.
- MARCO NADAL, E.- *Todos contra Franco: la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas*, Madrid, 1982.

- MORENO GÓMEZ, F.- *La resistencia armada contra Franco*, Crítica, Madrid, 2001.
- MORENO GÓMEZ, F.- *Historia y memoria del maquis. El cordobés “Veneno”, último guerrillero de La Mancha. (Extremeños, andaluces y manchegos en la “Resistencia”)*. Madrid, Editorial Alpuerto, S. A., 2006.
- ORTIZ HERAS, M.- *Violencia política en la Segunda República y el primer franquismo*. Siglo XXI, Madrid, 1996.
- OLIVER OLMO, P.- “Cuatro rojos. La sensibilidad en la memoria de un grupo de combatientes”, *Al-Basit*, 45 (2001), pp. 223-254.
- PONS PRADES, E.- *Guerrillas españolas*, Planeta, Barcelona, 1977.
- PICAZO, A. M^a, “Fui guerrillero”, en *Los comunistas en la Historia de Albacete*, Albacete, 1990, pp. 183-214.
- PRETEL MARÍN, A.- “El Salobre y Reolid, dos pueblos sin Historia”, en *Cultural Albacete*, N° 12-13, 2008, pp. 55-70.
- PRETEL MARÍN, A.- “El Salobre y los Maquis”, *Cultural Albacete*, 14, enero-abril 2009, pp. 5-22.
- ROMEU ALFARO, F.- *Más allá de la utopía: la Agrupación Guerrillera de Levante*, Almud, Cuenca, 2002.
- SAN JOSÉ, E.- “Apuntes para una Historia del PCE en Albacete. La Resistencia”, en *Los comunistas en la Historia de Albacete*, Albacete, 1990. pp. 149-180.
- SERRANO, S.- *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Madrid, 2001.
- SOLÍS PIÑERO, J.- *Crónica de unos años difíciles*, Ciudad Real, 2012.
- TÉLLEZ SOLÁ, A. y DUPUY, R. *Dictionnaire de guerrilleros et résistants antifranquistes Los de la Sierra*, <http://los.delasierra.info/spip.php?article3148>

